

BERTA MIR DETECTIVE

El caso del chantajista pelirrojo

Jordi Sierra i Fabra

Siruela

Las Tres Edades Serie Negra



Índice

Cubierta
El caso del chantajista pelirrojo
Créditos

El caso del chantajista pelirrojo

1

Mi móvil sonó a las diez y treinta y cinco de la mañana.

Lo miré con rabia, aunque también con esperanza. Rabia porque estaba tumbada en la cama escribiendo una canción, con la guitarra acústica entre las manos y una libreta con la letra a medias al lado, además de la grabadora para ir registrando los avances. Estaba quedando muy bien, aunque necesitaba algunos retoques y, por supuesto, acabar de encajar la letra. No estaba segura de que el grupo fuese a interpretarla, pero llevaba unos días dominada por una especie de fiebre creativa. Así que la aprovechaba. Lo de la esperanza era porque, si me llamaban para encargarme algún caso, lo agradecería.

Y mucho.

Busqué el número en la pantallita.

No lo reconocí.

–¿Sí? –cerré los ojos y crucé los dedos de la mano.

–¿Agencia de detectives Mir?

Un caso.

–Sí –abrí los ojos y descrucé los dedos.

–Verá... –la voz era de una mujer, y parecía angustiada, o al menos nerviosa–, he ido a su despacho y no había nadie...

–A veces los casos nos tienen a todos en la calle –mentí.

–¿Entonces no podrán atenderme? –más agitación.

–No, no, tranquila. Puedo estar ahí en... ¿media hora?

–Media hora –repitió mi interlocutora.

–De acuerdo. ¿Su nombre?

–Vanessa Fonoll.

–Llegaré lo antes posible.

–Gracias. Iré a tomar un café y la veré en la agencia.

Eso fue todo.

Corté la comunicación y miré la letra de mi canción todavía a medias, la guitarra que descansaba sobre mi regazo como un amante solícito a la espera de mis caricias. Escuché el silencio de mi habitación y conté hasta diez.

Luego salté de la cama.

Ya estaba vestida. Sólo tuve que arreglarme un poco. Mientras lo hacía tararé

las dos primeras estrofas de la letra para fijarla en mi mente y retenerla.

Faltan siete minutos para la revolución.
Faltan siete minutos para la crispación.
Faltan siete minutos para el estallido.
Ni siquiera lo sabrás y ya te habrás ido.

Faltan siete minutos para la revolución.
Faltan siete minutos para la gran emoción.
Faltan siete minutos para la hora final.
Creías que todo está bien y todo está mal.

Papá llevaba unos días muy silencioso, si es que se puede expresar así el hecho de que no se comunicara mucho conmigo mediante el movimiento de su dedo. Entré en su habitación y le di un beso en la frente. Luego tomé su mano.

–Papá.

Nada.

–Me voy a trabajar.

Esperé en vano.

Le miré con ternura. Ya no me atrevía a llorar en su presencia, porque estaba segura de que lo notaba, de que percibía mis emociones, mis cambios de ánimo. Aquel ser tan vigoroso, entusiasta, amante de la vida y de las bromas, prisionero de su inmovilidad... Seguía resultándome aterrador.

Volví a besarle, con más intensidad.

Los médicos decían que era normal, que no me preocupara, que podía haber momentos de incomunicación, en los que ni siquiera moviese el dedo, único gesto que me indicaba que seguía conmigo.

–Te quiero –me despedí de él.

Sentí el roce en mi mano.

Y suspiré con cierto alivio.

La abuela ya había salido, a comprar o a dar un paseo matutino para estar en forma. Alejandra limpiaba la sala antes de mover a papá, algo que solía hacer cada dos horas: le flexionaba las piernas, los brazos...

–Dígale a la abuela que tengo trabajo, que quizás no venga a comer.

–De acuerdo, señorita.

–Intente hablar con él.

–Ya sabe que lo hago siempre.

–Es que lleva un par de días...

Nos miramos unos segundos. Su piel blanca, el cabello negro, los labios bien dibujados, los ojos expresivos. A sus cuarenta y tres años era una mujer guapa. Toda la dureza de su pasado se había transformado ahora en la paz que la

rodeaba y la generosa amabilidad con la que hacía su trabajo, algo que no era fácil teniendo en cuenta el estado de papá. A veces la vida te obliga a ser fuerte.

Me pregunté si yo lo estaba siendo, y si sería capaz de seguir siéndolo.

–Chao.

–Que esté muy bien –se despidió de mí con su característico acento paisa.

Monté en la moto, me coloqué el casco y salí zumbando en dirección al cruce de la Vía Augusta con Madrazo, donde la agencia de detectives Mir seguía funcionando secretamente sin su mentor, Cristóbal Mir. Pensé que tenía que haberle contado a la tal Vanessa Fonoll las condiciones por teléfono. Dos de los últimos clientes no se habían tragado el cuento del «detective invisible» y su enlace. Habían insistido en hablar con él. Si perdía otro cliente, no sabía qué iba a hacer. Mi último caso lo había resuelto en apenas tres días y no había dado demasiado dinero, por típico y tópico: un presunto marido infiel. Luego resultó que no, que de infidelidad nada. El hombre iba a un psicólogo los martes y los jueves. Una vez entregado el informe a la esposa, me pregunté qué haría ella con él. ¿Callar? Si su marido iba a un loquero igual era por ella. Menuda señora.

Aparqué la moto en la acera y subí a la agencia. Cuando llegué al despacho, me senté en la silla de papá y esperé sin dejar de tararear mi canción.

El timbre de la puerta sonó cinco minutos después. Me levanté, esboqué mi mejor sonrisa y abrí.

Vanessa Fonoll era una mujer espectacular.

Alta, veinticuatro o veinticinco años, pinta de modelo, cabello largo, rubia, delgada, de esas a las que le cae un saco del cielo y les sienta de maravilla.

Lo único que no pude ver fueron sus ojos.

Llevaba unas enormes gafas oscuras que se los cubrían.

2

–Pase –la invité.

Obedeció sin decir una sola palabra y se sentó directamente en la silla que había enfrente de la mesa de papá. Yo ocupé la otra. Lo primero que hizo fue dejar en el suelo un gran bolso que colgaba de su hombro. Lo segundo, explicar por qué no se quitaba las gafas.

–Tengo los ojos muy hinchados, perdona –me tuteó.

Yo mantuve la corrección obligada.

–Antes de que me cuente su problema, debo comentarle las condiciones de nuestra agencia –le dije.

–¿Condiciones?

Se lo expliqué de forma rápida y concisa.

–El señor Cristóbal Mir nunca aparece ante sus clientes. Mantiene así el anonimato que le permite trabajar con mayor soltura, rapidez y libertad. Yo soy su enlace. Usted me cuenta lo que desea que haga él y yo se lo comunico.

–Bien, sí, de acuerdo. No importa –asintió sin más.

Suspiré aliviada.

Bendito trabajo.

–Pero necesito la máxima reserva –agregó de pronto mientras apretaba las mandíbulas–. Quiero que me garanticen la discreción y la seguridad de que...

–La relación cliente-detective está por encima de todo, descuide –la tranquilicé aprovechando su vacilación–. Es igual que la del médico o el psiquiatra con su paciente. Lo que usted nos diga o pida se queda aquí, y lo que descubramos sólo lo verán sus ojos.

Me miró a través de sus enormes gafas.

–De acuerdo –suspiró.

–Las condiciones económicas...

–No importan –se inclinó, abrió el bolso y extrajo de él un sobre que depositó en la mesa–. ¿Son suficientes mil euros para empezar?

–Sí.

–Bien –se apoyó en el respaldo de su silla.

He de reconocer que estaba fascinada por su presencia. Me fijé en los detalles. Llevaba un tatuaje en el brazo izquierdo y otro que asomaba por encima del

ajustado pantalón. Entre él y el top que cubría su pecho se veía casi un palmo de piel sin una pizca de grasa. El tatuaje del brazo representaba un símbolo hindú, o al menos eso me pareció a mí. El otro era un dragón alado del que sólo se veían las alas, abiertas y extendidas hacia los lados. Me imaginé dónde terminaba el dibujo impreso en su piel. Era tan perfecta que a su lado me sentía un adefesio. El cabello era precioso, los labios un sueño, el pecho un regalo, las manos delicadas y cuidadas.

Imaginé que sus ojos eran grises, o azules...

–No sé ni por dónde empezar –dijo.

–Siempre cuesta resumir la situación –quise ayudarla–. Hágalo de la forma más sencilla que pueda.

Se mordió el labio inferior.

No mucho, como si no quisiera dejar ninguna marca, por leve que fuera, en el cuerpo con el que, seguramente, se ganaba la vida.

–Soy modelo –manifestó por si me quedaba alguna duda–. En estos momentos tengo la oportunidad de mi vida, probablemente la última, porque ya tengo veinticuatro años y esta carrera es muy corta y competitiva. Cada año aparecen muchas quinceañeras que quieren dar el salto, y en este mundillo siempre se busca gente joven, ¿entiendes lo que quiero decir?

Lo entendía, por supuesto.

¿Cómo no iba a entenderlo una chica llena de complejos?

Asentí con la cabeza.

–Trabajo para la agencia más prestigiosa de Barcelona y una de las mejores de España, Top Star. Hace unos días me dijeron que iban a contratarme para una campaña muy importante. Necesitaban algo nuevo, diferente, daba igual que fuese desconocido o famoso. Voy a ser el rostro y la imagen de una marca de perfumería. Un sueño. Anuncios en prensa, televisión... Es mi puente para el mercado extranjero, algo por lo que he luchado toda mi vida y que ya creía imposible. Y ahora, precisamente ahora, me están haciendo chantaje –bajó la cabeza como si se sintiera avergonzada–. Un chantaje asqueroso que puede arruinarme la vida por completo –dominó un amago de lágrima.

–¿Quién le hace chantaje, Vanessa?

–No lo sé. No le conozco. Todo ha sido... muy desagradable. Desagradable e infortunado.

–¿Qué le pasó?

–Hace dos semanas estuve en una fiesta –levantó de nuevo la cabeza para mirarme y recuperó su aplomo–. Una fiesta un poco loca, lo reconozco. Más bien... desmadrada. Seguro que tú también has estado en alguna así, en la que todo el mundo acaba perdiendo el control –continuó sin esperar mi respuesta–. Me llevó una amiga y no sé exactamente qué sucedió. Me pasé con la bebida, y

quizás me pusieron alguna cosa en ella, ya sabes, «el beso del sueño». Basta un somnífero o un analgésico y adiós, tu cuerpo se inhibe y te conviertes en algo inanimado que se deja llevar.

–Además de beber, ¿tomó drogas de forma consciente?

La pausa fue breve.

–Sí –admitió.

–¿Perdió el control?

–Un poco.

–Defíneme «un poco».

Esta vez endureció algo su rostro.

–Me filmaron esnifando unas rayas... y luego en la cama.

–¿Con alguien?

–Sí.

–¿Un hombre?

–Sí.

–¿Haciéndolo?

El endurecimiento se hizo mayor.

–Vaya –dijo–. Eres directa.

Me mantuve profesionalmente impasible.

–Sí, haciéndolo –confesó vencida.

–¿Qué le mandó el chantajista?

–Una película tomada con cámara digital.

–¿Se la ve bien?

–Sí.

–¿Vio cómo la filmaban?

–No..., es decir, no recuerdo... No estábamos solos. Era el final de... puede que deba llamarlo orgía –suspiró largamente–. No sé si estaba ida, pero desde luego no era yo. Alguna otra vez he tomado algo, y jamás me sentí como esa noche. Por eso creo que me pusieron algo en la bebida. Cuando vi las imágenes vomité. Era yo, pero no me reconocía a mí misma ni recordaba nada de lo que veía.

–Así que no sabe quién la filmó.

–Ni idea.

–¿Recuerda a alguien de la fiesta?

–Vagamente, pero ningún nombre.

–Si esa película llega a la agencia de modelos que la representa, o se cuelga en Internet...

–Se acabó todo.

–Entiendo.

–No es sólo la agencia –se mordió el labio inferior por segunda vez–.

También están mis padres, mi novio...

–¿Tiene novio?

–Sí.

–¿También modelo?

–No, no. Tiene un bar de copas en la parte alta de Ganduxer. Por las noches trabaja, así que yo estaba sola con mi amiga.

–¿Y esa amiga es de confianza?

–Sí, ¿por qué?

–Puede estar en el ajo.

–No, no creo, y tampoco importa mucho ahora. Lo único que quiero es que esto acabe cuanto antes.

–¿Qué quiere que haga el señor Mir exactamente?

–Hoy por la noche he de llevarle quince mil euros a ese hombre, y la verdad es que... no puedo hacerlo. Estoy aterrada. Temo... no sé... –se estremeció como si tuviera un arrebato de frío–. Necesito a alguien que lo haga por mí.

–Lo comprendo.

–El chantajista me mandó un USB con la película y las instrucciones. El lugar no me inspira ninguna confianza. De noche, debajo de un puente –el estremecimiento se repitió–. Me da miedo que me pida algo más que dinero.

–¿De qué puente hablamos?

–Del de Marina. A las diez de la noche.

–Si no va usted, igual no se deja ver.

–Me llamará en una hora para ver si estoy de acuerdo. Si vosotros aceptáis le diré que enviaré a una persona, y si le parece bien, os telefonearé de nuevo para confirmarlo.

–¿Y si él no ve bien el cambio? Puede imaginar que esa persona va a ir armada.

–Si sólo pide dinero no veo por qué no ha de aceptar. Sabe quién soy, me haría daño, lo sé. A mí lo que me aterra es que una vez allí me haga algo. Si va un hombre experimentado... ¿Lleva pistola el señor Mir?

–No, nunca la ha necesitado. Oiga, hay algo que me inquieta.

–¿Qué es?

–¿Qué garantías tiene de que le devolverá la película y no se quedará con copias?

–Dice que me dará la cámara.

–Confiar en la palabra de un chantajista no es muy seguro.

–Ya lo sé.

–¿Entonces...?

–¡Me ha jurado que no jugará sucio!

–Eso no tiene mucha credibilidad.

–¡Por eso necesito a un detective! ¡Puede amenazarle...! ¡No sé, por Dios! –se derrumbó de pronto–. ¿Qué quieres que haga?

–No pagar.

–Me hunde la vida.

–¿Y si lo denuncia a la policía? Le cogen, le quitan todo...

–Me ha dicho que si hago eso y él acaba en la cárcel, alguien me marcará la cara. Asegura que él jugará limpio, que no es un profesional, que sólo necesita el dinero y ha visto una oportunidad. Por eso no pide demasiado.

–Eso es relativo.

–Bueno, puedo pagarlo.

–¿Y si después sigue chantajeándola?

–Gano lo suficiente para vivir, pero no soy rica.

–En cuanto aparezca en esa campaña olerá el dinero.

–Por favor... –se llevó una mano bajo las gafas–. No quiero un abogado del diablo. Quiero un detective. ¿Queréis hacerlo o no?

Era un trabajo. Lo necesitaba. Y sin embargo...

–No me gusta –habló mi instinto.

–Entonces recomiéndame otra agencia.

–Que no me guste no quiere decir que no lo vayamos a hacer. El señor Mir es un profesional. Sólo le expongo mis impresiones. Usted es ahora nuestra clienta.

–¿El dinero...? –señaló el sobre.

–Serán dos o tres horas de trabajo, no se preocupe. ¿Cuándo nos traerá los quince mil euros?

–Esta tarde tengo trabajo. ¿Al anochecer?

–¿Dónde?

–¿En el cruce de Mallorca con Rambla de Catalunya? ¿A las nueve?

–De acuerdo. Luego le llevaremos la cámara y listos.

–Bien.

Ya estaba todo dicho. Mil euros. Un caso, aunque no me sentía nada cómoda. Una cosa era seguir a personas o, incluso, buscar loros robados, y otra muy distinta enfrentarse a un chantajista, profesional o no, que tal vez estuviese loco.

–Me moriría de miedo si tuviera que ir de noche a ese sitio –movió la cabeza de un lado a otro.

La que se iba a morir de miedo era yo, mientras Doña Perfecta se daba de golpes contra una pared por su mala cabeza.

–Estaría bien que hiciera memoria y tratase de recordar a la gente de esa fiesta.

–Ya lo he hecho, y nada. Un amigo llevaba a otro... Pudo ser cualquiera.

–¿Y su amiga?

–Desapareció en medio del caos de la noche.
–¿Y si todo fue una trampa, pensada y calculada?
Me lanzó otra de sus miradas, oculta tras los cristales oscuros de sus gafas.
–¿Para amargarme la vida?
–No, sólo para sacarle ese dinero. ¿Ha hablado con otras chicas, por si les ha pasado lo mismo?
–No.
–¿Ni siquiera con su amiga, la de la fiesta?
–No, tampoco.
–¿Quiere que la investiguemos, para mayor seguridad?
–No, prefiero que no –fue categórica–. Todo esto es tan... escabroso... Lo único que deseo es que termine cuanto antes, por favor... Fue una maldita noche loca, ¿entiendes? ¡Una maldita noche loca!
Fui la primera en ponerse en pie, dando por concluida la conversación.

3

Nada más cerrar la puerta me quedé abstraída pensando.

Una chica guapa, una noche loca, como decía ella, y un chantaje que, por quince mil euros, podía resultar barato si no fuera porque raramente los chantajistas se contentaban con un solo pago. Y no hacía falta ver películas made in USA para eso. Cualquiera lo sabía.

Sentí un hormigueo en el estómago.

Que Vanessa Fonoll quisiera a alguien para que le hiciera el trabajo era normal. Lógico. Lo malo era que ese trabajo no iba a hacerlo un detective de pelo en pecho, experto y profesional, sino yo, una ingenua metomentodo. Vanessa no veía más allá de su miedo, estaba bloqueada. Lo más seguro era que, viviendo en la burbuja de su belleza, jamás se hubiera enfrentado al lado oscuro de la vida.

Me sentí incómoda por ese pensamiento.

¿La excusa de la gente «corriente» era creer que los guapos lo tenían todo hecho y que su existencia era un camino cubierto de pétalos de rosas?

Miré los mil euros y los agradecí al cielo, pero...

«No es tu problema. No tomes partido», escuché la voz de mi padre en la cabeza.

Sí era mi problema. Yo tomaba partido. Lo había hecho en el caso del chico al que seguí por encargo de su padre para ver si consumía drogas, advirtiéndole de ello, y lo había hecho cuando descubrí quién se había llevado a Mauricio, el loro de la anciana clienta, para no herirla a ella.

No se puede ser detective y tener conciencia.

—Mierda —suspiré.

El día menos pensado estropearía algún caso.

Recogí el dinero, para ingresarlo en el banco antes de regresar a casa, y cuando abrí la puerta del despacho dispuesta a irme me encontré con una mujer que iba a llamar al timbre.

—¡Oh, vaya! —se sobresaltó.

—¿Quería hablar con el señor detective? —le pregunté.

—Sí, por favor, si no es molestia.

—Pase, por favor.

Cerré la puerta alucinada. Dos casos seguidos. Dos golpes del destino. Mientras recorriamos la breve distancia que nos separaba de nuestras respectivas sillas, observé a mi nueva clienta. Nada que ver con Vanessa Fonoll, desde luego. La aparecida era redondita, cincuenta y pocos, o quizás incluso cuarenta y muchos. Vestía zapatos planos, falda oscura y cubría su blusa de color claro con un jersey marrón oscuro que había conocido tiempos mejores. Cuando la tuve de frente advertí su expresión de susto mezclada con preocupación y respeto. Lo de ir a ver a un detective debía de ser algo insólito tirando a inaudito.

Una vez sentada miró a su alrededor.

Momento de soltarle mi rollo. El señor detective no daba la cara para preservar su identidad y trabajar mejor. Yo era el enlace con el señor detective. Si estaba de acuerdo, el señor detective se pondría a trabajar de inmediato en su caso.

Bla-bla-bla.

–Bien, bien, sí, claro –asintió enfatizando sus palabras–. Si así es como trabajan... Lo único que quiero es que ella vuelva. No sabía a quién acudir y entonces una vecina me dijo que lo mejor era esto, que contratara a alguien, a un detective... Aunque no sé si será muy caro.

–Habaremos luego, no se preocupe. Dígame a quién hemos de buscar.

–¿Cómo sabe...?

–Ha dicho que lo único que quiere es que ella vuelva.

–Sí, claro. Qué tonta.

–Tranquila, ¿quiere un vaso de agua?

–No, gracias.

Me eché para atrás en mi asiento. Ella continuó igual, rígida, con las manos apoyadas sobre su bolso negro asentado con firmeza en sus rodillas.

–Se trata de mi hija, Susana. Tiene dieciocho años, ya para diecinueve. Me consta que está en una especie de secta o algo así.

–Con dieciocho años es mayor de edad.

–Ya, pero si la han captado, o como se diga...

–Acaba de manifestar que le consta que está en esa secta.

–Sí.

–¿Tiene pruebas de ello?

–Empezó a hablar de un hombre, un tal Sebastián. Que si era especial, que si era un líder, que si su palabra era ley... A mí no me lo dijo, pero creo que pasó un fin de semana en una finca, por el Maresme. Regresó cambiada, muy cambiada, como si flotara o qué sé yo, y a la semana siguiente se fue. En esos días parecía ida, nada de lo que yo le decía le parecía bien, me trataba con un desprecio evidente, todo le molestaba. Y seguía con él, Sebastián por aquí,

Sebastián por allá. Yo me asusté, mucho, pero no me dio tiempo a reaccionar. Todo fue muy rápido.

–¿Ha hablado con sus amigos y amigas?

–Nadie sabe nada de ella. Conoció a una chica hace unas tres semanas, puede que más. Dicen que ella la captó. Sólo sé su nombre: Helena, con hache. Lo recuerdan por ese detalle. Sus amigas, su novio..., todos me han dicho lo mismo: que cambió de pronto.

–¿Tenía novio?

–Bueno, hoy en día los jóvenes llamáis novio a todo. Basta con salir un par de veces. En realidad no estoy segura de que lo fueran, aunque daba la impresión de que sí.

–Tendrá que darme los nombres, los datos que pueda conseguir...

–Los he traído, sí –abrió el bolso y sacó una hoja de papel llena de anotaciones–. Ya lo imaginaba –la depositó sobre la mesa. Luego me señaló los nombres–: Marcelino Paredes es su novio. Miriam Lucero y Beatriz Fortés sus amigas más directas. Mi hija ni siquiera se llevó su agenda, por eso los he encontrado, aunque de una de las chicas sólo aparecía el número de móvil.

–¿Tiene ordenador?

–¿Ella? Sí.

–¿Ha mirado en él?

–Yo no entiendo de esas cosas.

–Quizás tenga que ir a su casa a verlo.

–¿Usted? –me trató con todo respeto pese a tener la misma edad que su hija.

–Sí. Ya le he dicho que luego yo le paso todos los datos al señor Mir y que él hace el trabajo de verdad, el importante. Así, a veces, puede hacerse pasar por cualquier cosa.

–¿Y se disfraza y todo?

–En ocasiones –no quise desengañarla–. ¿Ha traído alguna foto de su hija?

–Sí –volvió a hurgar en su bolso y me entregó una fotografía a color de una sonriente chica de más o menos mi edad, bastante atractiva y de rostro angelical, cabello negro, ojos grandes, labios sonrosados, mitad niña mitad mujer.

–¿Cuándo desapareció?

–Hace tres días.

–¿Ha ido a la policía?

–Me dijeron que ya es mayor de edad, y que, como en estos casos suelen volver a casa en unos días, de momento no podían hacer nada.

–¿Cómo se llama?

–Fortunata Sants, aunque todos me llaman Fortu.

–Me refiero a su hija.

–¡Oh, perdón! Susana. Susana Lorca.

–¿Y su marido?

–El padre de Susana murió hace un año y medio.

–Lo lamento.

Asintió con la cabeza y eso fue todo.

Ningún otro signo externo, dolor, tristeza, resignación...

–Ahora que ya conoce el caso, ¿me dirá sus tarifas?

Se las dije. Sé que se asustó un poco, pero aguantó el tipo. Todo dependía de las horas que empleara en el tema. Su adelanto fue inferior al de la visita anterior: quinientos euros. Imaginé que para ella era mucho dinero, y en función de lo que tardase en mi investigación, la factura podía aumentar bastante.

Pensé en papá.

En cómo se lo hacía para ser profesional.

–¿Sabe algo más acerca de ese Sebastián?

–No, lo único lo que decía ella.

–¿Algún dato, signo...?

–No, no.

–Pero usted dice que hay una secta.

–Hablaban en plural. Decía «las chicas, los chicos, nosotros, todos, hacemos, Sebastián nos guía...». ¿Qué otra cosa puede ser si no?

–¿Y cómo sabe que esa presunta secta está en algún lugar del Maresme?

–Una noche, en una discusión, se le escapó. Más o menos vino a decir que algún día el Maresme sería el centro del nuevo mundo, porque Sebastián llevaría su palabra más allá de él. Cuando desapareció lo recordé.

–Pero el Maresme es muy grande.

–Ya.

–Supone buscar una aguja en un pajar.

–¿Quiere decir que no hay esperanzas? –dibujó un gesto de desaliento en su rostro.

–Yo no he dicho eso –me apresuré a aclarárselo–. Sólo que no será fácil. No creo que esa gente se anuncie en los periódicos ni ponga vallas en la carretera.

–¿Cuándo se pondrá el señor Mir a buscarla?

–De inmediato, señora.

Pareció aliviada.

–Gracias.

–No se preocupe y déjelo en nuestras manos. ¿Podría darme su dirección, teléfono...?

–¡Oh, sí, claro, perdone, hija!

Tomé nota en la misma hoja en la que había anotado los nombres y datos del novio y las amigas de Susana. Una vez hecho esto dejamos de hablar y me puse en pie.

–La mantendremos informada –le dije.
–Lo único que necesito es saber dónde está.
–¿Y luego?
–Iré a verla, por supuesto. Hablar, razonar...
Una madre asustada.
Eso me hizo pensar en la mía.
Una extraña asociación.
–Lo más seguro es que ese ordenador tenga algo que ver –insistí–. La llamaré antes de pasar por su casa.
–No voy a moverme. Por si llama Susana.
Llegamos a la puerta. Nos dimos la mano. Vi la última esperanza en sus ojos y luego el eco de su sonrisa triste flotó entre ambas hasta que cerré despacio mientras bajaba la escalera a pie.
De nuevo sola, sólo pensé en lo raro que era el azar.
Dos casos.
Aunque uno terminaría aquella misma noche, después de entregar los quince mil euros al chantajista de Vanessa Fonoll.

Regresé a la mesa, me senté y tomé el auricular del teléfono inalámbrico. Hacía por lo menos una semana que no la llamaba. El tiempo seguía pareciéndome relativo. Una llamada cada siete o diez días era mucho más de lo que tan sólo tres meses antes hubiera imaginado.

Al otro lado de la línea escuché la voz de una mujer desconocida que me interpeló con acento sudamericano, probablemente ecuatoriano.

–¿Dígame?

–Póngame con la señora, por favor.

–Ahora mismo no puede, está descansando...

–Soy su hija –la interrumpí.

La pausa fue breve, mientras la información era procesada por su mente.

–Es que la señora ha dado órdenes...

Se produjo una pequeña turbulencia. Oí una segunda voz, lejana, reconocible, y a la criada que se esforzaba en tapar el auricular para responder. Luego ya no hubo más.

–¿Berta?

–Hola, mamá.

–Cuántos días.

–Trabajo –mentí-. Lo siento. ¿Cómo estás?

–Mal.

–¿Estás mal o te encuentras mal?

–Las dos cosas. Esa maldita quimio me tiene...

–¿Vómitos y esas cosas?

–Si sólo fueran vómitos –el tono era crepuscular, dolorido-. También son los mareos, el agotamiento, la sensación de que ya no voy a tener fuerzas nunca más...

–Cuando todo pase te recuperarás.

–Todos sois muy optimistas.

–Antes se morían muchas mujeres, pero ahora el cáncer de mama tiene una mortalidad muy baja.

–¿Y el miedo?

No supe qué decirle. Que hubiera vuelto a ponerme en contacto con ella

desde que le detectaron el cáncer no significaba que supiera cómo hablarle. Seguía sin perdonarla.

Y la lástima era muy mala aliada.

–Si trabajaras no tendrías tanto tiempo para darle vueltas al tema –dije.

–Si trabajara, ahora no podría hacerlo.

–¿Cuánta quimio te queda?

–Esta semana acabo.

–¿Y después?

–A esperar.

–Bueno.

Temía la inevitable pregunta.

–¿Vendrás a verme?

–No, mamá.

–Berta...

–Te dije que te llamaría, y lo hago, de tarde en tarde pero lo hago. No me pidas más, por favor.

–Quizás sea mejor que no me veas así.

–A quien no quiero ver es a tu marido, ya lo sabes. A mí me da igual que estés calva.

–Berta, hija.

–Si vamos a discutir cuelgo.

–Mira que eres dura.

–Tengo motivos.

–Algún día...

–¿Algún día qué? ¿Lo entenderé?

–Sí.

–He de colgar, tengo trabajo.

–Espera.

–Mamá, no.

–¿Necesitáis algo? ¿Cómo está Cristóbal?

Ya no decía «él». Lo llamaba por su nombre.

–Papá sigue igual y ya sabes que mientras yo esté allí tú no pondrás los pies en casa. En cuanto a necesitar algo, también sabes que antes me muero de hambre que aceptar un euro de tu mafioso.

Demasiado cruel.

Daño por daño.

La oí llorar en silencio y me sentí culpable. Mi reacción fue de ira. Culpable por ser sincera. Quizás sí se estuviese muriendo por su cáncer y un día, en el cementerio, frente a su tumba, fuese demasiado tarde para volver a empezar.

¿Por qué habían tenido que suceder así las cosas?

Una mujer madura, guapa, asustada, con necesidad de lujos y ganas de vivir una mentira...

–Mamá, no llores.

–Berta...

–Todo tiene consecuencias, ¿vale? Tú elegiste un camino y no puedes pretender que lo que te gusta del pasado siga igual y que se olvide lo que no soportas, como si nunca hubiera existido.

–Tu padre y yo...

–Mamá, que no quiero oírlo otra vez. Ya no.

–Lo siento –se excusó esta vez ella.

–He de dejarte, en serio.

–No tardes tanto en volver a llamar.

–Vale.

–Si me dejaras que lo hiciera yo...

–Adiós, mamá. Cuídate.

–Bien, sí..., claro.

Corté la comunicación con tanta rabia que estuve a punto de estrellar el móvil contra la pared. Si no hubiera sido por lo del cáncer, no la habría llamado un mes antes. Y si no hubiera sido por la visita de Fortu Sants buscando a su hija, tampoco lo habría hecho en ese momento. Ahora el primer lazo del reencuentro se había estrechado.

Y trataba de renunciar a ella, por más que hasta mi abuela me recordase una y otra vez que era mi madre y siempre lo sería.

La última vez que la vi fue en el hospital, tras el accidente... el intento de asesinato de papá.

–Maldita sea –rezongué.

Bloqueé la mente para no tener que soportar la presión y la furia a la que me veía sometida cada vez que hablaba con ella desde su huida de casa. Salí del despacho a la carrera antes de que apareciese otro cliente con un nuevo caso. En otras circunstancias hubiera empezado ya a trabajar en la búsqueda de Susana Lorca.

En otras circunstancias.

Pasé de ir al banco a ingresar el dinero de los dos adelantos. Llegué a casa tranquilamente, aparqué la moto y subí tratando de serenarme. Alejandra estaba con papá. Primero le di un beso a la abuela.

–¿Comes aquí?

–Sí.

–Me ha dicho Alejandra que tenías trabajo.

–Pero, si puedo, como en casa. Y puedo.

–Bien.

Seca. Ninguna pregunta acerca del «trabajo». Ya se había resignado a verme en mi nueva faceta de detective a la fuerza. Pero seguía siendo su nieta. La misma a la que apenas unos años antes llevaba de la mano, a la que contaba historias o daba un azote cariñoso, zapatilla en mano, cuando se portaba mal. De golpe y porrazo, yo era la «cabeza de familia».

Demasiado para ella.

–Voy a ver a papá.

–La comida estará en diez minutos. Te aviso.

–Vale.

Entré en la habitación de papá cuando salía Alejandra. La cuidadora me sonrió.

–Está despierto –dijo.

«Despierto.»

Otra extraña palabra para una persona convertida en un vegetal, cuya única parte sensible es un dedo con el cual se comunica con el mundo.

–Gracias.

Me senté en la cama, a su lado, y le cogí la mano de forma que ese dedo rozara mi palma. Luego me incliné sobre él y le besé despacio, para que me sintiera y las emociones fluyeran por su cuerpo. Rocé mi nariz con la suya, como hacíamos cuando yo era niña. Finalmente acerqué mis labios a su oído.

–Hola.

Su dedo golpeó mi piel.

–Tengo un par de trabajos.

Nada.

–Tengo que buscar a una chica y pagar un chantaje.

Su dedo trazó un interrogante en la palma de mi mano.

–Una chica, una modelo, quiere que lleve el dinero del chantaje y reciba la película con la que la extorsionan.

«C U I D A D O»

–Lo tendré.

«P E L I G R O»

–¿Por qué ha de haber peligro?

«I M P R E V I S I B L E», escribió su palabra más larga.

–Papá, sólo hay que llevar el dinero y recoger una cámara.

«C U E N T A»

Se lo conté, de arriba abajo. Raramente le consultaba, o le confiaba los casos en los que trabajaba. Deduje que si lo hacía en el de Vanessa Fonoll era porque, en el fondo, seguía preocupada y recelosa.

Le necesitaba.

Cuando terminé se tomó su tiempo, tal vez para procesar la información, tal

vez para pensar. Nadie sabía qué sucedía en su mente, cuál era la prodigiosa combinación de fuerzas negativas que le mantenían en su estado ni las positivas que le dejaban seguir lúcido.

«N O L O G I C A», dijo al fin.

–Está asustada. Ese hombre no la dejará en paz, pero no he conseguido convencerla. Ella está segura de que esta noche acabará todo.

«D I N O»

–¿Cómo voy a decir que no, papá? Ya he aceptado. Es trabajo.

Su dedo ya no se movió.

No quería dejarle así. Necesitaba seguir «hablando» con él.

–¿Has hecho alguna vez de correo?

«1»

–¿Y?

«M A L»

–¿Qué salió mal?

«T R A M P A»

–¡Por Dios, papá!, ¿qué clase de trampa?

«D I N E R O S I O T R O N O»

El dinero sí, el producto del chantaje no.

«2 T I P O»

–¿Había un segundo hombre?

El dedo golpeó mi mano. Un «sí».

–Tendré cuidado –fue lo único que se me ocurrió decirle.

No hubo opción a una respuesta. Mi móvil se disparó de pronto y tuve que soltar a papá para cogerlo, aunque no llegué a levantarme de la cama. De nuevo la pantallita me mostró el mismo número desconocido de hacía un rato.

–¿Sí?

–Soy Vanessa Fonoll.

–¿Cómo ha ido todo?

–Ha dicho que sí. Ningún problema. Ha insistido en que él jugará limpio. Incluso parecía más nervioso que yo. Al terminar ha susurrado que lo sentía.

–¿Que lo sentía?

–Sí.

Ya no era momento de entrar en discusiones.

–¿A qué hora nos traerá el dinero?

–¿Quedamos a las nueve donde te he dicho antes, en la esquina de Rambla de Catalunya con Mallorca? La entrega es a las diez.

–Está bien –asentí.

–Gracias.

–El señor Mir ha dicho que esté tranquila, que tiene experiencia en este tipo

de situaciones y que no es la primera vez que hace de intermediario en un chantaje –quise darle un mensaje positivo.

–Es un alivio –dijo.

–Hasta la noche.

–¿Vendrás tú a buscar el dinero?

–Sí.

–Bien, hasta la noche.

Cortamos al unísono y me guardé el móvil en el bolsillo.

No sabía qué más preguntarle a papá y en ese momento la voz de la abuela tronó por el pasillo.

–¡Berta, a comer!

El dedo de papá golpeó mi mano a modo de despedida.

5

No podía dejar de pensar en lo que tenía que hacer por la noche, pero, antes de ir a ensayar con el grupo, empecé a trabajar en el caso de Susana Lorca, la chica desaparecida. Examiné los datos facilitados por su madre y consulté las dos direcciones en el callejero: la del novio, Marcelino Paredes, y la de una de las amigas, Beatriz Fortés. De la segunda, Miriam Lucero, tenía únicamente el número de su móvil. Calculé la hora y las posibilidades de pillarles en casa. Eran escasas, y por teléfono difícilmente se sincerarían con una extraña..., si es que sabían algo. Así que me arriesgué. El que vivía más cerca de mi casa era Marcelino. También tenía que ser el más afectado. Si Susana había cambiado tanto al caer bajo la influencia de Sebastián, la relación con su novia por fuerza habría sufrido un terremoto. Faltaba por saber el grado de «noviazgo» de ambos. La madre de Susana no parecía haberle dado mucha importancia al detalle.

Detuve la moto en la esquina y la aparqué junto a otra media docena. La casa estaba a mitad de manzana. No tuve que llamar a ninguna puerta porque la del vestíbulo estaba abierta y la portera no dijo nada al verme pasar por delante de su garita. Parecía muy enfrascada leyendo una revista del corazón. Cuando me detuve en el rellano, al salir del ascensor, tomé aire y me dispuse a ser lo más simpática y efectiva posible. Todavía me faltaba mucha experiencia como detective, aunque gracias al morro que tenía no se me había dado mal hasta ese momento.

La puerta la abrió una chica de más o menos mi edad o un poco más joven. Llevaba el cabello muy corto, iba descalza y vestía unos shorts muy ajustados, con una camiseta superholgada que le dejaba un hombro y parte del brazo al descubierto. También lucía tatuaje, en el tobillo derecho. Unas extrañas letras de corte gótico.

–Busco a Marcelino Paredes –me presenté.

–No está –me observó curiosa y, en parte, divertida, supongo que tratando de saber si yo era un ligue–. Soy su hermana Consuelo, ¿y tú?

–Me llamo Berta –le tendí una de las tarjetas de papá–. Trabajo en una agencia de detectives.

–¿Una agencia de detectives? –lo repitió en plan loro mientras abría los ojos.

–Estamos buscando a Susana Lorca.
 Consuelo Paredes torció el gesto.
 –¿Cómo que la están buscando?
 –Ha desaparecido.
 –¿En serio?
 –¿No te lo ha dicho tu hermano?
 –Si lo sabe, no.
 –Según su madre, se marchó de casa hace tres días para unirse a una secta.
 Más que abrir los ojos y subir las cejas, los convirtió en dos enormes lunas
 asombradas.
 –¿En serio?
 –Sí.
 –¡Ay, la leche! ¿Una secta de qué?
 –No lo sabemos.
 –Imaginaba que estaba majara, pero esto...
 –¿Cuándo puedo encontrar a tu hermano?
 –No creo que pueda decirte mucho. De hecho rompió con ella hace una
 semana y está hecho polvo.
 –¿Quién rompió con quién?
 –Ella con él. Le dijo que estaba en un plano superior y no sé cuántas
 chorradas más. Plano superior –soltó un bufido de sarcasmo–. La muy creída.
 Fue un pozo de conflictos desde que se liaron. Y él... de puto culo. En fin...
 –¿La conocías bien?
 –No, pero cuando Marcelino habla por teléfono no es de los que susurra.
 –¿Tienes idea de dónde puede estar?
 –¿Yo? Para nada.
 –¿Has oído hablar de un tal Sebastián y de una chica llamada Helena, con
 hache?
 –No.
 –Vale. ¿Cuándo puedo hablar con Marcelino?
 –Ahora está estudiando, y hoy llegará tarde a casa, sobre las nueve, porque va
 al conservatorio.
 –Tengo el número de su móvil.
 –Ni lo intentes. Lo apaga siempre porque en clase...
 –¿Qué toca?
 –Saxo.
 –Vaya –me pareció un instrumento poco convencional.
 –Oye, no me gustaría que Marcelino lo pasara mal y que se preocupase. Es
 muy buen tío, ¿sabes? Yo sé que estará mejor sin esa loca, pero ahora mismo...
 –se apoyó en el quicio de la puerta y se cruzó de brazos. No me imaginaba a

Susana saliendo con alguien mucho menor que ella, así que Consuelo debía de ser la hermana pequeña. Una hermana que le adoraba.

–Tranquila.

–El primer amor y todo ese rollo, tía.

–Lo comprendo –no supe cómo tranquilizarla–. ¿Conoces a las amigas de Susana, Miriam y Beatriz?

–No, ni idea.

Territorio baldío.

–Gracias por tu ayuda.

–¿Le digo algo a Marcelino cuando le vea?

–Claro. ¿Por qué no?

–No sé –vaciló de nuevo.

–Tendré que hablar con él en algún momento.

–Supongo que sí –se dispuso a despedirse–. Que tengas suerte.

–Hasta luego.

Cerró la puerta mientras yo comenzaba a bajar las escaleras.

6

Beatriz Fortés vivía cerca de mi siguiente destino, el local donde nos encerrábamos cada tarde a ensayar pasara lo que pasara y cayeran rayos o truenos, así que aproveché la coyuntura. De hecho, pensándolo bien, el caso de Susana Lorca no tenía por qué ser complicado. Sólo necesitaba una pista que me condujese al lugar en el que se hallaba la presunta secta, y una vez localizada, bastaba con asegurarme de que la chica se encontraba ahí. El resto dependería de su madre y sus dotes de persuasión o mando.

Aunque me daba en la nariz que Susana Lorca estaba ya perdida.

No sabía mucho de sectas ni de comidas de coco parecidas, pero me sonaba igual que hacerse adicto a una droga.

Meterse es fácil. Salir...

La puerta de la calle estaba cerrada y en las anotaciones de la señora Sants no constaba más que el número. Tuve que arriesgarme y pulsar al azar uno de los botones del interfono. Nadie me respondió y probé con otro. Una mujer me dijo que no estaba segura de dónde vivían los Fortés y no me abrió. A la tercera tuve suerte. Ni siquiera hubo preguntas. Escuché un zumbido y el cierre de la puerta de la calle quedó liberado. Me acerqué a los buzones y descubrí que el piso era el tercero cuarta. Tomé el ascensor, más que nada por si la persona que me acababa de abrir me esperaba en el rellano creyendo que iba a su piso.

Nada más tocar el timbre, oí una tos seca al otro lado, y a continuación el lento y suave roce de unas zapatillas deslizándose por el suelo de cerámica. No me extrañó que me abriera un anciano octogenario que hundió en mí sus ojillos diminutos y frágiles. Apenas le quedaba cabello en la cabeza y su figura estaba encorvada. Si era un abuelito encantador no daba el pego, aunque las apariencias siempre engañen.

—¿Y tú qué quieres? —me espetó.

En este caso, las apariencias no engañaban.

—Busco a Beatriz.

—¿Beatriz? ¿Qué Beatriz, la madre o la hija? —reafirmó su mal humor.

—La hija. Beatriz Fortés.

—¡Ya sé que se llama Beatriz Fortés! —se agitó como si fuera a montarme un pollo de mucho cuidado—. ¡No está! ¡Se ha ido a esa ONG!

—¿Qué ONG?

—¡Pues ésa, la que está ahí al lado, en la calle, la de las ballenas y las focas y todas esas tonterías! —él solito se agitó más y más—. ¡Ballenas y focas! ¡Y a nosotros que nos den! ¡Una pensión de mierda, pero a las ballenas y las focas, caviar! ¡Maldita sea!

Iba a darle las gracias pero me cerró la puerta en las narices.

El más que probable abuelo de Beatriz Fortés no se llevaría el premio al tío más simpático del año.

Le oí retirarse por las entrañas de su casa tosiendo y susurrando algo, supongo que contra la ONG, las ballenas y las focas, o contra mí, que había interrumpido su siesta o su programa favorito de la tele.

La ONG estaba a unos pocos metros, en la misma acera. Me colé dentro y me encontré con una mujer que apilaba cajas. Detrás de ella había dos chicas jóvenes metiendo propaganda en unos sobres.

—¿Beatriz Fortés, por favor?

La mujer levantó la voz.

—¡Bea!

La amiga de Susana Lorca era menuda y graciosa, rostro redondo, agradable, sonrisa franca y ojos de mirada limpia. Su abuelo estaba en contra de la conservación de la naturaleza cuando la suya ya se deterioraba a marchas forzadas, pero su nieta daba el callo. Emanaba una suerte de energía positiva y buen rollo. Le calculé más o menos mi edad.

—¿Beatriz Fortés?

—Sí —ladeó la cabeza con curiosidad.

—Me llamo Berta Mir. Trabajo en una agencia de detectives. ¿Podría hablar contigo un momento?

—¿Una agencia de...?

—Es sobre tu amiga Susana.

Eso la impactó, la impresionó. Se llevó las manos a la boca y casi se echa a llorar.

—¿Os ha contratado su madre?

—Sí.

—Tenía que haberlo hecho el primer día. Se lo dije.

—¿Podemos hablar?

Trabajaban como voluntarias, así que no tuvo que pedir permiso a la mujer que seguía apilando cajas, que a mí me lanzó una mirada de muy pocos amigos por entorpecer el proceso de salvación de las ballenas y las focas. Beatriz Fortés abrió la puerta de la calle y las dos salimos al exterior.

Sólo dio dos pasos. Cruzó los brazos a la altura del pecho y se volvió hacia mí, envuelta en una evidente zozobra.

–Ya veo que te diste cuenta de que Susana se estaba metiendo en un lío –no me fui por las ramas después de su reacción inicial.

–¿Darme cuenta? ¡Pero si lo habría visto hasta un ciego! ¡Fue alucinante! ¡Un cambio como el suyo, en tan pocos días...!

–Háblame de ello.

–Bueno..., se puso muy rara, dejó de ser ella de la noche a la mañana y su cerebro se le volvió del revés. Yo es que ni la conocía.

–¿Sois muy amigas?

–Sí –se encogió de hombros como si dudara de sus palabras.

–¿Qué pasó exactamente?

–Conoció a una chica, una tal Helena, y nos habló de ella un día, y luego al otro, y al otro... y, como quien dice, al día siguiente ya dejamos de verla. Fue así –chasqueó los dedos de su mano.

–¿Os habló de un tal Sebastián?

–Una vez, sí.

–¿Qué sensación te dio?

–Un cuelgue. Estaba colgada de él. Ésa era la sensación, como cuando conoces a un chico y flipas en colores. Sólo que ese Sebastián no era precisamente un chico. Lo llamó «líder espiritual». Estaba deslumbrada, impresionada. Dijo que todo era distinto. ¿Sabes esa mirada y el tono en que te hablan los que se creen en posesión de la verdad? ¿Ellos arriba y tú, pobre desgraciado, abajo? Pues eso. De pronto no estábamos a su altura.

–¿Cuando hablas en plural te refieres también a Miriam?

–Sí, ella, yo, Marcelino... –alzó las cejas al pronunciar el nombre–. ¡El pobre Marcelino se quedó hecho polvo! ¡Es un pedazo de pan que la adora, y rompió con él! En su vida encontrará a otro igual.

–¿No conociste a Helena ni a Sebastián?

–No.

–¿No intentó presentároslo?

–Intentó... tantearnos, no sé. ¡Pero tampoco tuvimos mucho tiempo!

–Su madre dice que él tiene una secta en el Maresme.

–Ni idea. Me lo comentó cuando me llamó, pero de eso no sabía nada.

–¿No la estarás protegiendo?

–¿Yo? –la simple idea la hizo estremecer–. ¿Mi amiga desaparece y yo voy a ser tan idiota? ¡Pues claro que no la protejo! A la fuerza ha de estar enferma o haberse vuelto loca.

–Háblame de Susana.

–¿Qué quieres que te diga?

–Cómo es, sus sueños, sus ilusiones, qué hace...

–Es una tía normal y corriente –Beatriz hizo un gesto vago–, aunque siempre

fue un poco difícil, con altibajos, momentos de euforia seguidos por momentos de absoluta depresión. Supongo que eso es cosa de los cáncer, que son lunáticos. Yo soy capricornio. No sé... –hizo otro gesto ambiguo y posó la mirada a lo lejos por unos segundos–. Es mi amiga. Llevamos ocho años juntas. Creía conocerla bien y...

–¿También Miriam?

–Sí. Y Carla. Las cuatro.

–¿Quién es Carla?

–Pues otra del grupo, aunque ella llegó la última, hace cinco años.

–Cuéntame por qué has dicho que Susana es difícil.

Volvió a centrar sus ojos en mí.

Sus pupilas se empequeñecieron.

–Estamos del mismo lado –le recordé–. La busco para ayudarla. Lo que me digas será secreto de sumario, te doy mi palabra de honor. Por eso me lo han encomendado a mí.

–Susana lo pasó mal cuando su padre murió. Eso fue hace año y medio. De pronto odió a los chicos, tuvo una fuerte crisis, decía que todos eran iguales y que no se podía esperar nada bueno de ninguno. Caray, nos pilló de improviso. Hasta renegó de los cantantes que nos gustaban.

–Pero tenía novio.

–Por suerte conoció a Marcelino y eso la hizo cambiar un poco, recuperar su confianza en la vida y todo lo demás. Nosotras nos alegramos por ella. Si alguna necesitaba un novio con urgencia, ésa era Susana. Un novio y enamorarse, claro, aunque ahora me doy cuenta de que nunca se entregó del todo. Siempre se guardó algo –la reflexión le hizo interiorizar más sus pensamientos–. Ya te he dicho que Marcelino es un buen tío, muy dulce y tierno. Susana no dejó de tener crisis, subidas y bajadas, euforias y desalientos, pero se espaciaron más. Ahora, en apenas tres semanas...

–¿Sabes dónde conoció a la tal Helena?

–En una fiesta que dio una amiga por su cumple.

–¿Sabes...?

–Carolina Ruiz. Vive en Mariano Cubí pero no sé el número. Al lado hay una tienda de telefonía móvil.

–Mariano Cubí es muy larga.

–Cerca de Balmes.

–¿Cómo es que no fuisteis vosotras a esa fiesta? Me refiero a Miriam, Carla y tú.

–Porque Carolina sólo la invitó a ella. No era amiga nuestra. Yo tengo amigas en el instituto, en el barrio... Y no siempre se mezclan.

No tenía más preguntas para la entregada Beatriz.

Las ballenas y las focas podían volver a respirar en paz.

–¿Te gusta cooperar? –señalé la ONG a su espalda.

–Sí –se le iluminó la cara–. En cuanto pueda me voy en un barco o me apunto para ir a algún lugar de África, Latinoamérica...

Hora de irse.

–Gracias, Bea.

–Oye, si la encuentras...

–Lo tendré en cuenta.

–Puedo acompañarte. Quizás a mí me haga caso.

Todavía quedaban chicas como Beatriz Fortés.

–Tengo tu teléfono –me despedí de ella.

Tenía menos de veinte minutos, pero estaba harta de ser siempre la primera en llegar al ensayo, así que me incliné por probar suerte en Mariano Cubí, aunque eso me apartara de mi ruta. Aceleré la moto un poco más de la cuenta, apuré los semáforos, me colé por entre los coches y me detuve en el cruce con Balmes en busca de la tienda de telefonía móvil. La portería contigua era señorial, con una entrada realmente elegante. Un conserje que hacía juego con la decoración me cortó el paso y me miró desde su metro ochenta de estatura. No tuve más remedio que levantar la cabeza para enfrentarme a él.

—¿Carolina Ruiz?

—Ahora no está. Ni ella ni nadie en su piso.

Lo imaginaba, pero me desalenté un poco.

Los casos en los que estaba implicada gente de más o menos mi edad siempre acababan resultando los más difíciles.

Era como si nadie fuera a su casa salvo para dormir.

Saludé al conserje con respeto, porque tendría que volver y enfrentarme de nuevo a él, y esta vez sí enfilé rumbo al local de ensayo, aunque cuando detuve la moto lo primero que hice fue sacar el móvil y llamar a información.

Anoté el número de los Ruiz, lo guardé y crucé la puerta.

Lo primero en que reparé fue en el revuelo que se apreciaba al otro lado del cubículo de nuestro grupo.

Estaban habilitando otro espacio para ser ocupado. Insonorización, paneles de corcho y pórex, una buena cerradura en la puerta, conexiones eléctricas para disponer de la suficiente energía...

Entré en nuestro local y me encontré con Iván y Lucas. No me extrañó. De hecho siempre eran los primeros en llegar. Las estrellas, Sandra y Marcos, lo hacían con el tiempo justo o pasados unos minutos. Tampoco demasiados. Iván le daba a la batería con toda su potencia, para calentar, y Lucas en ese instante tecleaba una melodía muy funky. No dejaron de tocar al verme, al contrario, mantuvieron el ritmo y dejaron que tomara mi bajo y me sumara a ellos.

Llevábamos unos cinco minutos improvisando cuando apareció Marcos.

Él también se sumó a la improvisación. Se colgó la guitarra del cuello y empezó a rasgar sus cuerdas estableciendo un diálogo con los teclados.

Eran los mejores momentos.

Cuando parecíamos el mejor de los grupos.

No importaba que Sandra fuese de guapa o que Lucas siguiese colgado de mí o que Marcos, después de intentar seducirme en Cadaqués, se mostrase conmigo de lo más distante. A mí, por fin, se me había caído la venda de los ojos. Un pequeño salto, de niña a mujer.

Terminábamos de enrollarnos en el momento en que Sandra hizo acto de presencia.

–¿Habéis visto lo de ahí afuera? –mostró cierta preocupación–. Aquí pronto no vamos a caber.

–Es de un tal Néstor Aguilar, uno que va a debutar con un disco y tiene que grabarlo en aproximadamente un mes –dijo Lucas.

Todos le rodeamos, curiosos.

–Bueno, he llegado y he preguntado –se excusó el teclista.

–¿Y para qué necesita ahora un local de ensayo? –preguntó Sandra.

–Porque él es solista –aclaró Lucas–. Creo que mandó una maqueta a la discográfica. Les gustó, pero no vieron claro lo de que fuera de cantautor a palo seco. Así que le buscaron un grupo y tienen un mes para ensamblar las piezas y salir de gira por ahí.

La palabra disco aún nos impresionaba.

A todos.

–Disco y gira –suspiró Marcos.

–Nosotros de disco nada, pero deberíamos decidir de una vez si aceptamos la oferta de Cadaqués –intervino Iván.

–Aquello estuvo bien –dije yo.

–Mucho –asintió Lucas.

–Varios fines de semana, todo julio, quizás agosto...

–Yo no me creo que aquel tipo quiera al mismo grupo cada semana. No tiene mucha lógica, aunque seamos un relleno –objetó Marcos.

–No fuimos un relleno. Le gustamos –quiso dejarlo claro Iván.

–Y nos lo propuso en serio –convino su hermano.

–Pues no ha vuelto a llamar, y como sea de los que se montan la película y luego nada...

Las palabras de Marcos pesaron.

–Escuchad –volví a hablar yo–. Fue nuestra primera actuación en vivo, y lo bordamos. Lo hicimos bien. Ahí se vio nuestro potencial. Tocar cada fin de semana en el mismo sitio, o sea, asegurarnos el verano, es más de lo que habríamos soñado hace unos meses. ¿Por qué no se lo encargamos a Mario Auladell? A fin de cuentas él nos buscó ese bolo.

–Eso sería decirle que ya es nuestro mánager –dijo Sandra.

–¿Y qué? Si lo hace bien... Somos tan nuevos como él. Tarde o temprano deberemos confiar en alguien si queremos grabar y actuar, salvo que nos autoproduzcamos el disco y prefiramos seguir ensayando más y más –les miré uno a uno–. Yo creo que ya estamos preparados. ¡Somos buenos!

–Te recuerdo que nos pagaron lo mínimo, y que, descontados los gastos, camioneta, pensión, comidas y comisión de Mario, apenas nos quedaron cincuenta euros por cabeza –insistió Marcos.

–Sigo proponiendo que Mario se ocupe de eso –hice oír mi voz–. Si quiere un contrato en exclusiva, le pedimos a cambio un mínimo de actuaciones. Plazo: un año. Si no cumple, adiós. Y mientras, vemos qué pasa. Con seis mil euros nos podemos producir un CD.

Otra larga pausa. Más miradas.

–Estoy de acuerdo –me apoyó Lucas.

–Y yo –hizo causa común Iván.

Solíamos ser siempre tres contra dos. Los curritos frente a las estrellas.

–¿Quién se ocupa de hablar con Mario? –quiso saber Sandra.

–Lo haré yo –se ofreció Marcos.

–Pero no tomes decisiones sin consultarnos, ¿vale? –le apuntó con un dedo amenazador Lucas.

–¿Y si no os pillo?

–Nos pillas. Al menos a mí o a mi hermano y a Berta.

–¿Y yo qué? ¿De fachada?

Sandra tenía mal genio. De no ser por mí, como bajista y segunda voz, ella habría sido la reina en un grupo de tíos. Pero era una buena cantante. Guapa y encima buena.

–No discutamos –hice un gesto de cansancio–. Dijimos que no habría líderes, que sería una democracia, pero a veces hay que tomar decisiones rápidas. Marcos no es tonto. Él también se la juega.

–¿Como cuando decidió el nombre del grupo? –Iván le golpeó la espalda sardónico.

–Sabes que tuve que dar uno.

–Deberíamos decidir también si nos lo quedamos –dijo el teclista.

–Si volvemos a Cadaqués, por supuesto –asintió Sandra.

–¿Y si no?

La pregunta de Lucas flotó en el aire.

–A mí me gusta –expresó su aprobación nuestra cantante solista.

–La Séptima Cuerda –lo pronuncié en voz alta.

Probablemente era tan bueno como otro.

Mejor que muchos.

–¿La Séptima Cuerda forever? –Lucas puso su mano en el centro.

Marcos fue el primero en adherirse. Luego Sandra, yo y por último Iván.
-¡A ensayar! -deshizo la unión de nuestras manos el teclista.

Fui la primera en salir a escape, a las nueve menos diez, para acudir a mi cita con Vanessa Fonoll. Durante el ensayo había logrado dejar de pensar en mi encuentro con su chantajista. Ahora en mi mente ya no había nada más. En mi mente y en mi ánimo.

Iba a llevarle quince mil euros a un tipo capaz de usar las debilidades de los demás en su propio beneficio.

Un cerdo.

Llegué a las nueve en punto al cruce de Mallorca con la Rambla de Catalunya. El buen tiempo hacía que las terrazas estuvieran llenas de gente y las aceras rebosasen de paseantes. Algunas tiendas de moda apuraban su horario y un sinfín de chicas salían de ellas con bolsas bien repletas.

Me pregunté qué se sentiría al disponer de dinero para algo así.

Entrar en una tienda, probarte una docena de prendas y salir con tres o cuatro.

Quizás en otra vida.

O cuando el grupo pegase.

La Séptima Cuerda.

Las nueve y diez.

Me senté en la moto y saqué el móvil para aprovechar el tiempo. Marqué el teléfono de los Ruiz y crucé los dedos, porque deseaba que mi nuevo testigo fuese una buena chica, de las que cenan en casa y a una hora decente. Eso me hizo recordar que la que no iba a ir a cenar era yo, a no ser que lo hiciese a las tantas, cuando todo hubiera terminado, el chantajista tuviese su dinero y yo la cámara con la película que debía de tranquilizar a la modelo.

—¿Diga?

Una voz de hombre. Una voz de padre.

—¿Carolina, por favor?

—¿De parte?

—Berta.

No tenía sentido que le dijese que no me conocía. Y Berta era tan buen nombre como otro cualquiera, aunque no hubiera muchas. De hecho no conocía a ninguna más.

Transcurrieron unos segundos. No escuché ninguna bronca, ningún aviso del tipo «Cenamos en cinco minutos» o «No estés una hora colgada al teléfono». Que llamara al fijo de la casa y no al móvil que seguramente tendría ella también era peculiar.

—¿Sí?

—¿Carolina Ruiz?

—Soy yo. ¿Quién eres?

—Me llamo Berta. Berta Mir. No me conoces. Me ha dado tus señas Beatriz Fortés, una amiga de Susana Lorca —pensé que eran demasiados nombres y demasiadas explicaciones inútiles, pero no podía decirle que trabajaba en una agencia de detectives por si resultaba ser amiga, muy amiga, de la misteriosa Helena—. Mira, es que estoy buscando a una de las chicas que asistió a tu última fiesta. Quedamos en llamarnos pero he perdido su teléfono. Al salir me la presentó otra chica, nos enrollamos y luego, con las prisas...

—¿Cómo se llama?

—Helena.

—¿Helena? —pareció dudar un instante—. ¡Ah, sí, vino con Nuria Montanyà, ya la recuerdo!

—¿Entonces no la conocías?

—No, pero puedo darte el teléfono de Nuria y le preguntas a ella.

—¡Huy, vale, sí, gracias! —mi tono se convirtió en el de una fan.

—Ahora vuelvo.

Esperé.

Treinta segundos.

Ni rastro de Vanessa Fonoll.

—Apunta —recuperé la voz de Carolina.

Ya estaba preparada, boli y un pedazo de papel. Anoté el número y le di las gracias. Mi interlocutora se despidió con toda la inocencia del mundo.

—¡Chao!

Dudé en llamar a Nuria Montanyà, porque Vanessa Fonoll ya no podía tardar demasiado, pero finalmente lo hice. Por lo menos éste era un móvil.

Las nueve y quince minutos.

La cita con el chantajista era a las diez, y aunque no estaba muy lejos prefería llegar con tiempo, estudiar el terreno.

—¿Sí?

—¿Nuria?

—Soy yo.

—Me llamo Berta. Me ha dado tu número Carolina...

—¿Qué Carolina?

Bertas no había. Carolinas sí.

–Carolina Ruiz.

–Ah, sí.

–Estoy buscando a una chica y he perdido su teléfono. Carolina me ha dicho que era una amiga tuya que llevaste a su fiesta.

–¿Helena?

–Helena, sí. Tampoco recuerdo su apellido.

–Soler. Helena Soler. Aunque no éramos exactamente amigas. De hecho ni siquiera he vuelto a verla.

Me mordí el labio hasta hacerme daño.

Intenté que mi voz siguiera sonando afable y, sobre todo, propia de una amiga atribulada.

Algo que yo nunca había sido.

–Es que nos conocimos por Internet, ¿sabes? Quedamos en vernos aquí, en Barcelona. Pero sólo fueron un par de veces. Quería que le presentara amigas porque la dejó el novio después de tres años y había perdido todas sus relaciones anteriores. Lo pasó fatal y estaba muy colgada y perdida, sin nadie.

–¿Sabes su dirección?

–No. Me dijo que era de Premià de Dalt.

El Maresme, la costa catalana por encima de Barcelona.

–¿Puedes darme su teléfono y su correo electrónico?

–Espera, sí.

Otros treinta segundos de silencio, aunque la Rambla de Catalunya seguía mostrando su cara más bulliciosa.

Tenía el nexo, y un nombre: Premià de Dalt. Algo era algo. Se me estaba contagiando la paciencia de papá cuando investigaba a fondo, sin dejar un cabo suelto.

¿Dónde demonios estaba Vanessa Fonoll?

–¿Estás ahí?

–Sí, dime.

Apunté el nuevo número de móvil y el correo electrónico. Quedaban unas últimas preguntas.

–¿Te habló de alguien llamado Sebastián?

–No recuerdo, creo que no.

–¿Ni te pidió que fueras a Premià?

–Eso sí, pero yo estaba muy liada, y sigo estándolo con los dichosos exámenes.

–¿Cómo es que no has vuelto a saber de ella?

–No lo sé. Era rara pero... me cayó bien. Después de lo del novio iba de rollo zen y todo eso, muy espiritual. Pero era simpática, amable... En la fiesta pasó de los chicos y habló con muchas chicas. Se hizo amiga de otra, creo.

–¿Sabes su nombre?
–No, ¿por qué?
–¿Susana Lorca?
–No lo recuerdo.
–Dieciocho años, atractiva, rostro angelical, cabello negro, ojos grandes, labios sonrosados... –le describí la fotografía de la desaparecida.
–Sí, más o menos era así.
–Vale, gracias, Nuria.
–Si hablas con ella dile que podría haber dicho algo. Yo no pienso llamarla.
–De acuerdo, y otra vez gracias, ¿eh?
Empezó a darse cuenta de que mis preguntas habían sido bastante extrañas.
–Oye...
Demasiado tarde.
–Adiós –corté la comunicación.
Me quedé mirando mi teléfono, por si me llamaba ella. Por suerte no lo hizo, aunque no habría contestado.
Helena no había «seducido» a Nuria. Sólo le lanzó el anzuelo para que fuera a Premià de Dalt.
A ella la había tanteado. A Susana no. Con la chica desaparecida había ido a saco.
¿Por qué?
¿Porque Susana era mucho más fácil?
Las nueve y veinticinco.
Tenía una llamada pendiente, la de Marcelino Paredes, el novio. Pero me atraía más la posibilidad de encontrar a Helena Soler de una vez.
Empezaba a entender de qué iba aquella película.
Vanessa Fonoll no iba a venir. Se había arrepentido. Pero ¿y los mil euros? ¿Volvería a la agencia para recuperarlos y darme una excusa? Por lo menos le cobraría doscientos por la hora perdida.
Tenía hambre. Y ganas de pasar de todo.
Marqué el número de la misteriosa Helena, con hache.
Teléfono no operativo, o en uso, o...
Miré arriba y abajo del cruce. Yo estaba bien visible, sentada sobre la moto. Era imposible que la modelo estuviese en la esquina opuesta, la diagonal a la mía, porque la veía perfectamente.
Mi teléfono sonó.
«El número al que ha llamado ha dejado de comunicar...»
Segundo intento.
–Hola. ¿Quién eres?
Tuve que hacer un esfuerzo de concentración y lamenté no haberme parado

un minuto a pensar el enfoque de aquella entrevista crucial en mi investigación.

–¿Helena?

–Sí, soy yo.

–Me llamo Berta... –dejé que mi voz denotara un leve toque de nerviosismo–.

Yo... he hablado con Nuria y...

–¿Nuria Montanyà?

–Sí.

La pausa fue breve.

–¿Berta?

–Sí, perdona, es que... Me contó lo que te había pasado, con tu novio, y es tan... tan igual a lo que... –fingí detenerme por la emoción–. No tenía que haber llamado, perdona, es que...

–No, no, está bien. Sé lo que sientes.

–Lo imagino.

–A mí me hizo mucho daño.

–Y a mí el mío. Y encima me dejó por mi mejor amiga.

–Cabrón...

–Nuria me ha dicho que buscabas nuevas amigas.

–Sí.

–A mí... me gustaría conocerte.

–Bueno, no sé.

–He tardado casi dos meses en recuperarme –mi voz se convirtió en un hilito angustiado–. ¿De qué sirve ser alta, guapa, que todos te lo digan, si la persona a la que más quieres te apuñala por la espalda? Yo... casi me suicido, ¿sabes?

–No, eso no, tía.

–Mira, la próxima semana doy una fiesta de cumpleaños. Vendrán sólo chicas. No tengo amigas, porque él me hizo renunciar a todas para tenerme en exclusiva, pero entre el instituto, la escalera... Espero que sea un nuevo comienzo.

–¿Cuántos cumple?

–Dieciocho.

–Felicidades. Mayoría de edad.

–Tengo unas ganas...

–¿Vives con tus padres...?

–Murieron en un accidente. Vivo con una tía que tiene incluso más ganas de perderme de vista que yo a ella.

–¿Tienes perfil en Facebook?

–No. Mi novio no me dejaba. Decía que era cosa de crías.

–Control total.

–Sí.

Esta vez la pausa fue mayor.

Por la calle Mallorca vi correr a Vanessa Fonoll.

Las nueve y treinta.

–Dame tu correo electrónico. El número de tu móvil ya lo tengo en el mío.
Te llamaré mañana o pasado para quedar.

–Oh, gracias –levanté una mano para que la modelo me viera mientras recitaba mi mail.

–De acuerdo, Berta –Helena dio por finalizada la charla.

–No te olvides, por favor.

–Descuida.

Vanessa Fonoll llegó a mi lado justo en el momento en que cortaba la comunicación.

Ya no iba a poder llamar a Marcelino Paredes.

Y tendría que salir zumbando, a toda leche, para llegar a mi cita antes de las diez.

La modelo estaba congestionada por la carrera. Probablemente no había corrido así en años, aunque dijese que el ejercicio es sano y ella tuviese un cuerpo de primera. En primavera los días son más largos, así que todavía había luz, pero no tanta como para mantener sus enormes gafas cubriéndole los ojos. Se detuvo ante mí y logró reunir algo de aliento para soltarme:

–¡Lo siento! ¡He tenido problemas de última hora para reunir el dinero!
¡Oh... Dios!, ¿y el detective?

–Me espera de camino al lugar de la cita.

–¿Podrá llegar a tiempo?

–Habrá que correr –tendí mi mano para que me entregara la pasta.

Vanessa Fonoll metió la mano en su bolso. Era grande, pero supo dónde encontrar lo que buscaba. Extrajo un sobre de mediano tamaño, cerrado y protegido con bandas de cinta adhesiva industrial. Abultaba un poco, así que deduje que el dinero no estaba precisamente en billetes de quinientos euros, sino en billetes de cien o cincuenta como mucho. Lo guardé en mi chaqueta de motorista.

–Que se asegure de que la cámara...

–Descuide –aún se me hacía raro llamarla de usted, pero era una cliente.

Temí que me dijera que comprobara si la filmación estaba en ella. No me apetecía nada mirar sus andanzas orgiásticas, aunque por lógica debía hacerlo.

–Me siento tan... extraña –suspiró.

–Todo acabará en menos de media hora –miré el reloj–. He de irme. El señor Mir ha llamado ya dos veces preguntando por qué no le he llevado el dinero. Cuando tenga la cámara, ¿dónde nos vemos?

–¿En vuestro despacho?

–Bien. De todas formas deme su teléfono.

Lo apunté con los del caso de Susana Lorca y lo recuadré para destacarlo. Luego lo guardé y cogí el casco. Todo estaba dicho, pero la modelo me hizo una última pregunta.

–¿Seguro que el detective no lleva pistola?

–No, seguro.

Bajó la cabeza. No sé por qué me pareció que sonreía.

Un leve destello.

–¡Hasta luego! –me despedí.

Tenía unos veinte minutos para ir del centro de la ciudad al puente de la calle Marina, situarme debajo y hacer la transacción. No iba a sobrarme tiempo. Hasta ahora lo más peligroso de mi corta carrera detectivesca supliendo a mi padre había sido caer en manos de un traficante de animales exóticos en el caso del loro de la señora Claudia y enfrentarme a un novio loco en la investigación del intento de asesinato de papá. Ambas situaciones inesperadas. Ahora era distinto. Sabía a qué iba a enfrentarme.

Y tenía el culo muy apretado.

Seguía escuchando la maldita voz de mi instinto, o mejor, sus gritos, pero sin entender lo que decía.

Le di caña a mi pequeña moto y tuve mucha suerte con el tráfico, porque faltaba un minuto para las diez de la noche cuando la detuve en las inmediaciones del lugar de mi cita, en la calle Ausiàs March. No tan cerca como para que el chantajista pudiera verla, pero tampoco tan lejos como para tener que tirarme mucho andando. La parte baja del puente, a pesar de la proximidad del polideportivo municipal, era un lugar infecto, negro como la noche, sucio, lleno de basura amontonada, bolsas de papel, cartones, restos de un montón de cosas, sacos, materiales de construcción abandonados...

Una rata pasó a escasos metros y sentí asco.

Era como un conejo pequeño la muy...

«Debajo del puente» podía ser cualquier cosa. El lugar era amplio. Me detuve en el centro, en una zona todavía relativamente iluminada por las luces de las alturas, y me quedé quieta. Por las paredes, pese a que estaba prohibido, había muchos carteles pegados, algunos anárquicamente puestos unos sobre otros. Carteles anunciando conciertos, discos, cantantes, obras de teatro. Un sinfín de caras quietas a modo de testigos fríos de mi inquietud.

–¡Oiga!

Nada.

–¡Eh!

Lo mismo.

El único sonido procedía del tráfico urbano que dominaba las alturas, a lo largo de la calle Marina.

Las diez y cinco minutos.

Tal vez el chantajista llegara tarde. Tal vez me estuviese observando preguntándose quién era yo. Esperaba a un hombre. Vanessa le había dicho que iría un hombre.

–¡Traigo el dinero! ¡Soy yo a quien espera! ¡Vengo de parte de Vanessa Fonoll!

Sentí un zumbido en las sienes y un retortijón en el estómago.

No me gustaba.

Que la modelo llegara tarde... Pero el chantajista...

¿Y si creía que me seguía la policía o algo así?

—¡Vengo sola, no se preocupe! ¡Sólo quiero acabar con esto cuanto antes, vamos!

Recordé la conversación con papá y el retortijón aumentó. «Trampa.» «Ellos eran dos.»

Según Vanessa, su chantajista no era profesional.

—Ya —gemí.

A ella seguiría extorsionándola, y a mí...

—¡O sale o me voy!

Y escuché la voz.

Surgiendo de la parte más oscura de la zona.

—Aquí.

No por esperarlo me sobresalté menos. Miré hacia el lugar del que procedía la voz. De momento no vi nada.

De momento.

Luego sí, un perfil humano, una nueva sombra superpuesta a las otras.

—Ven.

—No, venga usted —conseguí hablar reuniendo todas mis fuerzas.

—No quiero que veas mi cara.

Mierda.

Caminé despacio, con el sobre en la mano.

—Mire, lo único que quiero es hacer la transacción, ¿de acuerdo? Yo le doy el dinero y usted la cámara. ¿Bien?

—Claro. Aunque esperaba a un hombre. ¿Quién eres tú?

—Él no ha podido venir. Tenía otro trabajo. Esto ha de ser sencillo, ¿no?

—Muy sencillo.

Volví a detenerme a unos tres metros de él. Mi chantajista estaba sentado.

Inmóvil.

—Tenga —le tendí el sobre.

Siguió quieto.

Di dos pasos más y entonces pude verle bien.

Primero, su cabello rojizo, como una llamarada viva. Segundo, su rostro, joven, como de veintidós o veintitrés años, con los ojos fijos en mí. Tercero, el agujero rojo sobre su camiseta, a la altura del corazón.

La sangre apenas había formado un pequeño reguero por debajo de él.

Me quedé paralizada.

Eso fue lo malo, que no reaccioné a tiempo.

Si el pelirrojo estaba muerto..., ¿quién diablos acababa de hablarme?

Noté su presencia a mi espalda, justo cuando iba a echar a correr. Y para entonces ya era demasiado tarde. Ni siquiera pude darme la vuelta. El estallido de mis nervios, el último grito de alarma de mi mente, mientras iniciaba el movimiento, se confundió con el golpe en mi cabeza.

Por lo menos no me dio de lleno, me moví lo suficiente.

Aunque no tanto como para evitar dejar este mundo consciente y sumergirme en el de los sueños.

Papá caminaba.

Lo hacíamos juntos, por un mundo irreal, un universo plácido. Me cogía de la mano, como cuando yo era pequeña, y me contaba cosas. Cosas maravillosas. Papá decía que el mundo era hermoso si se sabía mirar bien. Sólo los ciegos de alma veían lo malo.

El eterno optimista.

Hablábamos del grupo, de cómo se me había caído la venda de los ojos con Marcos, de que Lucas seguía colgado de mí y me proponía formar un dúo electroacústico, de que yo me resistía, porque creía en el grupo por un lado y, por otro, trabajar todo el día con alguien que está enamorado podía llegar a ser muy opresivo. Papá estaba de acuerdo conmigo. La Séptima Cuerda tenía potencial, y debíamos explorarlo. Seguir juntos. En todas las bandas había diferencias. La música era lo que las convertía en algo relativo. La leyenda de que las bandas mixtas, con chicos y chicas, podían ser explosivas, se confirmaba con nosotros, pero ¿y qué?

Yo no era más que la bajita segunda voz.

No era guapa como Sandra, ni buena como Marcos.

Quizás algún día cantase mis propias canciones, con una guitarra acústica.

—Papá...

—¿Qué, cielo?

—¿Por qué hablamos de música si estoy en peligro?

—No sé. Tú has empezado.

—Se está bien aquí.

—Mucho.

—Pero es que cuando abra los ojos...

—Tienes tiempo.

—¿Estás seguro?

—¿Puedes despertar?

Lo intenté.

—No.

—Entonces relájate.

—¿Qué se hace cuando alguien te tiende una trampa?

–Salir de ella.
 –¿Cómo?
 –Volviendo atrás y partiendo de cero. O eso o pasas.
 –¿Y si no te dejan pasar? ¿Y si te han metido en la trampa por algo?
 –Entonces has de buscar el motivo. Siempre hay un motivo.
 –No soy tan buena como tú.
 –Te las has arreglado bien.
 –He tenido suerte.
 –La suerte no es casual. Se busca. Tú tienes lo más importante: instinto. Eres mi hija.
 –¿Y si le llamo?
 –¿A quién?
 –A Alfredo Sanllehí.
 –No olvides que es un policía y que siempre lo será. Los polis son cuadriculados, obedecen un método, tienen sus reglas.
 –Me aprecia. Ya me ha salvado un par de veces.
 –Es bueno tener ángeles de la guarda, pero si te pasas...
 –Me meterá en la cárcel.
 –Bueno, sigue siendo tu hombre misterioso.
 –Un poco. Tan trajeado, tan serio, tan humano, tan pijo y al mismo tiempo...
 No sé.
 –A veces hay que confiar en alguien.
 –Papá...
 –¡Sonia, Sonia!
 Miré arriba y abajo. Volví la cabeza sin ver a nadie.
 –¿Has oído esa voz?
 –No.
 –¡Sonia, despierta!
 –¿Y ahora?
 –Es tu sueño, no el mío.
 –Alguien llama a una tal Sonia y... parece como si me estuviera zarandeando.
 –¡Vamos, Sonia, cariño, vete, vete o te harán daño! ¡Despierta, debes irte!
 No me agitaba yo. Me agitaba algo, o alguien. Miré a papá y le vi sonreír. Ya no nos cogíamos de la mano. Eso significaba que iba a perderle, que volvería a estar sola.
 Sentí un pinchazo en la cabeza.
 –¿Papá?
 –Suerte, hija.
 –¡Papá!
 –Es hora de despertar.

–¡Me duele!

–¡Sonia, ya, por favor!

¿Sonia?

–Me llamo... Berta...

Entonces se abrió el cielo y un océano cayó sobre mi rostro.

Me incorporé de un salto, empapada, escupiendo el agua que se me había metido en la boca y jadeando. Un lamentable error, porque el pinchazo de mi cabeza se extendió por todo mi cuerpo y lo convirtió en un ascua de dolor.

Quedé aturdida.

Intenté centrar la mirada, porque el mundo entero daba vueltas sobre mí, y me pareció ver a alguien corriendo de manera achacosa. Alguien que llevaba un bidón o algo parecido. Alguien que fue devorado enseguida por la oscuridad.

¿Seguía soñando?

No, ese alguien me había echado agua después de zarandearme para intentar que me despertara.

Y me había llamado Sonia.

–¡Ay...! –gemí llevándome una mano a la cabeza.

¿Qué me había gritado en el sueño? ¿Que me fuera, que alguien iba a hacerme daño?

¡Ya me habían hecho daño!

Pero ¿y si se trataba de algo más?

Logré moverme un poco, dominar los pinchazos de mi cabeza. Toqué el chichón, en la parte derecha. Si no me hubiera movido me habría dado de lleno y seguiría inconsciente. Miré a mi alrededor y entonces vi al pelirrojo.

Ya no estaba sentado, sino caído, de lado, con el rostro vuelto hacia mí y los ojos igualmente abiertos, estupefactos ante el momento de su último suspiro.

Y no tenía un agujero de bala en el pecho, sino dos.

No reaccioné. Todavía no. Ni lloré, ni reculé asustada, ni me entró el pánico. Nada. Me mantenía un equilibrio frágil pero estable a pesar de seguir escuchando aquella voz.

«¡Vete o te harán daño! ¡Despierta, debes irte!»

Sentí una arcada.

El peso en el estómago.

Miré mi cuerpo y descubrí el arma.

La pistola.

La pistola que debía de estar en mi mano y que al incorporarme de un salto se había soltado de ella.

La pistola con mis huellas.

Eso seguro.

A lo lejos, como para acabar de confirmarlo, oí la sirena del coche de policía.

¿Cuánto tenía: un minuto, dos, tres?

Toqué la pistola con el dorso de la mano. El cañón estaba caliente. Alguien había puesto el arma entre mis dedos para efectuar el segundo disparo. Si me pillaban y me hacían la prueba de la parafina, encontrarían restos de pólvora en mi piel.

Sí, yo tenía que haber seguido inconsciente.

Hora de irse.

Nada de hablar con la policía, explicarles lo sucedido, llamar a Alfredo Sanllehí...

En realidad todo fue instintivo.

Guardarme la pistola en la chaqueta, gatear hasta incorporarme a duras penas, mientras el mundo danzaba a mi alrededor, y dar los primeros pasos de una incierta carrera en dirección a mi moto, dominando las arcadas.

Me detuve.

Lo hice a pesar de lo rápida que se acercaba la sirena de policía.

Regresé junto al muerto. El sobre con el dinero estaba tras él. Lo cogí y también lo guardé en mi chaqueta de motorista. Luego le registré.

Lo hice.

Nunca había tocado un cadáver.

Y menos un cadáver con los ojos abiertos, mirándome.

La cartera estaba en el bolsillo trasero del pantalón. La abrí nerviosa. No había mucha luz, pero la suficiente si forzaba la vista. El DNI, renovado hacía menos de un mes, estaba a nombre de Damián Gómez Pedrell. Memorice su dirección. También había una tarjeta de crédito de La Caixa y un carné del DiR, además de unos treinta euros en billetes de cinco y de diez. Por último encontré la fotografía de una chica sonriente y guapa, como de veintiuno o veintidós años, cabello tan rojo como el del muerto, hoyuelo en la barbilla, labios generosos y un buen pedazo de frente, como si su rostro tuviera dos partes segadas por las cejas, una sin nada arriba y el resto comprimido abajo.

Miré en el otro bolsillo, y palpé los delanteros.

Nada.

Sabía que faltaba algo, pero...

La sirena estaba demasiado cerca.

Dejé la cartera y, esta vez sí, logré correr lo suficiente para alejarme de la escena.

Cuando puse la moto en marcha y arranqué sentí el frío en mi cuerpo. Iba a pillar una buena. Empapada y en moto. Las preguntas que me azotaban eran tantas que no sabía ni por dónde empezar. ¿Quién había matado al pelirrojo? ¿Por qué? ¿Otro chantajeado? ¿Por qué querer cargarme el muerto a mí? Bueno..., a mí no, a papá, que era el que se suponía que iba a efectuar el intercambio. ¿Una venganza? No, no podía ser eso, porque de igual forma me habían dado el golpe a mí para que cargara con el muerto. ¿Y quién me había arrojado el agua? ¿Por qué me llamaba Sonia? ¿Por qué se había ido tras despertarme?

–Mierda, mierda, ¡mierda! –grité.

Estaba huyendo.

Pringada hasta la médula, con el arma del crimen y los quince mil euros.

¿Por defender a mi cliente?

¿Por mi maldito instinto?

Me detuve en un chaflán, tiritando de frío, y aprovechando que la zona estaba solitaria me sequé con un trapo de la moto. No era lo mejor, pero sí lo único que tenía. Luego me quité la blusa y volví a ponerme la chaqueta. Prefería ir desnuda por debajo antes que mojada. Ya más tranquila, saqué la pistola y la examiné. Le habían limado el número de serie y faltaban las dos balas disparadas al pelirrojo. Le borré mis huellas y busqué un contenedor cercano. Lo malo era que destruir pruebas era otro delito que se sumaría a los muchos que podían caerme.

Cambié de opinión y me guardé el arma.

Centré mi atención en el paquete con el dinero.

Y sin ser muy consciente de lo que hacía, lo abrí.

No había dinero, sólo recortes de periódico.

Así que, después de todo, nada tenía sentido.

Una maldita trampa..., ¿por qué?

Alguien contrataba a un detective con una excusa, cierta o no, y mataba a un tipo para cargarle el muerto sin más. ¿Como cabeza de turco? ¿Un detective cualquiera? ¿Una venganza?

Bueno, bastaba con hacer una llamada, aunque casi sabía el resultado.

Marqué el número de Vanessa Fonoll en mi móvil.

–Hola –me saludó una voz de hombre.

–¿Vanessa?

–¿Quién?

–Vanessa Fonoll.

–No, no, te equivocas.

–Perdón.

Un número falso. El primero que se le había pasado por la cabeza.

No me sentí mal. Me sentí peor.

Y muy sola.

Pensé en Alfredo Sanllehí. Le llamaba, le daba la pistola, se lo contaba todo... y me metía un puro, seguro. Fin de nuestra hermosa amistad. Mi tercer lío con él. Una chica de dieciocho años jugando a los detectives. Durante el caso de Mauricio, el loro de la señora Claudia, me había dicho que me sacara una licencia. Pero eso era tiempo, y dinero. Lo de siempre.

No, esta vez no iba a llamarle.

No sin antes ver mis opciones.

En este caso la sospechosa era yo. Vanessa había desaparecido. El dinero no existía. No tenía nada.

–Un poli es un poli –oí la voz de papá.

¿Qué haría el que había orquestado todo aquello al ver que el plan fracasaba?

Solté una bocanada de aire y me hundí en mi agitado malestar. Tenía frío, me dolía la cabeza, me pesaba la pistola. No tenía sentido ir al despacho porque Vanessa nunca acudiría a la cita. El único lugar al que podía ir era a casa.

Y por la mañana..., a ponerse las pilas.

No me moví. Cerré los ojos e intenté recordar el momento del golpe. ¿Había visto algo? ¿De refilón? ¿Una sombra, un hombre? ¿Cuánto tiempo había permanecido desvanecida: cinco, diez minutos? Suficiente para que él llamara a la policía después de alejarse de la escena del crimen.

No tenía la cabeza lista para tantas preguntas.

Puse la moto en marcha y apreté los dientes. Apenas había tráfico, así que me planté en casa en poco más de quince minutos. Eran las once menos veinte. Me sorprendí por cómo una vida puede dar un tumbó tan inesperado en tan poco tiempo. Traté de no hacer ruido, pero debía de tener la abuela con el oído más fino del mundo. Apareció ante mí, en mitad del pasillo, como un ángel custodio dispuesto a todo, seria, como siempre.

Me hizo la pregunta pertinente.

–¿Has cenado?

No había cenado. Quizás por eso tampoco había vomitado. Pero ya no tenía hambre.

–Sí –mentí.

–¿Te has revolcado por el suelo o qué? –señaló mi aspecto.

–Ha llovido un poco –volví a mentir.

–Aquí no.

–De donde vengo sí.

Una última mirada.

–Voy al baño y me acuesto. Buenas noches –di por terminada la conversación, o más bien el interrogatorio.

Me quité la ropa, toda, y me sentí liberada. Sobre todo del bulto de la pistola. Había temido que el ojo de águila de mi abuela lo notara. El sobre con los recortes de papel lo conservaba por si había huellas. Una posibilidad. Lo malo sería esconder el arma en casa, no porque mi abuela registrara mis cosas, sino porque a mí misma me asustaba. Estaba segura de que soñaría con pistolas vivas. Examiné el chichón de mi cabeza, convertido en un pequeño huevo de codorniz, y lo froté con un linimento para golpes. Mi cuerpo desnudo se recortó en el espejo hasta que sentí que me gritaba y lo contemplé. Lo tenía muy visto, pero a veces me sorprendía.

Había cambiado tanto en tan poco tiempo.

Tenía dieciocho años, era una mujer.

Una mujer.

–¡Puf...! –exhalé.

A veces seguía tan desconcertada y tan vulnerable como a los quince, los dieciséis...

La ducha fue tonificante. Puse el agua muy caliente, como si quisiera quemarme, para superar el frío pasado minutos antes, y dejé que el chorro me cubriera por entero, vivificando mi ser. Después de cinco minutos de placer me sequé, recogí la ropa y me fui a mi habitación.

Guardé la pistola y el sobre.

Pensaba que no podría dormirme ni en un millón de años, pero en cuanto apagué la luz y cerré los ojos me quedé frita.

Me había acostado sobre las once de la noche, muy temprano, pero a pesar de ello desperté tarde, pasadas las nueve de la mañana. Cuando asomé la nariz por el piso me encontré con el panorama habitual: la abuela ausente y Alejandra trabajando ya con papá. Que la abuela saliera siempre pronto empezaba a mosquearme. Si no fuera por su carácter y por cómo se las gastaba, hubiera pensado que tenía un novio de su edad.

Dejé que Alejandra terminara de mover a papá y me fui a la cocina. Lo primero, tomarme una aspirina. La cabeza me estallaba y el chichón me hacía sentir como una mutante a punto de engendrar a un alien. También desayuné, con apetito, porque no había cenado y me sentía desfallecida. Eso me ayudó a reanimar mi cuerpo.

No quería pensar en los sucesos de la noche anterior.

Todavía no.

Ya vestida, fui a ver a papá.

Ni siquiera me dio tiempo a hablarle. En cuanto le cogí la mano movió el dedo.

«A N O C H E»

¿Qué podía decirle? Era un hombre inmovilizado con la cabeza lúcida. No servía de nada angustiarse. Una cosa era que me ayudase en algunos trabajos. Otra que le contara aquel galimatías que ni yo misma entendía.

–Bien, papá, muy bien –sonreí acariciando su frente con la otra mano.

«E L C H»

–El chantajista era un pelirrojo muy joven, un aficionado. Le di el dinero y me entregó... –me paralicé por un instante. Sabía que había echado en falta algo–. Me dio la cámara –acabé agregando.

La cámara y...

¿Qué más debía llevar un muerto encima?

«C L I E N T E», preguntó papá.

–Satisfecho.

«C U I D»

–Tengo cuidado, no te preocupes. Además, el trabajo ya está hecho.

«+ C H»

–Si le hace chantaje otra vez, ya veremos –no quería seguir mintiéndole–. He de irme. Tengo otro cliente.

«?»

A veces me hacía cosquillas en la palma de la mano. Esta vez tardé en identificar el signo de interrogación.

–Una chica captada por una secta, o al menos eso es lo que parece. Su madre quiere que la encuentre. Creo que ya tengo el lugar, Premià de Dalt. Sólo me falta una dirección. En cuanto la tenga se la doy a ella y fin del caso.

«L I S T A»

–¡Huy, sí! –me incliné sobre él y le di mi habitual beso en la frente–. Es que soy hija tuya.

No solía mentirle, así que me sentí fatal. Temí que lo notara a pesar de su estado. Antes del intento de asesinato, y pese a la separación de mamá, había sido un hombre feliz, ocurrente, divertido y soñador. El «utópico posibilista», como se definía él mismo. Lo malo, lo triste fue que mamá se cansara de todo eso. Una mujer que quería apurar la vida desesperadamente y un hombre al que bastaba muy poco para disfrutarla. Al final, de la pasión inicial ya no quedaba nada.

Bueno, yo.

Una prueba de que en otro tiempo se amaron.

Papá, en su estado, debía de pensar mucho en ella.

Nunca dejaría de quererla.

Me metí en mi habitación para pensar qué hacer y ordenar mis ideas. Incluso tomé un papel y un boli para anotar los ingredientes del cóctel. Tenía el nombre y las señas del muerto por un lado, y lo que me dijo la modelo por el otro. Las señas eran reales. La información... Vanessa Fonoll había hablado de la agencia que la llevaba, Top Star, y de que su novio tenía un bar de copas en la parte alta de Ganduxer. En cuanto a la escena del crimen, la pregunta seguía siendo quién me había echado el agua para despertarme y salvarme.

Y me llamaba Sonia.

De locos.

En cuanto al caso de Susana Lorca..., bueno, estaba pendiente de que me telefonara Helena Soler.

Por si acaso, entré en Internet y comprobé mi correo.

Nada.

Lo más seguro era que no me llamase y que tuviese que patearme Premià de Dalt para dar con la dichosa secta.

–Vamos a ver si resolvemos este lío –me dije para darme ánimos.

Encontré las señas de Top Star en el buscador. Abrí la página. Una docena de bellezas en bikini, con trajes de ensueño o ropas informales me saludaron desde

su portal. Las clásicas chicas de bandera, espectaculares, elegidas por la naturaleza para ser el sueño de unos y la envidia de otras. Abrí algunas entradas pero no vi a Vanessa Fonoll, y acabé cerrando la página y el ordenador. En cinco minutos me había despedido de Alejandra y estaba sentada en mi moto.

Tardé apenas diez en detenerla en la acera, al lado del edificio en cuya planta baja estaba la agencia.

Me sentí como el patito feo cuando entré.

La recepcionista también era guapa. Guapa y con presencia, aunque mayor para ser modelo. Me dirigió una sonrisa amable, pero sus ojos no mentían. Si iba a presentarme candidata para un casting, lo tenía mal.

–Busco a una de sus modelos –fui directa al grano–. Vanessa Fonoll.

–¿Vanessa?

–Sí.

–Tenemos una Vanessa Pou y una Vanesa Fresser, la primera con dos eses y la segunda con una, pero ninguna Vanessa Fonoll.

–Es alta, muy guapa, muy rubia... –dejé de hablar porque a fin de cuentas le estaba describiendo a muchas de las chicas–. Lleva gafas oscuras siempre.

–Todas llevan gafas oscuras hasta para dormir –se me hizo un poco cómplice–. Lo siento.

–Me dijo que iba a ser la imagen de una gran campaña...

Ni siquiera me contestó. Bastó con su mirada.

–Vale, gracias.

Lo imaginaba, pero constatarlo me dolió.

A pesar de todo, subí a la moto y me fui a Ganduxer.

En la parte alta, ya cerca del Paseo de la Bonanova, no había ningún bar de copas, sólo casas señoriales.

Mentiras.

Mentiras para involucrar a un pobre detective de segunda en un asesinato sin huellas, sin rastros. Además, por lógica, el pelirrojo ya debía de estar muerto al llegar yo, así que el asesino tuvo que seguir adelante con el plan. Vanessa también apuró el tiempo para que todo fuese muy rápido.

Compré el periódico en un quiosco de la Plaza de la Bonanova y lo examiné atentamente.

Ningún crimen.

Tal vez no les hubiera dado tiempo a dar la noticia, porque ya estaba cerrada la edición, así que los datos policiales no los vería hasta el día siguiente.

Eso era mucho tiempo.

Me quedaba el pelirrojo muerto.

Damián Gómez Pedrell vivía en Gràcia, en la calle Milà i Fontanals, cerca de la plaza de John Lennon. Empecé a ver el tumulto en la Travessera de Gràcia y a la altura de Torrent de l'Olla me tuve que desviar. Di un rodeo y aparqué la moto donde pude, porque, entre las calles peatonales y las aceras estrechas, no quedaba espacio para más. Caminé unos cien metros hasta que el tumulto tomó forma y cuerpo, se convirtió en una masa humana. Un buen montón de personas contemplaban atónitas los restos del incendio que había devorado la planta cuarta de un edificio de cinco. La quinta también había resultado muy dañada. Los bomberos, mangueras en mano, aún trabajaban en la extinción de los últimos rescoldos, y algunos expertos evaluaban los daños, sobre todo la estabilidad de la casa, por otra parte muy vieja, como la mayoría de las del barrio. Otros bomberos sacaban cosas a la calle, maderas ennegrecidas, restos de lo que poco antes había sido la vida de unas personas. Además, ocupando la estrecha calle, había una ambulancia.

El edificio era el de Damián Gómez Pedrell.

La cuarta planta su piso.

A un lado, en la acera, un hombre y una mujer ya mayores lloraban desconsolados. Media docena de vecinos intentaba consolarlos. Al ver que uno de los bomberos se les aproximaba, me acerqué, pasando como pude por entre los mirones hasta situarme lo bastante cerca para oírlos.

Llegué justo a tiempo.

–Por favor..., ¿cuándo podremos subir? Mi marido no puede estar mucho tiempo de pie, y arriba están nuestras cosas, las medicinas...

La mujer rompió a llorar.

–Tenemos que comprobar el estado de la estructura, señora, compréndalo. Hasta que no vengan los técnicos...

–Pero si vivimos en el tercero y el fuego ha sido en el cuarto –gimió ella.

–¿No tienen adónde ir, hijos...?

–No.

Una simple pregunta había provocado que ella sintiese todo el peso de su soledad.

–Lo lamento –bajó la cabeza el bombero–. Es por su seguridad.

–¡Ay, Dios!

Su regreso a las lágrimas coincidió con un silencio sepulcral del entorno. La muchedumbre miró en dirección a la puerta del edificio. Dos hombres vestidos de personal sanitario sacaban en ese momento una camilla con un cuerpo humano cubierto por una sábana blanca. Pensé que, por lo menos, no era como en las películas americanas, que los metían en bolsas negras con cremallera.

Un pensamiento tonto.

–¿Quién es? –le susurré a una mujer que tenía el puño derecho fuertemente presionado sobre los labios.

–Vivía en el quinto piso –respondió sin mirarme–. El fuego debió de sorprenderla durmiendo, y a sus ochenta y cinco años...

–¿Se sabe qué ha sucedido?

–Al parecer entraron a robar. Aquí, Santo Dios –hizo un gesto de incompreensión–. Los del segundo dicen que oyeron ruidos a eso de las dos, más o menos. Luego al señor le despertó el ladrido de un perro y al asomarse vio el resplandor y el humo. Suerte de eso y que llamó a los bomberos, porque si no... se quema toda la casa –endureció su rostro y agregó–: Gentuza. Roban y encima...

–¿Nadie vio nada?

–No sé. Ya harán preguntas.

–¿Dónde vive usted?

–Ahí enfrente.

–¿Conocía al vecino del piso que se ha quemado?

–A veces lo veía por el balcón. Un hombre joven, con el cabello muy rojo. Imposible no reparar en él.

–¿Vivía solo?

–Sí, pero también había visto a alguna mujer. Al vivir enfrente... –se encogió de hombros–. Creo que tenía novia, una chica pelirroja, como él. Y amigos, claro. En fin, no me paso el día en el balcón.

El cadáver de la anciana de ochenta y cinco años ya estaba en la ambulancia, con las puertas cerradas. Los dos hombres caminaban bajo el peso del aplastante silencio hacia la parte delantera. Uno de los coches de bomberos se aprestaba a moverse para dejarle paso.

–Por lo menos él no estaba en casa –continuó ahora la mujer sin que yo le preguntara nada–. Cuando vuelva y vea eso... El pobre se ha quedado sin nada.

El pobre pelirrojo se había quedado sin mucho más que nada: sin la vida.

–¿A qué se dedicaba?

–Ni idea, hija. Aunque desde luego trabajaba en casa, con ordenadores y esas cosas, sin horarios.

No quise pasarme. Bastante información le había sacado. Guardé un

prudente silencio de un par de minutos y, al ver que la señora tampoco retomaba la conversación, me despedí de ella y caminé calle abajo. A unos diez metros había un bar, con dos camareros en la puerta. Me acerqué al mayor.

–Hola –le sonreí–, soy periodista, ¿puedo haceros unas preguntas?

Se animaron de inmediato.

–Claro.

–¿Conocéis al que vivía en ese piso?

–¿Damián? Sí.

–¿Viene por aquí?

–A tomarse una cervecita de vez en cuando –siguió el primero.

–Buen chaval –intervino el segundo.

–Es raro que todavía no haya aparecido, ¿verdad? –dejé caer.

–Eso sí, ¿ves? –los dos asintieron con la cabeza–. Siempre dice que no le gusta mucho dejar su casa y sus cosas. Tiene... bueno, tenía equipos y todo eso. Muy aficionado a la informática.

–A mí me hizo un trabajo con unas fotos viejas que quedó de maravilla. Un manitas –volvió a hablar el más joven.

–¿Sabéis dónde podría encontrar a su familia, amigos...?

–No –fue categórico el primero.

–Es buen cliente, se enrolla, pero nada más. Suele filmar bodas... Bueno, hace de todo.

–Ya, como cualquiera –certificó su compañero.

–¿Y su novia?

–¿Novia?

–Eso me han dicho. Una pelirroja como él.

–Ésa es su hermana –el camarero alzó una de sus cejas–. ¿Novia el Damián?

–¿Es que es...?

–¡Eh, eh, que yo no he dicho nada! –me cortó en seco al darse cuenta de su desliz–. Cada cual se sabe lo suyo. No vayas a escribir cosas raras, ¿vale?

–No, claro. Nunca publicamos informaciones sin contrastar, y si tampoco aporta nada al tema...

El más joven centraba su atención en algo situado a mi espalda.

Su comentario coincidió con mi gesto de darme la vuelta.

–Ahí está la poli –dijo.

Por suerte él estaba pendiente de la escena, del piso quemado, del nuevo caso policial que le cruzaba inesperadamente en mi camino. De lo contrario quizás me habría visto.

Y no creía en las casualidades.

Alfredo Sanllehí.

Tuve el tiempo justo de darle la espalda al coche, que se detuvo unos pocos

metros más allá. Luego, de refilón, le vi bajar y entrar en el edificio siniestrado en compañía de su compañero. El mismo inspector de siempre, demasiado joven para serlo, serio, elegante, atractivo.

Mi único amigo en el fondo.

Solitaria y encima con amigos raros.

–Gracias –me despedí de los dos camareros.

–Vuelve por aquí, guapa –me lanzó sus dardos el más joven.

–Lo sabe todo del barrio, mil historias. Es un cotilla –sonrió el mayor.

–Lo tendré en cuenta –seguí calle abajo.

No me detuve hasta doblar la primera esquina y sentirme a salvo.

Si Alfredo Sanllehí estaba ya en el piso de Damián Gómez Pedrell, significaba que el pelirrojo y su asesinato eran objetivo prioritario del departamento.

Eso y que fuera él quien investigara el caso suponía más problemas añadidos para mí.

Muchos más.

Demasiados para mis fuerzas.

No sé por qué, o tal vez sí, me sentí muy furiosa. Encima del lío que me había caído encima, tenía que ocuparse de ello Alfredo. Demencial.

–¿Es que no hay más policías en Barcelona? –le di un puntapié a una lata que salió disparada y por poco impacta con el morro de un Porsche que circulaba cerca de mí, por la calle perpendicular a la de los hechos.

El conductor, con pinta de playboy barato, me lanzó una mirada de disgusto.

Yo le saqué la lengua.

Me sonrió.

Alfredo no era tonto. Apostaba lo que fuese a que haría lo mismo que yo: hablar con los vecinos y luego irse a lugares como el bar. Si los camareros le contaban que una periodista los acababa de entrevistar y le daban mi descripción...

¿Por qué tenían que darle mi descripción?

Me estaba volviendo paranoica.

Lo cierto era que el caso se complicaba. Damián muerto, su piso arrasado. ¿Para encubrir el paso de su asesino? Tenía sentido, y lo de que él fuera un chantajista cobraba fuerza. El chantajeado lo mataba, registraba su vivienda y, tanto si encontraba el motivo del chantaje como si no, aunque lo más seguro fuese que no, lo quemaba todo para no dejar nada identificable. Lo único que había fallado en el plan era lo del cabeza de turco. La policía no tenía a un presunto culpable.

Eso no debía de gustarle nada al asesino.

Y sabía quién era yo.

Dónde estaba la agencia.

Pensé en mi querida Vanessa.

Ella no me había golpeado la cabeza. Ni siquiera tuvo tiempo de llegar antes que yo a la escena. Había alguien más. Quien fuera mató a Damián poco antes de mi llegada. Luego me atizó a mí. De no haber sido por el que me llamó Sonia y me echó el agua, yo estaría en la central de Vía Layetana atornillada soportando un tercer grado.

Sí. Además de la cámara de fotos, por fin comprendí lo que le faltaba al

cadáver de Damián Gómez Pedrell.

Sus llaves.

¿Quién no lleva encima las llaves de su casa?

El asesino se las había llevado para entrar en el piso.

—¿Y ahora qué?

Saqué la cabeza por la esquina de la calle. La multitud, ávida de sensaciones, empezaba a dispersarse. El coche de policía seguía allí. No quería irme del lugar de los hechos sin haber realizado algunas comprobaciones más. Luego tal vez fuese demasiado tarde.

Transcurrieron veinte minutos.

Alfredo salió de nuevo al exterior, habló con algunas personas, entró en la casa de enfrente. Diez minutos más tarde bajó hasta el bar.

Era bueno.

Y yo también, claro.

Desde mi posición vi que autorizaban a los vecinos del inmueble siniestrado a regresar a él. El matrimonio del tercero en primer lugar. La mujer seguía llorando. Sostenía a su marido. Otra mujer la ayudó. También entraron en la casa un hombre y una mujer, con dos niños pequeños, y una pareja con una chica adolescente, de catorce o quince años. No me atrevía a sacar mucho el cuerpo por si Alfredo salía de pronto y me pillaba.

El primer coche de bomberos abandonó la calle. El segundo permanecía ahí, tal vez como retén. Los bomberos recogían sus cosas con calma.

Alfredo Sanllehí apareció una vez más en la calle.

Esta vez subió al coche.

Dio marcha atrás, me lancé de cabeza a un portal y esperé a que desapareciera.

Cuando todo pasó lancé un suspiro.

—Algún día voy a escribir todo esto —me dije a mí misma.

Enfilé calle arriba. Al llegar a la casa quemada vi que la chica adolescente estaba asomada a la ventana del primer piso. Detrás de ella, dominando el silencio reinante por la tragedia, pude escuchar nítidamente una voz airada:

—¡Gloria, cierra, ya está bien!

No tenía a nadie mejor.

Entré en el edificio. El pequeño vestíbulo estaba lleno de personas, dos bomberos, algún técnico, posiblemente un arquitecto o aparejador que comprobaba la resistencia de los pilares que sostenían la casa...

—¿Adónde vas? —me preguntó uno—. ¿Vives aquí?

—Mi prima Gloria, en el primero.

Me dejaron pasar. Subí a pie. Todo estaba patas arriba por el paso de los bomberos, la escalera sucia, mojada, y había un fuerte olor a humo que impregnaba el aire.

Sólo había un piso en cada rellano. La fachada no llegaba a los siete metros, como una portería de fútbol. Llamé al timbre y escuché el lamento de la madre de la chica.

—¿Y ahora qué, por Dios?

Exhibí mi mejor cara.

La mujer se me quedó mirando con la puerta a medio abrir.

—¿Está Gloria?

No me hizo ninguna pregunta. Puso cara de universo en caos y de ser el centro de todas las fatalidades habidas y por haber. Dio media vuelta y soltó de nuevo su voz de soprano en plan latigazo:

—¡Gloria!

Se alejó refunfuñando a media voz. Que si «Acabará cayéndose el techo», que si «Pobre señora Rosa», que si «Lo que faltaba, ahora que habían hecho el baño nuevo»...

La chica apareció ante mí como un fantasma. Tenía acné, mucho acné. Eso no debía de hacerla muy feliz. Su cara denotaba cansancio, parecía no haber pegado ojo en toda la noche. Ya no lloraba, pero lo había hecho. Sus ojos estaban muy enrojecidos.

Me hice la simpática.

—Hola, me llamo Gabriela y soy de *El Periódico*.

—¿Ah, sí?

—¿Te importa que te haga unas preguntas?

—¿A mí?

—Me han dicho que eras amiga de Damián.

—Pues no.

—¿Ah, no?

—Somos vecinos. Hola-hola y adiós-adiós. Nunca hemos hablado demasiado. Se refería a él en presente, no en pasado.

No sabían que estaba muerto.

Alfredo lo mantenía como secreto de sumario.

—Pues sí que estoy bien informada —expresé una profunda decepción.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó la chica.

—Uno, en la calle.

—Bernardo, seguro. Ése, con tal de liarla...

—Supongo que me ha tomado el pelo, porque el del bar de más abajo me ha dicho que es gay.

—¿En serio? —abrió unos ojos como platos.

—Parece.

—Siempre me había parecido raro, pero tanto...

—¿Sabes dónde vive su hermana?

–No.

Nada. Encima apareció su madre dispuesta a ejercer su autoridad.

–Gloria, hija, que todo está manga por hombro.

–Es periodista, mamá –me presentó la chica–. De *El Periódico*.

–¿Periodista? –me observó con ojo crítico por mi juventud, pero dispuesta a mostrar un margen de generosa duda–. Es el que lee cada día mi Adolfo.

–¿Tú sabías que Damián es gay?

–No –la noticia le provocó la misma reacción que a su hija: abrió mucho los ojos.

–Quiere saber dónde vive su hermana –concluyó el parte Gloria.

–¿Y para qué quieres saber dónde vive? –se extrañó la mujer.

Tenía que dar un paso al frente, y lo di.

–Escuchen... Voy a hacerles una confidencia, pero sobre todo... –mi cara se agravó al máximo. Incluso bajé la voz al decirles–: Damián ha muerto.

La madre de Gloria se llevó una mano al pecho y saltó hacia atrás.

–¿Qué?

La chica volvió a llenar sus ojos de blanco.

–Le asesinaron anoche. Los mismos que entraron en su piso y lo quemaron.

–¡Ay, Señor! –la mano fue del pecho a la boca–. ¡Adolfo!

No quería llamar la atención, pero ya había soltado la bomba. Los del vestíbulo acabarían oyéndola si elevaba la voz un poco más.

El marido apareció por detrás de su mujer y su hija.

–¡Mira qué dice esta periodista, que al chico de arriba lo mataron anoche y que el incendio ha sido provocado!

El cabeza de familia se sumó al desconcierto general.

O reconducía la situación... o saldría en globo.

–Por favor, ¿quiere bajar la voz? Le he dicho que es un secreto. Necesito dar con esa chica, ¿entiende?

–¿Chica? ¿Qué chica? Si nosotros apenas le conocíamos. Llevaba viviendo aquí un par de años –dijo el hombre–. ¿De qué chica hablas?

–Se refiere a la hermana, la pelirroja, como él –se lo aclaró su esposa.

–Siempre iba con cámaras, grandes, pequeñas, arriba y abajo –intervino Gloria–. La señora Rosa entró en su piso un día, por un escape, y nos contó que lo tenía lleno de aparatos, televisores y cosas así.

–Porque se dedicaba a eso –contó su madre.

–¿Así que no saben nada de la hermana? –insistí antes de rendirme y dar media vuelta.

–Leonor. Se llama Leonor –dijo Adolfo.

Su mujer y su hija le miraron.

–¿Cómo sabes tú eso? –le preguntó la primera.

–Porque una vez la llevé en coche.

–¿Ah, sí? –se le hinchó el pecho al llenárselo de aire–. No me lo habías dicho.

–Fue hace tres meses, un día que llovía a mares. Estaba en el portal, no pasaba ningún taxi y no llevaba paraguas. Su hermano tampoco estaba arriba. Hablamos, me pillaba de camino...

–¿Y adónde la llevaste?

–Iba a ver a mi madre. Ella se dirigía a Valencia con Independencia, casi al lado. Fui al parking, la recogí y eso fue todo. Se bajó en el cruce. Luego se marchó pegada a la pared para no mojarse. No quiso que la dejara frente a la puerta.

–¿Qué dirección tomó? –pregunté.

–Según ella, no eran más que cuatro pasos. Pero no vi dónde se metía. Caminó por Independencia, subiendo a la derecha. Yo arranqué de nuevo y me fui. Diluviaba.

–¿Le dijo si era su casa?

–No lo recuerdo... –se le iluminó la expresión–. Sí, sí, creo que sí. Habló de tomar una ducha y ponerse a ver la tele. Supongo que eso lo hace uno en su casa, ¿no?

Tenía una pista más.

Pequeña, débil, pero mejor que ninguna.

–Ha sido muy amable, señor.

–Oh, no es nada. ¿Pondrán nuestro nombre en el periódico?

–Ya le he dicho que es el que compras, *El Periódico*.

–Adolfo, Gloria... –miré a la mujer.

–Adelaida.

–Gracias de nuevo.

Inicié la retirada mientras se despedían.

Nada más cerrarse la puerta oí el vozarrón de la esposa gruñendo:

–Y tú, ¿desde cuándo llevas a jovencitas en el coche, eh?

No me quedé escuchando el resto.

Bajé, pasé por entre los expertos que seguían debatiendo el tema de la resistencia del edificio y los trabajos que necesitaría, y corrí hacia mi moto.

Salí de Gràcia por la Travessera y llegué hasta la calle Cartagena. De ahí al cruce de Valencia con Independencia fueron tres minutos. Cuando aparqué la moto me dispuse a efectuar una de esas búsquedas tan pacientes como necesarias en mi nuevo trabajo. Damián Gómez Pedrell se dedicaba a filmar cosas, y había filmado algo capaz de reportarle un buen puñado de euros, aunque fuese de forma ilegal. La pregunta era si su hermana también estaba metida en el ajo y si había alguien más, tal vez un novio del pelirrojo. Desde luego la foto de la cartera de Damián era de su hermana.

Entré en el primer portal de la calle Independencia, subiendo a mano derecha. Una portera me informó de que allí no vivía nadie apellidado Gómez. En el de al lado no había portería, y la puerta estaba abierta, así que entré y le eché un vistazo a los buzones. De nuevo nada. La idea de que Leonor Gómez pudiera vivir con alguien, quizás un novio o unas amigas, y no apareciera en un buzón, me asaltó como un pájaro de mal agüero. El tercer portal coincidía con una pequeña calle abierta en mitad de la manzana. Se llamaba Bassols. Vacilé entre continuar por Independencia o seguir por esta calle cuando, por segunda vez, me vi obligada a dar un paso atrás y casi lanzarme de cabeza al interior de una tienda.

De la segunda casa de la calle Bassols salían Alfredo Sanllehí, su compañero y mi objetivo.

La pelirroja hermana de Damián: Leonor.

No iba sola. La acompañaban un hombre y una mujer. Los dos mayores.

Lloraban los tres.

Disimulé lo que pude hasta que el coche de la policía se alejó, y me quedé tan frustrada como rabiosa. Sabía adónde iban tras darles la noticia: a identificar el cadáver.

Un hijo, un hermano, asesinado de un balazo en el pecho.

Uno, porque el segundo se lo habían dado después.

—¿Qué es lo que filmaste para hacer que te mataran? —le pregunté al aire.

Ya no creía la historia de Vanessa, si es que se llamaba así.

Lo del chantaje sí, lo otro no.

Camino cerrado, y no me quedaba ninguno más. Quizás lo del carné del

DiR, pero había muchos gimnasios DiR por la ciudad. Tenía que averiguar el más cercano a su casa. ¿Y luego qué? ¿Preguntar en él? No parecía la mejor de las ideas.

Me apoyé en la pared tan llena de ira que a mi lado una central nuclear habría sido una simple pila.

Cuando me calmé lo suficiente recordé que tenía un segundo caso entre manos.

Susana Lorca, Helena Soler, Sebastián.

–No, no, espera –me obligué a mí misma.

La noche anterior alguien me había echado agua en la cara. Alguien que había tratado de hacerme reaccionar mientras me llamaba Sonia.

Alguien que me había salvado.

¿Quién?

Caminé hasta la moto, me coloqué el casco y me dirigí al lugar del asesinato. Si la policía seguía allí rastreando la zona, buscando indicios, perdería el tiempo. Ni loca iba a acercarme. Sin embargo, algo me decía que los trabajos previos ya estarían terminados, y los de la científica también. Otra cosa sería si algún agente vigilaba la zona de lejos y yo caía en la trampa como un pajarito.

Pero tenía que arriesgarme.

Detuve la moto en el mismo lugar de la noche anterior y me acerqué al espacio abierto bajo el puente caminando sin prisa, mientras lo observaba todo con el rabillo del ojo. La zona estaba en calma. De día ya no era siniestra, la luz barría las sombras, no había ratas y más allá los campos de fútbol del polideportivo municipal estaban llenos de jugadores. La suciedad seguía dominando el entorno, el aire de abandono también, la infinidad de carteles cubriendo las paredes, como si por allí pasaran muchos transeúntes y coches. El ruido del tráfico también se mantenía. Los automóviles rompían el silencio en las alturas.

Llegué al sitio exacto donde había estado el cadáver de Damián, y también mi cuerpo caído en el suelo, frente a él.

Me estremecí.

Una gota seca de algo oscuro en el suelo era la única presencia que recordaba la tragedia.

Me disponía a mirar por los alrededores cuando sonó mi móvil.

–¿Sí?

–¿Agencia Mir? –preguntó una voz masculina.

Más trabajo.

Por una vez, tenía suficiente.

–El señor Mir está ocupado en varios casos a la vez, señor. Lo siento pero

ahora mismo le será imposible atenderle. Si quiere intentarlo la próxima semana...

–De acuerdo, gracias –dijo la voz.

Y cortó.

Tres casos en un par de días. Una racha de buena suerte.

Aunque seguro que acababa de perder un cliente.

Entonces, no sé por qué, me vino el bajón.

¡Flup!

Me senté en el suelo y rompí a llorar.

Más que llorar, me vacié. A fondo. Una limpieza general. Lloré y lloré, de impotencia, frustración. Me habían querido meter en un lío de mil demonios, con un asesinato de por medio. A mí, a papá o simplemente a un detective lo bastante tonto como yo para aceptar un trabajo poco habitual. Ahora era tarde. Yo tenía en casa la pistola y el sobre de los recortes. Nada más. Encima había otro muerto, una octogenaria inocente. El plan, desde el comienzo, consistía en matar al chantajista. Pero para que no hubiera una investigación, lo mejor era darle ya un culpable a la policía.

Tardé cinco minutos en sobreponerme y otros cinco en serenarme lo suficiente.

Si me quedaba sin hacer nada me volvería loca.

Saqué del bolsillo el papel que me había dado Fortu Sants, la madre de Susana, y observé los números, el teléfono de Miriam Lucero y la dirección de Marcelino Paredes. A él quería verle en persona. A ella daba lo mismo.

Aunque lo más seguro era que a esa hora estuviese en clase con el móvil desconectado.

Lo intenté.

–¡Hola! –me saludó una voz juvenil antes de que se extinguiera el segundo tono.

–¿Miriam?

–Sí, dime.

–Me llamo Berta...

–¿La detective? –me interrumpió.

–Sí.

–¡Me llamó Beatriz y me lo contó! ¿Sabes ya algo?

–No.

–Vaya –hubo desilusión en su voz.

–Pero daré con ella, descuida. Es cuestión de tiempo.

–Ojalá.

–¿Sabes tú algo nuevo, algo que no me dijera Beatriz?

–No sé. No creo. El cambio de Susana me pilló tan de improviso como a

Bea. No nos dio tiempo a reaccionar, y más con exámenes de por medio. Susana siempre ha sido frágil, emotiva..., pero de ahí a perder la cabeza de esta forma... ¿Has hablado con Marcelino?

–Todavía no.

–Cuando le conozcas ya verás. Si fue capaz de dejarle a él... Muchas veces había tenido reacciones extrañas, subidas y bajones exagerados, pero esto...

A lo lejos, en la parte más recóndita de aquel espacio inútil, unas cajas de cartón se movieron.

Pensé que era el aire.

Pero no hacía viento.

–Beatriz me dijo que la muerte de su padre la hundió –seguí concentrada en la charla.

–Sí, fijo –Miriam fue categórica.

–¿Estaba muy unida a él?

El silencio fue inquietante. Me desconcertó.

–¿Miriam?

–Bueno, no quería hablar de él, eso es todo. Pero unida, lo que se dice unida...

Las cajas volvieron a moverse.

–¿Era severo?

–Yo lo veía un tipo normal, cariñoso, y al ser hija única... Pero al morir...

–¿Qué?

–Me dijo que ya era libre.

–¿Te dijo exactamente eso?

–Sí. Suspiró muy fuerte y entonces dijo eso.

–¿Sabes el motivo?

–No.

–¿Se lo preguntaste?

–Sí, pero apretó los dientes y no dijo nada más. Pensé que era cosa del momento, que tal vez quería hacer algo y que él no la dejaba... Yo quiero ser escritora y mi padre se empeña en decirme que me moriré de hambre. Voy a pasar de él, pero me fastidia que me lo diga.

Por entre las cajas emergió un brazo.

Tomó un cartón y lo deslizó por encima.

Luego nada.

–¿Se te ocurre algo que pueda ayudarme a dar con ella?

–No, de verdad. Lo siento.

–¿Helena, Sebastián...?

–Todo fue muy rápido. Conoció a esa tal Helena y debió de comerle el tarro, no hay otra explicación. Empezó a hablar de ella, y luego, un día, de él,

Sebastián. Pero eso ya fue al final, unos pocos días antes de que desapareciera. Se hacía la misteriosa, así que tampoco es que le sacáramos mucho. Nos prometió llevarnos algún día. Bea y yo alucinamos. De no haber sido por lo de Mauricio, hubiéramos creído que era un cuelgue de los suyos y poco más. Pero que rompiera con él...

—¿Y eso de que odiara a los chicos?

—Fue entre la muerte de su padre y conocer a Marcelino. Otro misterio. Bea le preguntó si se iba a hacer lesbiana y casi la mata. Se pilló un mosqueo...

Los cartones ya no se movían.

—Gracias por todo, Miriam. Si tengo más preguntas...

—Lláname cuando quieras.

—Gracias.

Corté la comunicación y me guardé el móvil. Luego me levanté del suelo y caminé en dirección a las cajas. Lo hice despacio, paso a paso, tanto para no asustar al sin techo como para que no me asustara él a mí.

De pronto vi unos ojos.

Abiertos, despavoridos, mirándome fijamente por una ranura de los cartones que lo cubrían.

Iba a dar media vuelta.

A la carrera.

Pero entonces él apartó los cartones de la parte superior, emergió de aquella miseria, convertido en una máscara de abandono, olvido y suciedad, y dijo una palabra.

Una sola palabra.

Un nombre.

—¡Sonia!

El choque fue brutal.

Primero, por la imagen del sin techo.

Después...

–Sonia, mi pequeña...

Apartó el resto de cajas y ante mis ojos apareció lo más parecido a un hogar en el infierno. Bolsas de ropa, bolsas de plástico de incierto contenido, restos de comida, latas, objetos robados de cualquier contenedor o recipiente de basura urbano, la negación de la vida hecha cotidianidad. Y más allá de su entorno, lo peor: él.

La ropa que lo cubría había conocido tiempos mejores, pero no en un pasado próximo, sino lejano, muy lejano. Estaba ennegrecida, casi acartonada por la cantidad de mugre que la uniformaba en su color oscuro. Llevaba los pantalones atados con una cuerda y un zapato de cada tipo y tamaño. Y si la ropa era dantesca, su aspecto de loco rozaba lo imposible. El cabello era largo y enmarañado, la barba amarillenta, la nariz la tenía picoteada como si una inclemente viruela se hubiera cebado en ella, en la boca la proporción de dientes se inclinaba más por los ausentes que por los salvados, que de todas formas presentaban un color aún más negro que el de la ropa o la piel. Las manos eran dos sarmientos de uñas convertidas en almacenes de porquería.

Y sobre todo, sus ojos.

Muy abiertos, tan blancos...

Lo único blanco en aquella geografía de la desidia humana.

No supe qué hacer. Estaba paralizada.

–Sonia, has vuelto... –extendió una mano hacia mí–. Mi ángel, mi cielo, cariño... ¡Oh, pasa, pasa! ¿Quieres comer algo?

Rebuscó a su lado hasta encontrar una caja de plástico de un MacDonald's o algo parecido. La abrió. Dentro había un pedazo de bocadillo pasado, casi verde.

Me lo ofreció.

–Ven –insistió–. El salón está un poco desordenado, pero...

Hice un esfuerzo.

Resistí.

Deje que me tocara, que pusiera su mano en mi brazo.
 Aquel hombre era la clave.
 La maldita clave de mi inocencia.
 –Escuche... –intenté hablar.
 –Oh, Sonia, estás tan guapa...
 –Señor, por favor...
 –¿Qué te pasa? –frunció el ceño preocupado–. ¿Por qué me tratas de usted?
 Sonia, soy yo. Yo, cariño.
 Mi mente tuvo que trabajar muy rápido.
 Loco o no...
 –Estabas aquí anoche, ¿verdad?
 –¿Anoche? –se quedó flotando, en suspenso.
 –Trata de recordar.
 –Vivo aquí, ya lo sabes.
 –Anoche me echaste agua en la cara.
 –¿Agua?
 –¡Recuerda, por favor!
 Le asusté. Se echó hacia atrás.
 –¿Por qué te enfadas? Soy yo el que debería enfadarse. ¿Dónde has estado?
 Te vas, no dices nada, y luego reapareces... Sonia, soy tu padre. Merezco...
 Bueno, no sé.
 Mi padre.
 Todo ser humano ha tenido una familia.
 Incluso él.
 –Papá, ayúdame.
 –¡Claro, pequeña! ¡Claro!
 –Anoche quisieron hacerme daño.
 –Estabas caída en el suelo, sí –una lucecita tintineó en sus pupilas agotadas mientras su mente retrocedía y empezaba a recordar vagamente–. Y yo... yo tuve que irme después de que tú echaras a correr.
 –¿Por qué?
 –Vi el mal. Y el mal no es bueno –aseguró ensombrecido–. Pasó por mi lado, le vi la cara. La luz le bañó pero él era oscuro.
 –¿Cuándo viste el mal?
 –Antes de que tú llegaras.
 –¿Y dónde estaba el mal?
 –Oculto. Ahí –señaló el lugar del asesinato–. Te golpeó, te puso algo en la mano, se oyó un pequeño estruendo, como un petardo, y se fue. El mismo trueno con el que había hecho caer al hombre del pelo rojo. Yo te llamé desde aquí, pero no me oías. No sabía qué hacer. El mal es peligroso, temía que

volviera y luego, cuando escuché las sirenas... No me gustan las sirenas, ni las luces de esos coches con los hombres de uniforme. No me gustan, Sonia.

–No me despertaba y me echaste agua.

–Sí –señaló un bidón roto–. ¿Tienes un pitillo?

–No fumo.

–Haces bien.

Su mente iba y venía. Tenía que ser cauta. Si le perdía...

Necesitaba su calma.

–Papá, ¿y mamá?

–Estamos bien –se encogió de hombros.

–Me alegro.

–¿Y tú?

–Estoy bien, ya ves. Gracias a ti.

–¿Es eso cierto? –parecía estar a punto de romper a llorar.

–Tú eres bueno.

–Sí, lo intento.

–Por eso reconociste el mal anoche.

–El mal anoche –repitió como embobado.

–¿Cómo era ese hombre?

–Está en todas partes –bajó la voz y se inclinó un poco mientras sus ojos deslizaban rápidas miradas a su alrededor–. Estaba ahí ayer mismo –su mano apuntó hacia una de las paredes llenas de propaganda–. Salió del más allá para hacer daño, al hombre del pelo rojo, a ti...

Miré los carteles anunciando discos y conciertos, espectáculos y obras de teatro. Los ponían en todas partes, unos sobre otros, llenándolo todo, aunque fuera un lugar como aquél. Acababan de pegar algunos esa misma mañana.

–¿Salió de la pared? –traté de entender.

–Salió de la pared –asintió–. Ahora ya no está, se ha ido.

–Papá...

–Te dije que te portaras bien, que no salieras de noche –adoptó una pose severa, como si de pronto yo fuera su hija de diez años.

–Papá, tienes que venir conmigo.

–¿Adónde?

–A ver a unas personas.

–No –se llenó de miedo y dolor.

–Tienes que contarles lo que viste, por favor.

–No quiero ver a nadie.

–Es necesario. Te ayudarán.

–No, ¡no! –rompió a llorar inesperadamente–. ¿Ayudarme? ¡Ellos son...

perversos, me encierran, me hacen cosas, me ponen inyecciones, me hacen preguntas! ¡No, Sonia, por Dios!

–¡Si me quieres has de hacerlo! ¡Por mí!

–¡Mala! –siguió llorando y se abrazó a sí mismo–. ¡Sonia mala! ¡Muy mala!

Intenté detenerle.

Pero ya era tarde.

Salió de su casa, su mundo, apartando los cartones que le protegían del exterior y, tras meter algunas de las bolsas de plástico en un carrito de supermercado oculto tras otra montaña de desperdicios, lo empujó a toda prisa.

No dejó de murmurar y gruñir diciendo que yo era mala.

Una hija muy mala.

No pude detenerle. Fue imposible. Empujó su carrito y, pese a su edad y su estado, se alejó de allí a la velocidad que le permitieron sus piernas, renqueando, dejándome sola con la verdad y poco más.

Podía ir a la policía, hablar con Alfredo y dejar que ellos interrogaran al sin techo que me creía su hija Sonia. Pero el maldito viejo me había salvado.

De alguna forma estaba en deuda con él.

«Vi el mal. Y el mal no es bueno... Salió de la pared... Pasó por mi lado, le vi la cara. La luz le bañó pero él era oscuro... Ahora ya no está, se ha ido.»

El mal saliendo de una pared.

Una pared llena de propaganda.

Por lo menos mi intuición había funcionado. Acababa de encontrar a mi salvador, el hombre que evitó que me cogieran con una pistola en la mano y un cadáver a mi lado.

A veces no basta con ser inocente.

Hay que demostrarlo.

La película de la noche anterior pasó por mi cabeza. Damián Gómez llega a la cita, probablemente a las nueve y media o diez menos cuarto, el asesino lo mata y le quita la cámara, o lo que fuese aquello con lo que le hiciera chantaje, y las llaves de su piso. Luego mi aparición, el golpe en la cabeza, el segundo disparo hecho por mi propia mano sujeta por él, para dejar huellas y rastros. El escenario perfecto. Para la policía, el pelirrojo y yo nos habríamos enzarzado en una pelea y mientras yo le disparaba dos tiros él me daba en la cabeza. Perfecto. Luego, después de ser testigo de todo desde su escondite debajo de los cartones, el sin techo me reanimaba y al oír las sirenas se iba a toda mecha para que no le pillaran por allí. Una vez la policía se hubo marchado, él había regresado «a su casa». Fin de la historia.

Mi único testigo estaba loco.

—Anda, que tengo una suerte...

Ahora sí que no tenía más pistas. A la hermana de Damián no conseguiría verla hasta al menos el día siguiente o el otro, porque había que contar con el entierro del muerto. Con suerte, podía intentarlo por la noche, aunque no sería lo más adecuado dadas las circunstancias.

Miré la hora.

Seguía teniendo el caso de Susana Lorca.

—Papá, ¿tú qué harías?

- No por correr más se llega antes –oí su voz en mi cabeza.
- Ya, pero me da rabia...
- A veces hay que tomar distancia para ver las cosas con perspectiva.
- ¿Y qué distancia tomo yo? ¿Cómo? ¡Quisieron cargarme un asesinato!
- Piensa, Berta. Piensa.
- ¡Ya pienso!

Caminé hasta la moto y me senté en ella. Cerré los ojos, aparté toda la historia de la modelo y el chantajista pelirrojo y situé en el centro de mi atención a Susana y su entorno. Seguía queriendo hablar en persona con Marcelino Paredes, pero al paso que iba... Su hermana me había dicho que solía llevar el móvil apagado en clase.

Por lo menos le dejaría un mensaje.

Saqué el teléfono y la hoja con las anotaciones. Marqué y esperé.

–¿Sí?

No lo tenía apagado siempre.

–¿Marcelino?

–Sí, dime.

–Me llamo Berta Mir, trabajo en una agencia de detectives.

–Sí, mi hermana me lo comentó anoche. Me dijo que querías hablar conmigo. He tenido el móvil encendido todo el día por si llamabas.

–¿Te contó el motivo?

–Claro –su voz se volvió ansiosa–. ¿Sabes algo de Susana?

–Todavía no.

Pude escuchar perfectamente su silencio, y luego un viento furioso expandiéndose a través de la línea.

–¿Sabías que ella había desaparecido?

–No.

–Tengo que hablar contigo.

–Cuando quieras. Esto es prioritario.

Volví a mirar la hora. No podía ir a comer a casa. Entre despertar tarde y la media mañana perdida en la casa del pelirrojo, el tiempo había volado.

–¿Después de comer? ¿Sobre las cuatro?

–De acuerdo. ¿Dónde?

Mentalmente busqué algún lugar cerca de su casa que yo recordara. No se me ocurría ninguno. Seguía con la cabeza en otra parte.

–Propón tú –me quité el muerto de encima.

–¿Calle Tuset?

–Bien.

–Hay un bar cerca de Travessera, subiendo a mano derecha.

–Entonces, ¿a las cuatro?

–¿Cómo eres?

Una buena pregunta.

–Normal –se me ocurrió decirle.

Resultó casi una declaración de principios.

–Ya –suspiró.

–Llevaré un casco de motorista –aporté una pista mejor.

–Hasta luego.

Corté la comunicación y me quedé mirando el móvil.

¿Normal?

¿Ésa era mi definición de mí misma?

¿Por qué demonios no empezaba a quererme un poco más?

No era mi mejor día. Sobre todo después de mi peor noche. Guardé el móvil, me coloqué el casco en la cabeza y puse la moto en marcha. Estaba cerca del local de ensayo y, aunque estaría sola, me apetecía coger una guitarra y tocar algo, para quitarme la tensión de encima, buscar un poco de paz y serenidad, tal vez incluso acabar la canción. Podía tomarme un bocadillo en el bar de la esquina.

Siempre había un bar en la esquina de todas las calles.

Llamé a casa y le dije a la abuela que no iba a comer. Por la hora, ya lo imaginaba.

–Podías haber avisado antes –me espetó.

–Lo siento.

–Espero que no se te ocurra comer un bocadillo y *apabuenas*.

Su vocabulario, a veces, me hacía reír.

–Un plato de lentejas y un bistec.

–Allá tú.

El bocadillo me lo compré de jamón y queso. De beber, una lata de limonada. No lo tomé en el bar porque a esa hora y por la zona no había más que obreros de fábricas o albañiles; yo era la única mujer y no estaba para miradas, comentarios o susurros que me hicieran sentir incómoda. El mismo dueño, a veces, nos repasaba de lo lindo a Sandra y a mí si nos sentábamos a tomar algo después de ensayar. Por supuesto más a Sandra, pero si iba yo sola...

Llegué a la vieja fábrica, saqué mi llave y me colé en la nave. Dos de los locales tenían gente dentro. Pese a la insonorización, en uno pude escuchar rock y en otro hip-hop. Allí ensayábamos media docena de grupos, pero no había mucha relación entre unos y otros. Cada cual se metía en su cubículo y se preocupaba de lo suyo. Además, algunos de los géneros estaban enfrentados socialmente. Los raperos renegaban del rock, los rockeros de los electrónicos, los electrónicos de los raperos... Abrí la puerta de nuestro pequeño reducto y no llegué a cerrarla porque iba cargada con la bolsa del bocadillo y el casco.

Quedó entornada.

Primero me senté a comer. Desde allí no oía a los otros dos. Me lo tomé con calma, masticando bien, envuelta en mis pensamientos. Los dos casos se mezclaban en mi cabeza. Y los dos estaban en punto muerto. Cuando conseguí dejar de comerme el tarro cerré los ojos y volví a la canción que estaba componiendo. Tenía dos estrofas.

Tomé un boli, un papel, y de pronto mi mano se puso a escribir.

Casi sola.

Hice la tercera estrofa de corrido.

Luego la cuarta.

Parpadeé asustada por mi creatividad. A veces una letra tardaba una eternidad en cobrar forma. En ocasiones, era cuestión de trabajo y nada más. Y muy de tarde en tarde, sucedía el milagro: una sentada bastaba.

Tragué el último bocado, lo acompañé con el último sorbo de la limonada, y cogí la guitarra acústica de Marcos. La utilizaba muy poco, prefería la eléctrica. Yo nunca llevaba la mía al local. ¿Para qué? Allí era la bajista. Quizás algún día les tocara mis canciones. Lucas me había dado las bases instrumentales de varios temas para que les pusiera letras cuando me propuso formar un dúo electroacústico antes de nuestro primer concierto en vivo en Cadaqués. Mis letras no eran malas. Ponerles música era otra cosa.

Lo mejor de estar sola y cantar era la paz.

La intimidad.

Entoné las dos nuevas estrofas que acababa de escribir.

Faltan siete minutos para la revolución.

Faltan siete minutos para la gran sensación.

Faltan siete minutos para la última guerra.

Faltan siete minutos para matar la Tierra.

Faltan siete minutos para la revolución.

Faltan siete minutos para la explosión.

Faltan siete minutos y nos iremos para siempre.

Creías que era enero pero ya es diciembre.

Luego canté la canción entera, aunque no sabía si estaba terminada, las cuatro estrofas, con fuerza, nada de susurrarla, como si estuviera ante quince mil personas en el Palau Sant Jordi.

Al terminar, me quedé en silencio unos segundos.

Muy pocos.

—Eso ha estado muy bien —escuché una voz a mi espalda acompañada de unos solitarios pero firmes aplausos.

Volví la cabeza sobresaltada y me encontré con él.

Alto, guapo, unos veinticuatro años, cabello abundante, ojos limpios, sonrisa para enmarcar, mandíbula recta, hombros firmes, vaqueros, camisa abierta por encima, zapatillas deportivas, barba de dos días...

–Hola –movió una mano al ver mi parálisis.

–¿De dónde sales?

–De ahí al lado. Me llamo Néstor Aguilar.

–Ah –reaccioné–, el nuevo.

–Sí. ¿Puedo...?

–Claro –sonreí y me levanté para corresponder a su saludo.

Me clavó dos besos en las mejillas, y nunca mejor dicho lo de «clavar».

Cuando nos separamos volvió a iluminarme con su sonrisa.

–Lo haces muy bien –asintió.

–Gracias.

–¿Cómo os llamáis?

–La Séptima Cuerda.

–¿Y tú?

–Berta.

–¿Qué tipo de música...?

–Rock alternativo, por llamarlo de alguna forma.

–¿Eres la cantante?

–No –me tocó el turno de sonreír a mí–. Bajo y segunda voz.

–¿En serio?

–Sí. ¿Por qué?

–¿Quién es vuestro solista?

–Se llama Sandra.

–Pues tiene que ser muy buena.

Pensé que Sandra era muy buena y, además, estaba muy buena. Pero eso no se lo dije. Sólo suspiré rindiéndome a la evidencia.

–Creí que ensayabais por la tarde –continuó llevando las riendas de la conversación.

–Es lo habitual, pero he venido un rato para terminar una canción y estar

sola.

–Perdona –hizo un falso ademán de dar media vuelta.

–No te estoy echando, hombre.

–Vale –se apoyó en el quicio de la puerta y frunció el ceño.

Pasaron cinco segundos.

–¿Qué? –rompí el silencio porque su mirada y su sonrisa empezaron a ponerme nerviosa.

–Oye, ¿te importaría venir a mi local un rato?

–¿Para qué?

–Por favor.

–De acuerdo –pensé que quería que escuchara alguna de sus canciones para que le diera mi opinión.

–Se me ha ocurrido una cosa... –plegó los labios en un gesto de astucia.

Salió él primero. Yo dejé la guitarra, que seguía en mi mano, y una vez fuera cerré con llave. Seguridad. Cruzamos la vieja fábrica con los cubículos alquilados a ambos lados y llegamos al suyo. Al abrir la puerta me encontré con cinco tipos nada jovencitos. Todos veteranos. El más joven rondaría los veinticinco y el mayor pasaba de los treinta. No los había oído al llegar porque estaban comiendo allí mismo, sin ensayar en ese momento. Los restos de dos pizzas grandes naufragaban en sus cajas, y las latas de cerveza formaban una pila en otra.

–Chicos –me presentó Néstor–, ésta es Berta. Berta –les apuntó uno a uno mientras citaba sus nombres–: Éstos son Macario, Ernesto, Fabián, JC y «Peladilla».

–Es que soy muy dulce, con la almendrita muy adentro, y cuesta hincarme el diente –me guiñó un ojo el interfecto.

–Y además serás el batería, claro –le seguí el juego.

–¡Bingo! –me aplaudió Néstor.

Tenían un buen equipo. Mucho mejor que el nuestro. Se notaba la profesionalidad. Guitarras, bajos, teclados, una batería espectacular, percusiones varias... Me sentí como en otro mundo, aunque todos participáramos del mismo a fin de cuentas. Pero la distancia entre un local de ensayo y otro era abismal. Nosotros empezábamos. Néstor ya iba a grabar su disco.

Y tenía muy buena imagen.

La dichosa y maldita imagen, que nada tenía que ver con la música pero era lo que vendía.

–Le he pedido a Berta que viniera porque acabo de oírla cantar y se me ha ocurrido algo.

–¿Eres cantante? –me preguntó Macario.

–Bajo y segunda voz.

–Una muy buena segunda voz –apuntó Néstor–. Quiero probar una cosa con ella.

–¿Qué es? –quiso saber Fabián.

–Ponerle un coro muy suave a «Camino del sur», al estilo de lo que hacen las chicas de Cohen. Creo que podría ir muy bien, reforzarlo. Es un tema lento y eso le daría profundidad.

Los cinco músicos asintieron.

–Espera, espera –dije yo–. ¿Quieres que cante contigo ahora?

–¿Te importa? Sólo para probar.

–No, pero...

–Un favor entre colegas. Se me acaba de ocurrir y no voy a llamar a una chica, hacerla venir... Sólo es para ver cómo suena, si funciona o no.

Era convincente. Convincente y persuasivo. Si alguien se resistía, utilizaba su encanto. Mirada, sonrisa, gesto, su mano rozando mi brazo para darle mayor énfasis a sus palabras...

–Vale –me rendí.

Los músicos ocuparon sus puestos. Macario y Ernesto a las guitarras, Fabián al bajo, «Peladilla» a la batería y JC a los teclados. Néstor buscó en una carpeta la letra de la canción. Me la entregó mientras me decía:

–Vamos a interpretarla nosotros. Tú la pillas y luego la repetimos contigo, ¿te parece?

–¿Tú sólo cantas?

–Toco la guitarra y el teclado en algunos temas, pero para el directo necesito movilidad, ya sabes.

«Ya sabes.»

Como si yo fuera otra profesional.

No tuve tiempo de más. Me senté en un taburete libre y ellos iniciaron la canción, un tema lento, precioso, cargado de sentimiento al que la letra iba perfectamente. Por supuesto que era de él. Letra y música. No conocía el resto del disco que iban a grabar, probablemente con mucha más caña, pero por lo menos esa balada era preciosa.

Para enamorar a las fans.

Intenté centrarme en «el trabajo».

Encima Néstor tenía una voz única.

Personal, fuerte en las subidas, dulce en los momentos íntimos, bien modulada, flexible. Una voz, trabajada o natural, que era una bendición. Los que iban a lanzarle apostaban sobre seguro.

Quizás en unos años pudiera alardear de haberle conocido.

El tema tenía una parte final in crescendo, pletórica, y culminaba con un suave fundido de los teclados. Cuando se hizo el silencio yo seguía petrificada.

Néstor Aguilar me miró expectante.

–Es muy buena –fue lo único que se me ocurrió decir.

–¿Te ha gustado, en serio?

–¿Te lo repito por señas?

–Vale, perdona, es que no la ha oído mucha gente... ¿Crees que puedes hacerlo?

–Sí.

–¿Dónde pondrías los coros?

–Al comenzar el segundo bloque, y luego ya en el cuarto, el estribillo y la despedida, pero muy, muy suave, como si fuera un instrumento más.

–Es lo que pensaba yo –asintió el cantante. Miró a sus músicos y agregó–: ¿Bien?

–Vamos a probar –dijo Macario.

Me concentré, sostuve el papel con la letra y dejé que Ernesto me colocara un micro delante. JC puso en marcha una grabadora. Luego cada cual ocupó su lugar. Macario era el guitarra solista y también el líder de la banda. Fue él quien hizo el conteo de apertura.

–Un, dos, tres y...

Primero la música. Después la entrada de Néstor. Estaba nerviosa justo hasta un segundo antes de mi primera intervención. Entonces, simplemente, modulé la voz y me dejé llevar por la dulzura de la letra y la magia de la melodía. Fue como completar un círculo perfecto. Acompañé a Néstor igual que si mi voz fuese un guante. Más aún, en el bloque instrumental antes del final de la última parte, canté dos frases en solitario, repitiendo el motivo central de la letra. Néstor me miró alzando las cejas y asintió dándome su aprobación.

El resto fue fluido.

Todo tan sencillo.

Al terminar no tuve tiempo ni de abrir la boca.

El grupo se puso a aplaudir. Néstor me abrazó hasta aplastarme contra su pecho. Me cortó la respiración por lo inesperado sin que yo me atreviera a corresponder a su abrazo.

–¡Genial!

–¡A la primera!

–Desde luego la canción gana, sí.

Los miré abrumada. No estaba muy segura de lo que acababa de suceder, pero allí estaba yo, con seis tíos con una experiencia a años luz de la mía. Y acababa de producirse uno de esos extraños milagros del mundo de la música.

–Vamos a oírla –dijo JC.

Seguí en el taburete sin abrir la boca. El teclista puso el tema en los altavoces y por primera vez me oí a mí misma en algo más decente que una simple

grabación casera. El efecto fue todavía mejor. Con o sin mi voz, un coro femenino dimensionaba el tema hasta convertirlo en una suerte de balada épica. Y Néstor tenía razón: sonaba casi como el mejor Cohen, aunque su voz no tuviera nada que ver con la del canadiense.

–Eres buena, chica. Eres buena –Néstor imitó la voz de Robert de Niro en *Una terapia peligrosa*, que casualmente yo había visto por la tele hacía unos días.

–Me alegro de haberte ayudado –me encogí de hombros.

–Ha sido una revelación –insistió.

Como en otros muchos momentos felices de mi vida, de pronto me sentí inquieta.

Con ganas de salir corriendo.

Miré la hora.

Tenía que salir corriendo.

–Oh, mierda –exclamé–. Son las tres y media y tengo una cita a las cuatro.

–¿Te vas? –puso cara de preocupación mi nuevo amigo.

–Regreso en unas tres horas y media, para ensayar con los míos. ¡Lo siento!

–Pero...

–¡Chao, chicos! ¡Os veo!

Ya estaba en la puerta. Los músicos me despidieron a su modo. Unos con gritos, otros con silbidos y otros tocando su instrumento. Eran cinco pero alborotaban lo suyo. Dejé a Néstor en mitad del local, solo, con la mirada extraviada, y eché a correr.

El corazón me latía muy rápido.

Y no sabía por qué.

Eran las cuatro menos cinco y Marcelino ya me estaba esperando en el punto de encuentro. Nada más entrar en el bar, un chico de unos diecinueve años se levantó y me hizo una seña. Mientras me acercaba a él, nos estudiamos el uno al otro. Entendí por qué las amigas de Susana le valoraban tanto, aun antes de que abriera la boca. El aspecto lo decía todo. Cara de buen tío, gafas, cabello revuelto pero en su sitio, pantalones perfectamente planchados, camisa limpia, manos cuidadas... Podía apostar que ningún tatuaje marcaba su piel. Hasta los zapatos brillaban.

Porque llevaba zapatos.

En un mundo plagado de zapatillas deportivas, alguien llevaba zapatos.

Luego abrió la boca.

–¿Berta?

–Gracias por venir.

–No, gracias a ti.

La voz serena y apacible de un trozo de pan.

A lo peor Susana, en el fondo, los prefería malos.

–¿Quieres tomar algo?

–Una limonada.

Levantó la mano, captó la atención de camarero y le mostró su propio vaso. También bebía una. Después del ritual nos sentamos uno frente al otro. El último intercambio de miradas nos dejó listos para romper el hielo.

Lo hizo él.

–Detective –valoró mi trabajo.

–Bueno, ayudante. El detective es el señor Mir.

–Pensaba que hablaría con alguien mayor.

–¿Te da corte hacerlo conmigo?

–No, no, pero... no sé, según lo que preguntes...

–Estamos tratando de dar con Susana. Debería ser lo único importante.

–Y lo es, ¡claro que lo es! –se defendió con dolor–. Ojalá pudiera ayudar, en lo que sea, aunque me temo que será inútil.

–¿Por qué?

–Porque la Susana que yo conocía parece haberse esfumado de la noche a la

mañana, así –chasqueó los dedos de la mano derecha–. Es como si de pronto se hubiera transformado en otra persona.

–¿La querías?

–La quiero –matizó–. Espero que, cuando todo esto pase y toque con los pies en el suelo, reaccione y vuelva a ser la que era. Estábamos enamorados, por Dios. No era una fantasía.

–¿Piensas que ha caído en una trampa?

–Es una chica muy vulnerable –su rostro se contrajo por la amargura–. Todos lo somos, yo también, pero ella... Toda la estabilidad emocional que consiguió conmigo fue a base de paciencia, cariño, tiempo. Son cosas que no se improvisan. Cuando te enamoras dejas de ser tú para ser la otra persona.

Marcelino Paredes acababa de definir el amor.

Me cayó mejor aún.

Pese a que rezumaba la inocencia de un pardillo.

–¿Por qué no me cuentas lo que sabes?

–No creo que sea mucho. Estábamos bien, felices, yendo poco a poco en nuestra relación, cuando apareció esa chica, Helena. Creo que Miriam y Beatriz ya te han hablado de ella.

–Sí.

–Tuvo que ser una influencia muy poderosa, por lo negativa. Helena la llevó hasta ese hombre, Sebastián, y él le puso el cerebro del revés.

–¿Crees que Helena captaba chicas para la secta?

–¡Pues claro! Es evidente, ¿no?

–¿Y Susana encajaba en el perfil?

–Supongo. Habrá personas más predispuestas que otras. No todo el mundo se deja...

–¿Influir?

No contestó a mi comentario. Se limitó a encogerse de hombros. Mi limonada aterrizó en la mesa en ese momento, junto a la nota del camarero. Aproveché la pausa para darle un sorbo.

–Si Susana era influenciable sería por algo –sujeté el vaso junto a mi cara–. Tendría problemas, cosas que estaban ocultas y acabaron por salir, como un corcho bajo el agua.

–Siempre fue difícil.

–¿Complicada?

–Difícil –insistió–. Yo me sentía como un rompehielos avanzando por el Polo Norte. La conquisté por paciencia.

–¿Cómo eran vuestras relaciones?

Se puso rojo de golpe.

Una llamarada.

-Normales –dijo sin convicción.
 -Define «normales».
 -No llevábamos demasiado juntos.
 -¿En la intimidad...?
 Más llamaradas.
 -Aún no había intimidad –bajó la cabeza y me hurtó la mirada.
 -¿Quieres decir que no lo habíais hecho?
 -No quería meter la pata.
 -¿Se lo pediste?
 -No se trata de pedir o no pedir. Hay cosas que se sienten, y pasan cuando tienen que pasar.
 -O sea, que no estaba preparada.
 -Más o menos.
 -Marcelino –suspiré–, cuanto más sepa de Susana, mejor, no sólo para encontrarla, sino también para sacarla de ese lugar.
 Bebió un largo trago de su limonada, hasta casi vaciar el vaso. Seguía con la mirada hundida en algún lugar de la mesa, el rostro enrojecido, el ánimo alterado. La sorda lucha de sus sueños, sus convicciones, sus ideales y todo lo demás contra la traición de su novia.
 -Cuando nos dimos el primer beso... –consiguió reunir el valor para terminar la frase–, me pidió paciencia, que no corriera. El corazón le iba a mil. Parecía a punto de estallar, de echarse a llorar, o a correr.
 -¿Tan duro fue?
 -Susana no besa con los ojos cerrados, como todo el mundo. Los abre. Los abre mucho. Y no quiere oscuridad. Tampoco soporta que la abrace por detrás, ni que la toque si no puede verme. Tiene que ser de frente, sin sorpresas, como si necesitara prepararse.
 -Eso implica problemas psicológicos, trastornos...
 -Lo sé.
 -¿Te contó el motivo?
 -No.
 -¿Se lo preguntaste?
 -Sí, pero no me respondió. Sólo dijo que era tímida y que yo era el primero.
 -¿Cómo os conocisteis?
 -Por medio de una amiga suya. Coincidimos, hablamos de libros, de música... A mí me gustó desde el primer momento. Sé que ella no se fijó en mí, pero yo en ella sí. Ya te he dicho que fue cosa de paciencia, de llegar poco a poco a su corazón. Nos dejamos unos CD, nos mandamos algunos correos electrónicos..., y una cosa llevó a otra, una cita, una película, un paseo... A las tres semanas le dije que me gustaba y ella me contestó que también sentía algo,

pero que no estaba segura. Me dijo que yo era muy tierno, y que si tenía que enamorarse de alguien sería de un chico como yo. No me abrió una puerta, me mostró una rendija, pero para mí fue suficiente. Un mes después ya salíamos juntos y todo el mundo nos consideraba novios.

Llegaba a la parte más complicada, pero ya lo tenía. Marcelino confiaba en mí.

–¿Te habló de su padre?

–Nunca hablaba de él.

–¿Por qué?

–No quería. Supe que había muerto bastante después de empezar a salir, y cuando le pregunté..., se cerró. Se ponía tensa sólo con mencionárselo.

–Una de sus amigas me habló de su reacción al morir él. Susana dijo que por fin era libre.

–¿Ah, sí?

–¿No te lo contó ella?

–No.

–¿Crees que la reprimió de alguna forma? –usé lo más delicado de mi vocabulario para que no se me notara lo que pensaba.

–No lo sé.

–¿Castigos físicos...?

–¡No lo sé!

–Perdona.

Marcelino Paredes se derrumbó.

–¿Qué le pueden estar haciendo?

–Nada que ella no quiera.

–¿Y si quiere?

–Que sea vulnerable no significa que sea idiota o haya perdido el juicio de pronto. Incluso en las sectas se toman las cosas con paciencia para adoctrinar a los adeptos.

–Acólitos –rezongó con amargura–. Menuda palabra para decir esclavos.

–Supongo que no te dijo dónde tenía Sebastián su centro de operaciones.

–¿Crees que si lo supiera no habría ido a buscarla?

–¿Lo harías?

–Mataría por ella –apretó el puño y su lado de Míster Hyde superó al paciente Doctor Jekyll que lo contenía.

–¿Qué hiciste cuando te dijo que habíais terminado?

–¿Tú qué crees? Me quedé...

–¿Reaccionaste?

–No, no pude. Cuando lo hice ya era tarde. Podía esperar cualquier cosa menos eso. Creía haber superado lo peor. El tiempo estaba de nuestro lado. Yo estoy estudiando, me falta la tira para terminar la carrera...

–Tocas el saxo.
–Sí, me gusta.
–Yo canto y toco el bajo en un grupo.
–Interesante –lo dijo sin excesiva convicción.
El novio de Susana Lorca no iba a decirme mucho más.
No podía.
No sabía.
Porque los secretos de su amada seguían siendo eso: secretos.
Encerrados en lo más profundo de su ser.
–¿Me llamarás cuando sepas algo? –preguntó de pronto.
–Primero debo decírselo a su madre.
–Pero luego...
–Sí –dije sin mucho entusiasmo aunque él me creyó.
–Tengo tu número en mi móvil, de cuando me llamaste. Si no lo haces en un par de días, lo haré yo.
–Si recuerdas algo, o si se pone en contacto contigo...
–De acuerdo.
–No quieras hacerte el héroe. Esa gente puede ser peligrosa.
Los dos nos callamos de golpe.
Los dos apuramos nuestros vasos de golpe.
Hora de separarnos y seguir con lo único que tenía para llegar hasta Susana Lorca.

Marqué el número de Fortu Sants después de despedirme de Marcelino, que se fue calle Tuset abajo con la cabeza gacha y el alma en vilo, aplastado por el peso de su primer encontronazo sentimental. Mientras le veía alejarse pensé en las opciones que la mayoría teníamos a nuestra edad: pasarlo mal por no tener a nadie, o pasarlo mal por haber tenido a alguien y haberlo perdido.

Quizás fuese mejor lo segundo, pero a veces aliviaba ser del primer grupo y mantener viva la esperanza de que, con el tiempo, eso no te sucedería.

Aunque yo no creía en un amor para toda la vida.

–Te estás volviendo cínica –me dije.

La voz de la madre de Susana me borró los pensamientos de un plumazo.

–¿Dígame?

–Soy la ayudante del detective, señora Sants.

–¿Alguna noticia? –se le disparó la adrenalina.

–No, pero el señor Mir ha hecho progresos. Tiene localizada a la chica que captó a su hija. Es cuestión de horas, quizás un día o dos, que demos con el lugar en el que opera la secta.

–¡Gracias a Dios! –exhaló.

–Escuche: tal y como le dije ayer, necesitamos examinar el ordenador de Susana.

–Huy –musitó desfallecida.

–El tiempo es vital, señora.

–Me matará cuando vuelva.

–Usted lo ha dicho: cuando vuelva. Eso es lo más importante, ¿no?

–Sí, sí –se rindió.

–¿Puedo pasar ahora a recogerlo?

–La espero, querida.

La conversación con Marcelino había sido rápida. Con suerte, si sucedía lo que temía, podría llevar el ordenador a Bernardo. Dispondría del tiempo suficiente para llegar al ensayo.

Recordé a Néstor Aguilar.

La canción.

Lo prodigioso de mi aporte a la grabación de aquella balada.

Y seguía sin saber si sentirme halagada y feliz o... preocupada.

Mi maldito instinto a veces...

Llegué a mi destino en doce minutos. Aparqué la moto y no metí el casco en el maletero. Me lo llevé conmigo. No me gustó la forma en que me miraban media docena de chicos desde la terracita de un bar próximo. Tenían cara de revientacerraduras y adiós casco. Estaba casi nuevo. Nunca me había caído de cabeza. De culo sí, pero lo tenía blando.

Llamé al interfono y Fortu Sants me abrió desde arriba sin preguntar si era yo. Al pasar frente a los buzones me detuve a comprobar una cosa. El de la madre y la hija era explícito: Fortunata Sants y Susana Lorca. Habían quitado ya el nombre del marido y padre. Ella, además, había recuperado su propio apellido. Ya no era la señora de Lorca.

Era Fortu Sants.

Subí a pie porque un hermoso letrero anunciaba que el ascensor estaba fuera de servicio, un eufemismo para decir que estaba estropeado. La mujer me esperaba en el rellano con las manos unidas a modo de rezo y el rostro grave. Temí que me plantara dos besos y alargué el brazo para darle la mano. La tenía muy fría. Quizás estuviera fregando platos. Vestía con la misma seriedad del día anterior y calzaba unas pantuflas viejas. Me hizo cruzar el umbral, cerró la puerta y me acompañó hasta la habitación de su hija parlotando sobre la casa, lo descuidado que lo tenía todo, lo poco predispuesta que estaba a hacer nada desde la marcha de Susana, lo mal que se sentía...

—Es aquí —me abrió una puerta al final del pasillo.

Hubiera podido ser mi habitación. Una cama perfectamente hecha, un armario, una mesa para estudiar o trabajar, el ordenador, libros y discos en las estanterías, fotos y recuerdos varios, las paredes libres de pósters. Ningún famoso de plástico, ningún careto de guaperas, ningún personaje de la tele o el mundo de la farándula, corredor de motos o tenista. Paredes desnudas. La mayoría de chicas arrancaba los pósters después de la euforia de los doce, trece, catorce, quince años. A los dieciséis o diecisiete imperaba la realidad, el amor imposible pero cercano del vecino del quinto o del barrio, del instituto o de la discoteca. Imposible o posible. Siempre aparecía alguien, se buscara o no. La vida se repetía aunque a cada cual le pareciese que la suya era única, en lo bueno y en lo malo, pero sobre todo en lo malo.

Me acerqué al ordenador, un PC portátil con una impresora al lado, y lo puse en marcha.

—¿Dice que el detective ha encontrado a la persona que la captó...? —mantuvo su hábito de hablarme de usted.

—Sí, una tal Helena Soler. La conoció en una fiesta, se hicieron amigas, y ella la llevó hasta el tal Sebastián. Helena ya está localizada. Es cuestión de tiempo.

El ordenador se iluminó de pronto.

–Perdone –me senté en la silla y manipulé el ratón.

Bastaron cinco segundos.

Allí no había nada, ningún archivo o carpeta.

Susana Lorca lo había borrado todo antes de irse. O se lo llevó en un USB para mayor comodidad.

–Nada –suspiré.

–¿Cómo que nada?

–Su hija lo limpió –miré en la papelería por si acaso, con el mismo resultado–. No quiso dejar ningún rastro.

–Eso es malo, ¿verdad? Es... como si no fuera a volver nunca.

–En un ordenador siempre queda algo, señora. Los Mac tienen un vaciado de papelería seguro, y aun así... Pero éste es un PC. Los archivos no se borran del todo. Conozco a quien puede explorarlo a fondo. Ya le dije que probablemente tendría que llevármelo.

–¿Me lo devolverá?

–Por supuesto.

–No sé si...

–¿Quiere que su hija vuelva?

–Claro –se vino abajo, y sus ojos indicaban que estaba a punto de echarse a llorar.

Yo misma lo desenchufé, de la corriente y de la impresora. Una vez cerrado busqué la funda. La encontré a un lado de la mesa, bajo unos libros que la aplastaban.

–¿Ha mirado en estos cajones? –señalé la mesa.

–Sí, y no vi nada.

–¿Puedo...?

–Adelante.

Registré las cosas de la desaparecida. Su madre tenía razón. Cuatro cajones. Cuatro espacios carentes de interés para el caso. El pequeño mundo de una chica de mi edad, tan sólo unos meses mayor porque le faltaba menos para los diecinueve. Me levanté y examiné las fotos.

En todas aparecía Susana.

Amigas, amigas, amigas, en la playa, nadando, jugando al voleibol, en un campamento de verano, en la montaña, recogiendo el pequeño trofeo que tenía justo al lado...

Ninguna con su padre o su madre.

Hora de enfrentarse a la verdad.

–¿Cómo era la relación de Susana con usted? –le pregunté de golpe mientras me daba la vuelta para quedar frente a ella.

–Pues... normal, como la de cualquier madre con una hija adolescente, algo rebelde, extraña, reservada...

–¿Y con su padre?

Le cambió la cara. No soy psicóloga, pero le cambió la cara.

El brillo de los ojos desapareció. Nada de amortiguarse o cambiar: desapareció, se apagó del todo. El cuerpo se tensó, las arrugas se hicieron más profundas, la serenidad dio paso a una contenida zozobra, las manos se apretaron una contra otra.

–Bueno..., él tenía un carácter fuerte y era muy rígido... Daba un puñetazo en la mesa y se acababan las discusiones.

–¿Quería a Susana?

–¡Pues claro! ¡Qué pregunta!

–¿Y Susana a él?

–¡También! ¡Era su padre!

–Hábleme de su muerte –no quise tensar la cuerda.

–Fue una desgracia –rebajó la tensión–. Un caso de verdadera mala suerte. Sufrieron un accidente de coche, Susana y él. Mi marido murió en el acto. Mi hija en cambio no sufrió el menor daño. Ni un rasguño. Pero los dos estuvieron una hora aprisionados en el coche antes de que pudieran sacarlos. ¿Se imagina? La pobrecilla... Una hora con el cuerpo de su padre muerto al lado.

–Eso debió de ser muy traumático.

–Mucho. Estuvo bloqueada varias semanas, sin apenas hablar.

–¿Cómo fue el accidente?

–El coche se salió de la carretera en una recta, sin más.

–¿Un despiste?

–Mi marido era un buen conductor, pero ya ve.

–¿Cómo lo explicó Susana?

–Nunca ha hablado del tema. Dicen que lo ha bloqueado en su mente, que no recuerda nada.

–¿Pudo provocarlo ella sin querer y sentirse culpable?

–¿Provocarlo ella?

–Hacer que su padre mirara algo y que él se despistase, o discutir y...

–Nunca discutían.

–Ha dicho que su marido daba un golpe en la mesa y eso era todo, que se acababan las discusiones.

–Bueno..., es una forma de hablar. Nosotros sí lo hacíamos, como cualquier matrimonio. Con Susana no. La adoraba. Era la niña de sus ojos.

–De acuerdo, perdone.

Se sintió aliviada cuando acabaron las preguntas. Me puse el PC bajo el

brazo, tomé mi casco y salí de aquella habitación que, de pronto, me producía muy malas vibraciones. Debía regresar para devolvérselo, así que no seguí con mi interrogatorio.

Tenía suficiente.

Y cuanto más preguntaba, menos me gustaba.

–Estaremos en contacto –caminé lo más rápido que pude en dirección al recibidor.

–Gracias, querida.

Yo misma abrí la puerta. No le di la mano. Bajé las escaleras y Fortu Sants no la cerró hasta que desaparecí de su vista. Nada más salir a la calle vi al grupo del bar merodeando cerca de mi moto. No me detuve. Me sentía rabiosa. Hubiera podido con ellos. Con todos. Pasé por el medio, guardé el ordenador bajo el asiento, me coloqué el casco y arranqué.

–Guapa la moto –dijo uno.

–Guapa tú –dijo otro.

Mi moto no era guapa. Era un cacharro, suficiente para mí.

Yo...

Les di la espalda sin dignarme a responderles o mirarlos.

Bernardo Azcona era un ex hacker de cuidado. A los catorce podía meterse en cualquier parte. Decía que todo tenía una puerta trasera o un agujero. A los quince la policía ya le había echado el ojo y algo más. Desde los diecisiete o dieciocho era legal. Ahora andaba por los veintisiete y regentaba una tienda de informática, pero hacía diversos trabajos para muchas empresas, grandes o pequeñas, y para particulares. No quería alquilarse y depender de una multinacional. Eso atentaría contra sus principios. Iba por libre.

Cuando me vio aparecer expandió por su rostro una sonrisa de oreja a oreja y movió su destartalada figura hacia mí.

–¡Berta!

Dejé que me estrujara. Él sí. Lo hizo a conciencia y no me importó. Una vez acabados los saludos de rigor, le planté el ordenador en las manos.

–A currar.

–Mañana.

–Ahora.

–No jodas, tía.

–Han borrado los archivos y las carpetas. Necesito que encuentres algo, lo que sea. Esto puede salvar a una chica.

–¿Ahora trabajas con tu padre?

No quería contarle la historia, el intento de asesinato, recordar el pasado, explicarle por qué me había convertido en la detective más joven de la profesión. No en ese momento.

–Bernardo, ¿quieres que te lo suplique?

–¿Te arrodillarías y todo eso?

–Sí.

–Nunca he tenido a una chica de rodillas...

Lo hice. Me arrodillé.

–¿De verdad puede salvarle la vida a una chica?

–Sí.

–¿Guapa?

Saqué la foto de Susana y se la enseñé.

–Vale –dijo.

Se llevó el ordenador a una mesa, lo puso en marcha y esperó. Luego, con la pantalla iluminada, empezó a conectarle cables de otros aparatos, hasta establecer una red con ellos. En un minuto ya no estaba en este mundo, sino navegando por aquel universo incomprensible para la mayoría de mortales. Bernardo no era guapo, ni feo. Era normal. Pero el precio de su genialidad era la soledad. Lo sabía todo de ordenadores. Nada de chicas.

Me guardé la foto de Susana.

En mitad de aquel nuevo silencio, mi móvil se puso a sonar.

Primero no reconocí el número en la pantalla.

Luego...

–¿Berta?

–Sí.

–Soy Helena. Me llamaste ayer.

Me aparté un poco de Bernardo, para no molestarle y para que no pudiera escucharme si se me escapaba algo del caso. Llegué a la puerta de la tienda y me aposté en ella, de cara a la calle.

Intenté que mi voz sonara de lo más normal, pero sin olvidar que yo era una chica herida, desechada, abandonada por el cerdo de mi novio.

Una chica que buscaba nuevas amigas, un nuevo horizonte.

–¡Hola, qué alegría!, ¿qué tal?

–Bien, bien –parecía distendida–. Oye, mañana tengo que ir a Barcelona por unas cosas. ¿Quieres que quedemos?

–¡Oh, sería estupendo!

–Mejor eso que un mail, ¿no?

–Sí, mucho mejor.

–¿A qué hora te viene bien para que podamos charlar un rato, conocernos y todo eso?

–Me da igual. Puedo a cualquier hora. Di tú que vas a estar más ocupada.

–Entonces..., ¿después de comer?

–Vale.

–¿Tres y media, cuatro?

–A las cuatro, sí. ¿Dónde?

–Yo estaré por el centro. ¿En la esquina de Pelayo con plaza de Cataluña, frente al Zurich?

–Perfecto.

–¿Cómo te reconozco?

–Llevaré el casco de mi moto en la mano.

–Yo una camiseta roja. Llevo el pelo corto.

–¡Siempre he querido cortármelo! Pero él no me dejaba...

–Olvídate de eso.

–Ya.

–De verdad, tranquila. Yo ya lo estoy superando.

–¿Ah, sí?

–Conozco a otras chicas que lo han hecho. Ya te contaré.

–Tengo tantas ganas de...

–Ése es el espíritu.
 –¡Gracias por llamarme, Helena!
 –Ya verás. Hablaremos de nuestras malas experiencias y haremos un frente común contra los novios idiotas que no saben apreciarnos.
 –¡Eso!
 –Hasta mañana, Berta.
 –¡Hasta mañana!
 Guardé el teléfono en el bolsillo, como si contaminara. Entonces escuché la voz de Bernardo:
 –¡Ya está!
 Corrí hacia él. Era rápido, pero tanto...
 –¿Ya lo tienes? –aluciné.
 –Estaba chupado. Y además una chica arrodillada motiva mucho –me guiñó el ojo.
 –Quieres ligar conmigo porque seré una estrella del rock.
 –No, tú quieres ligar conmigo porque seré el próximo Mark Zuckerberg.
 –Menos lobos –le di con el codo–. Venga, ¿qué has encontrado?
 –He recuperado cinco archivos. No sé si había más, pero no creo. Es un disco duro muy limpio.
 –¿Puedes copiármelos de nuevo en el ordenador?
 –Mejor los meto en el USB y te lo doy. No querrás dejar rastros en el PC...
 –Vale.
 Manipuló los archivos recuperados. Me fijé en ellos. En uno ponía «Poemas», en otro «Diario», en el tercero «Internet», en el cuarto «Fotos»...
 –¿Y el correo electrónico?
 –No sabemos su servidor, ni su contraseña. Eso sí podría llevarme un día o más.
 –Mira el historial.
 Bernardo entró en Internet.
 –Lo han vaciado –dijo–. O eso o el dueño no ha navegado nunca.
 Cuidadosa Susana.
 No quedaba mucho más por hacer o decir. Bernardo copió los archivos borrados en un pequeño USB. Apagó el ordenador y me lo devolvió.
 –¿Qué te debo?
 –¿Salimos juntos?
 –¿La semana de los tres jueves?
 –Hablo en serio, tía.
 –¿Salir tú de este sitio para tener una cita?
 –¡Que sí!
 –Te llamaré la semana próxima.

–No lo harás.

–Te doy mi palabra. Estos días estoy liada. Te llamo y salimos a cenar.

Se abalanzó sobre mí y me apretujó de nuevo.

–Déjame que te pague al menos el USB –conseguí decirle con ahogo.

–Tengo la tira. Me los dan de promoción.

–Entonces chao. ¡Y gracias!

Le dejé feliz por haberme ayudado y por lo de la cena. Era un buen tío, y sabía que no se haría ilusiones conmigo. Y menos después de conocernos desde que yo era niña. Pertenecíamos a mundos opuestos. O quizás a universos paralelos, destinados a no encontrarse jamás.

Una vez en la calle cogí la moto, pero no fui demasiado lejos. En el primer parque por el que pasé me detuve, saqué el ordenador de debajo del asiento y me senté en un banco. Inserté el USB y abrí el primero de los archivos recuperados del disco duro.

«Diario.»

Estaba vacío.

–Mierda –me temí lo peor.

Sí, cuidadosa Susana.

Abrí el segundo, «Internet», y el tercero, «Varios», y el cuarto, «Fotos», y el quinto, «Poemas»...

La pantalla se llenó de versos y pequeños textos.

Casi no pude creerlo.

Cuatro archivos vacíos y uno...

Empecé a deslizar los ojos por algunos de los poemas y los textos: primero por encima; después, prácticamente de inmediato, a conciencia.

Porque allí estaba ella.

La verdadera Susana.

«Os odio. Os odio. Os odio a todos. Sois iguales. Sois mierda. ¿Por qué Dios creó al hombre? Falos inmaduros. Os odio. No os dais cuenta de que somos mejores, y más fuertes, mucho más, aunque nos poseáis...»

«Maldito sexo. ¿Es que no hay nada más? ¿Es que todas las noches son el refugio de la lujuria? ¿Por qué una habitación puede ser el averno y una cama la pira de los sacrificios? Creo que jamás he soñado, que nunca he dormido, que he vivido una vigilia perpetua en la que me he consumido hasta desvanecerme. Ya no soy yo, soy un residuo. No me pertenezco. Mi cuerpo es mi carga. Mi mente la losa que lo cubre con sus recuerdos.»

«Mamá, ¿por qué el silencio? Papá, ¿qué te hice? Vida, ¿por qué me escogiste?»

«Te has ido y escupiré sobre tu tumba. Te has ido y vivo por fin. Te has ido

y no hay infierno para ti. Pero me duele, y no sé por qué. ¿Acaso te necesitaba?»

«Marcelino, ¿por qué has tardado tanto? Ahora eres mi luz, mi esperanza. Tengo miedo. No quiero fallar, pero tengo miedo. Ayúdame tú. Te lo ruego. He caminado tanto para llegar a un nuevo comienzo.»

Cerré los ojos y sentí una mano apretándome la conciencia.

Y el cerebro, y el estómago, y el corazón.

No hacía falta ser muy lista para ver la realidad, más allá de todo lo demás. La realidad de una chica sometida a abusos por parte de su padre. «La niña de sus ojos.» El peor de los castigos cuando es quien te ha dado la vida el que te empuja a la muerte. Y la propia madre..., o lo sabía y callaba o era estúpida o las dos cosas a la vez.

«Mamá, ¿por qué el silencio? Papá, ¿qué te hice? Vida, ¿por qué me escogiste?»

Me dejé caer hacia atrás en el banco, abatida. Estaba buscando a una chica fugada de su casa después de vivir un infierno del que sólo el amor, y por muy breve tiempo, la había rescatado. Una pieza fácil, muy fácil, para los Sebastianes del mundo, los depredadores de la fragilidad humana. Susana Lorca había saltado de la sartén para caer en las brasas.

Más fuego para devorarla.

Nadie la rescataría si primero no se rescataba a sí misma.

¿Y cómo se hacía eso?

¿Volviendo a casa, con su madre?

Sebastián era ahora su luz.

«No te involucres, Berta», escuché la voz de papá. «Es un trabajo. Hazlo. No tomes partido. Investiga, haz un informe, cobra y adiós.»

Sí, yo me involucraba, y tomaba partido, siempre lo hacía en mis casos.

Me quedé en el banco, la cabeza me daba vueltas, y seguí leyendo algunos más de los poemas y pequeños textos de mi perseguida.

Algunos más.

Algunos se remontaban a la misma niñez.

Hasta que sentí náuseas, extraje el USB y apagué el ordenador.

Tenía tiempo, mucho tiempo para llegar al ensayo.

Y ningún deseo de ponerme en pie.

La tarde era hermosa.

Tan apacible y tranquila...

Volví al local de ensayo y cargué con el ordenador de Susana, por si las moscas. No quise dejarlo guardado debajo del sillín. Mientras caminaba por la nave, vi la puerta del cubículo de Néstor Aguilar. Trabajaban duro, porque seguían allí. Me acerqué un poco para escuchar su música y pillé la parte final de un tema muy fuerte, adrenalina pura. Mi nuevo amigo se desenvolvía tan bien en lo duro como en las baladas. Iba a pegar, seguro. Lo tenía todo: imagen, voz, talento... Casi me dio envidia. Claro que él era ya un tío mayor y yo apenas una cría que empezaba. Todo dependía de mí, de lo que pusiera para llegar y de mi evolución.

El día que lograra superar tantas dudas, tanta inseguridad, tantos ecos de la adolescencia...

Me aparté de la puerta al terminar la canción, por miedo de que alguien saliera y me pillara como un pasmarote. A los tres pasos volvieron a tocarla y entonces me detuve. ¿Ya estaba huyendo? ¿Me comportaba como una tonta? Di media vuelta y con todo mi morro entreabrí la puerta. No quería interrumpir, sólo que él supiera que estaba allí.

Volvió la cabeza, me vio, y sin dejar de cantar me guiñó un ojo.

Yo le sonreí.

Luego cerré la puerta y, medio tranquila y medio nerviosa, me fui a nuestro local.

Llegué la primera. Volví a coger la guitarra acústica de Marcos y canté la canción entera pensando que le faltaban estrofas, algo más en la letra. En parte era repetitiva, pero ésa era la gracia. Hablaba de una revolución y del fin del mundo. Llevaba tiempo escuchando a los grandes poetas de la historia del rock, Dylan, Cohen, Waits. Como solista, ésa era mi línea.

Por una vez, Sandra apareció antes que Lucas e Iván. Venía de compras. Me enseñó lo que llevaba en las dos bolsas y me pareció divino. En su cuerpo, encima, quedaba perfecto. Le sentaba de maravilla.

—Esto me lo pondré en alguna actuación —me dijo llena de felicidad ante un minivestido que se le ajustaba como una segunda piel—. Ya sé lo que gritarán los babosos, pero...

—Que les den.

–Eso, ¡que les den! –hizo un gesto pasota–. Oye, lo que estabas cantando estaba bien.

–Aún no la he terminado.

–Podrías cantar algo tú en mitad de algunas actuaciones.

No me esperaba algo así.

–Gracias.

Alzó las cejas.

–No me las des. Somos un grupo. Iván tiene su solo de batería, Marcos el de guitarra, Lucas el de piano. No veo por qué tú no puedes tener tu momento. Si no es al bajo, que sea con otra cosa.

Dejamos de hablar al llegar los dos hermanos. Marcos lo hizo casi a continuación.

–Berta tiene una canción preciosa –insistió Sandra.

–¿Ah, sí? –Marcos ni me miró.

Lucas iba a decir algo, pero el guitarra no le dejó.

–He hablado ya con Mario Auladell –captó nuestra atención–. Le he dicho lo que pensamos, que tocar de forma seguida en el club de Cadaqués este verano nos parece bien, porque es trabajo y eso nos permite hacer directos, pero que por otra parte nos gustaría algo más, si es posible.

–¿Qué te ha dicho? –quiso saber Iván.

–Puedes imaginarte. Que si somos nuevos, que si no tenemos un disco, que si no nos conoce ni Dios, que los ayuntamientos han cerrado el grifo del dinero para las fiestas mayores... Pero luego ha reconocido que somos buenos, y que si le elegimos como mánager se matará por nosotros. Al comienzo habrá poco dinero.

–Actuar es lo importante –dijo Lucas.

Todos sabíamos que un grupo se hace tocando en vivo, no únicamente en el local de ensayo. El contacto con el público era fundamental.

–¿Qué hacemos? –preguntó Sandra.

–Yo pensaba llamar a los de Music & Bolos.

–Ésos no nos harán caso –opiné yo.

–Que vengan a vernos y decidan.

–No me fío yo de los grandes tinglados –me apoyó Lucas.

Marcos mostró su irritación.

–¿Y qué queréis? Grabar un disco nos va a costar un mínimo de seis mil euros. Eso tirando por lo bajo. Son mil doscientos por cabeza. ¿Los tenéis?

–Yo puedo vender mis discos –se resignó Iván.

–Yo mi colección de cómics –se apuntó su hermano.

–Tú trabajas, al menos sacas pasta –se dirigió a mí Marcos.

–¿Te recuerdo cómo tengo a mi padre?

Nos miramos. Que hubiera rechazado a Marcos después de haber estado colada por él había creado la típica tensión sexual no resuelta. Lucas era el otro extremo. Por lo menos no me insistía en lo de irnos, dejar el grupo y montárnoslo por nuestra cuenta. La actuación de Cadaqués había sido clave para ver nuestro potencial. Éramos cinco personas distintas, pero en escena habíamos sido un grupo. En muchas bandas los componentes no eran ni siquiera amigos. Tocando sí.

Claro que eso eran bandas ya muy profesionales, que llevaban años.

Al comienzo todos se habían necesitado.

–Vamos a ahorrar –propuso Lucas–. Que Mario nos busque algo. Si actuamos en Cadaqués, bien. Después del verano decidimos qué hacer, cómo y cuándo. Los estudios de grabación no se contratan de un día para otro. Hay cola. Puede que tardemos meses, un año, en conseguir grabar nuestras canciones. Eso nos da un margen de tiempo. Mientras, también podemos mandar maquetas a las compañías discográficas.

–¿Qué decís? –nos miró Iván.

–Estoy de acuerdo –fui la primera en hablar.

Marcos y Sandra asintieron. No era mucho, pero sí una hoja de ruta. Era la primera vez que hablábamos tanto y tan seguido de nuestro futuro, tomando decisiones.

–¿Ensayamos? –dije.

Tomé mi bajo. Los demás ocuparon sus puestos.

–Por si vamos a Cadaqués, recordad que allí nos pidieron temas clásicos y muuucha marcha –bromeó Iván–. Necesitamos repertorio rockero.

Marcos punteó las primeras notas de «Johnny B. Goode».

Iván y yo nos miramos y entramos al alimón, como una buena sección de ritmo compenetrada. Lucas machacó el piano eléctrico. La última fue Sandra. Cuando dejaba de ser una princesa y se ponía a cantar en serio, soltando su vozarrón, era espectacular.

Fueron dos buenas horas.

Muy buenas.

Nos quedaban apenas quince minutos cuando se abrió la puerta y se asomó Néstor Aguilar. Los demás no le conocían. Yo sí.

–Pasa –le dije.

–No quiero molestar. Sé que hay grupos que no quieren espectadores.

–Es Néstor Aguilar –lo presenté–. Nos hemos visto antes –señalé a mis compañeros–. Sandra, Marcos, Iván y Lucas.

Temí que Néstor hablara de mi participación en su canción a primera hora de la tarde. Por suerte no fue así.

–Os he oído tocar desde el otro lado de la puerta y sois muy buenos. ¿Puedo

quedarme cinco minutos?

–Claro –dijo Marcos–. ¿Quieres escuchar algo nuestro?

Por algo nuestro se refería a algo suyo, pero nadie dijo nada. Sandra era la voz y él, aunque a veces nos pesara, la estrella, posiblemente el líder implícito, aunque tratábamos de que no se pasara.

–Me encantaría.

–¿Vamos con «Nebulosa»? –propuso el guitarra.

Tocamos «Nebulosa», un tema rápido aunque no frenético. Marcos se lucía en él. Su solo, bien trabajado, era efectivo. Sandra también se desmelenó.

Pero a quien miraba nuestro invitado era a mí.

Tanto que al final tuve que ponerme de lado para centrarme en el ritmo.

Lucas se dio cuenta.

Cuando terminamos la canción recibimos sus elogios. Para entonces yo me sentía más que incómoda: bloqueada. Temía lo que iba a suceder. Lo presentía.

Y Néstor lo hizo.

–¿Cuándo termináis el ensayo? –me preguntó.

–Ahora, ya.

–¿Tienes algo que hacer?

Me puse roja y no pude disimularlo mucho.

–No –fui sincera.

–¿Por qué no nos tomamos algo y charlamos?

No había ido a comer a casa, no había visto a papá en todo el día, me sentía culpable pese a la excusa del trabajo. Ahora...

–Vale –me oí decir a mí misma.

Me sorprendí al escuchar mi propia voz manifestando lo contrario de lo que pensaba mi cerebro.

–Voy a recoger mis cosas –se apartó Néstor.

Mientras caminaba hacia su local, Marcos nos dijo adiós. Lucas me miraba de soslayo. Iván sonreía. La única que habló fue Sandra.

–Está como un queso, tía –me susurró al oído–. A por él.

–No seas...

No me dejó terminar la frase. Soltó una carcajada, me guiñó un ojo y siguió al resto.

–¡Cierra tú! –me gritó.

Los vi alejarse y me sentí sola, muy sola. Tenía dieciocho años y un tío de veinticuatro me invitaba «a tomar algo y charlar». Genial. Genial del todo si no fuera porque yo me sentía rara, solitaria, llena de inseguridades sentimentales. Además, al cantar en su canción... No sé, la música, cuando se comparte, es un poderoso aditivo. Más aún: un afrodisíaco.

–¿Ya te estás montando la película? –me puse rabiosa–. Sólo te ha invitado a

tomar algo. ¡Somos músicos! ¿Qué tiene de extraño...?

Néstor Aguilar debía de tener a las chicas que quisiera.

Le vi regresar. Caminaba con aplomo. Era de los que pisaban fuerte y seguro. Cerré nuestro local y me enfrenté a él. Más que guapo era resultón, tenía ángel, un atractivo que emanaba de su fuerte personalidad. Su sonrisa me desarmó por completo.

–¿Lista?

Nos dirigimos a la puerta principal. Yo llevaba el casco y el ordenador de Susana. Mi moto estaba a un lado, pero él me señaló un coche, un viejo Seat. Lo tenía reluciente.

–Vamos en mi coche –dijo–. Luego te acompaño hasta aquí otra vez para que recojas tu moto.

–Pensaba que tomaríamos algo por aquí.

–No –fue lacónico.

Le seguí sumisa hasta su vehículo.

Comprendí que «tomar algo y charlar» significaba «cenar» cuando me contó que el sitio al que íbamos me encantaría y que la comida era muy buena. Me daba vergüenza, pero no tuve más remedio que telefonar a mi abuela delante de él.

El diálogo no fue precisamente relajado.

–No has venido a comer, ahora no vienes a cenar –me espetó en un tono que no dejaba lugar a dudas–. ¿Vendrás a dormir?

–Abuela, estoy trabajando, recuérdalo. A veces tengo que hacerlo de noche, ya lo habíamos hablado –intentaba no elevar la voz, pero era imposible que él no me oyera–. ¿Crees que lo hago por fastidiar o qué?

–El día menos pensado...

–¿El día menos pensado qué? ¿Apareceré flotando en el Llobregat?

–¡Ay, calla!

–Pues no me des siempre la vara, por favor.

Oí su respiración, profunda, resignada. Un hijo tumbado en la cama como un vegetal y una nieta que, de pronto, ocupaba su lugar haciendo un trabajo nada convencional.

–La próxima vez no te llamo –la amenacé.

–Tengo el teléfono al lado de la cama. Si pasa algo, llama.

–Te lo prometo.

Corté la comunicación, guardé el móvil y miré hacia delante.

Néstor Aguilar no dijo nada.

Lo agradecí.

–Sonáis muy bien –dijo por fin.

–Sí, ¿verdad?

–¿Cuánto lleváis juntos?

–Nueve meses.

–¿Actuáis, vais a grabar...?

Le conté el momento en que estábamos, algo que nunca había hecho con nadie. Le hablé de nuestros planes, expectativas...

–La cantante y el guitarra son las estrellas, ¿verdad?

–Un poco.

–El teclista es muy bueno.

–Lucas. Sí, mucho.

–Tú también lo haces bien, aunque pienso que desperdicias tu talento tocando el bajo y como segunda voz –me miró de reojo–. ¿Por qué no cantas sola?

–No me atrevo.

–Pues deberías. La maldita leyenda de que los bajos son guitarras frustrados no es buena.

–¿Y la de que las segundas voces lo son porque no son lo bastante guapas para ser las solistas?

–Otra tontería.

Había sido un comentario estúpido. ¿Qué esperaba, un halago? Me estaba comportando como lo que era: una chica de dieciocho años, recién salida de la adolescencia, con un chico mayor, y encima cantante.

Sentí un retortijón en el estómago.

Y entonces la rabia me hizo crecer. De golpe.

Yo era yo, para lo bueno y para lo malo. Yo.

Un mundo.

–¿Quién compone los temas? –siguió hablando Néstor.

Charlamos de cosas triviales a partir de ese momento. De nuestras canciones, de las suyas, de cómo las trabajaba, de su evolución como cantante... Había estado desde los dieciséis años sobre un escenario, primero en orquestas populares, luego en un grupo, y en otro, y en otro más. Llevaba dos años solo, preparándose para dar el gran salto. E iba a darlo ahora que una gran compañía discográfica apostaba por él. Comparado con nosotros, que estábamos empezando, la suya era una carrera hecha con aplomo, despacio, eficaz y paso a paso. Néstor no era un guaperas surgido de la nada. Se lo había currado.

Lo tenía claro.

–Es aquí –detuvo finalmente el coche.

El restaurante era un encanto, italiano, con manteles a cuadros rojos y blancos en las mesas, velitas e intimidad. Le conocían, porque todos le saludaron, desde la camarera hasta el cocinero pasando por la dueña. Yo me sentí asaeteada por las miradas. Cuando nos sentamos en una mesa apartada me di cuenta de que en la pared, justo al lado, tenía una fotografía suya tocando la guitarra y desmelenándose en un concierto, con el pelo mucho más largo.

–Tenía diecinueve años –se excusó.

–¿O sea que dentro de poco yo también me reiré de mi aspecto de ahora?

–No, mujer, no.

Nos pusieron en las manos la carta. Néstor ni la miró. Ya sabía lo que quería.

Yo la leí por encima. Había comido un bocadillo a mediodía y tenía hambre, pero me daba corte parecer una tragona.

Otra estupidez.

—Las pizzas son enormes, y muy buenas. Pasan como si nada —me sugirió él.

Pedí una pizza Cuatro Estaciones y agua. Él, «la suya» y una cerveza. Cuando nos quedamos solos me miró y volvió a desarmarme con una de sus sonrisas.

—¿Has traído aquí a muchas? —me dio por preguntar.

—No.

—No me hagas caso —agité la cabeza de lado a lado—. No suelo salir mucho y a veces soy demasiado brusca o meto la pata o...

—¿Trabajas en algo o aún estudias?

—Trabajo en una agencia de detectives.

—¿En serio? —logré sorprenderle.

—Sí.

—Pero eso es... fascinante, ¿no?

—Según se mire. La mayoría de casos son vulgares, seguir a gente y cosas así.

—¿Cómo te metiste en eso?

—La agencia es de mi padre, aunque él..., bueno, tuvo un accidente y ahora está paralizado.

Le contaba mis secretos a un desconocido.

¿Era mi forma de integrarme, de ser «normal»?

—¿Paralizado?

—¿Te importa que no hablemos de eso, por favor?

—No, claro, perdona.

La camarera nos trajo las bebidas. Era una chica de unos veintipocos, redondita, simpática. Ella sí devoró a Néstor con los ojos, y se puso roja cuando él le dijo una picardía. Se marchó igual que una mariposa, revoloteando incierta para recuperar la estabilidad.

—¿Tienes un mánager? —retomé el hilo de la conversación que más me interesaba.

—Sí, y es bueno. Sabe planificar las cosas y huye del dinero fácil.

—Supongo que no crees en la suerte.

—No. Creo en el trabajo. Hace tiempo me propusieron ir a uno de esos programas de la tele, un concurso de voces nuevas. Me lo propusieron más por la pinta que por la voz. Me negué a hacer el idiota y ser pasto de la fama repentina que dura lo que un constipado. Prefiero ir despacio y quedarme a ser flor de un día.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Ahora sé que estoy en el camino. A la compañía le gustaron mis canciones.

El único cambio, lógico, es que en lugar de ir solo tendré un grupo. Ellos son muy buenos, profesionales, y me han ayudado mucho. La discográfica no quería que fuera solista. Dijeron que ya tendría tiempo para eso.

–Pero de hecho vas de solista.

–Bueno, sí, pero...

–¿No te da miedo?

–No. Llevo toda la vida esperando esto. Un disco –puso cara de éxtasis–. Son mis canciones, y ahora todo el mundo va a escucharlas. Me muero de ganas de grabarlo, y luego de echarme a la carretera. La compañía se está gastando una pasta, la verdad.

–Algún día podré contar que cené contigo –levanté mi vaso para brindar.

–No seas boba.

–¿No quieres ser una estrella?

–Supongo que sí, como todos, pero lo que más quiero es vivir cantando y componiendo. La fama asusta, el precio que has de pagar, la pérdida de la libertad y la intimidad...

–Debe de ser duro. No todo el mundo está preparado para resistirlo.

–Por eso los que triunfan de la noche a la mañana sucumben. Espero que los años que llevo pateándome los escenarios me sirvan de algo y no me vuelva gilipollas. Además, quiero viajar. Hace años estuve con mis padres en algunos países de Latinoamérica, y me fascinaron. Quiero cantar en México, en Colombia, en Perú...

–Comerte el mundo.

–No te rías.

–No me río. Estoy admirada. Para uno que tiene las cosas claras...

–¿Tú no las tienes?

–Estoy en ello.

–Con tu trabajo, tendrás un montón de experiencias.

Pensé en mi trabajo como motor de experiencias y me di cuenta de que no había escrito ninguna canción partiendo de ellas. O sea que, o bien no eran muy gratificantes, o bien no me inspiraban nada.

Inesperadamente mi cabeza se llenó de cosas, ruidos, imágenes, secuencias. Mi padre en cama, mi madre con otro, la abuela en plan pedrusco, el grupo, la ausencia de una mejor amiga con la que compartir intimidades...

¿Seguía buscándome a mí misma?

¿Tan largo, difícil y complejo era eso?

Me salvó la llegada de la cena. Justo a tiempo, porque iba a deprimirme y casi a echarme a llorar, cosa que hacía con demasiada frecuencia en las últimas semanas.

La pizza era increíble.

Y la noche, poco a poco, despacio, se acabó convirtiendo en algo muy plácido.

Néstor consiguió lo impensable. Sin saberlo, pero lo consiguió.

Serenarme.

Hacer que me sintiera como una chica normal y corriente, cenando con un chico normal y corriente, en una noche normal y corriente.

Aunque sólo fuera una ilusión.

Me sorprendí a mí misma riendo con ganas dos o tres veces, sin el fantasma de Susana Lorca, sin el miedo por el asesinato de Damián Gómez Pedrell, libre. Me sorprendí porque desde lo de papá yo no solía reír demasiado. Sentía una carga, un peso insondable sobre mis hombros. Néstor y yo hablamos de muchas cosas, de música, de grupos, cantantes, canciones. Me contó algunas anécdotas divertidas de sus años como solista de orquestas populares, me habló de una en la que el alcalde de un pueblo le sorprendió con su hija y la emprendió a perdigonazos, y de otra en la que una chica se había escondido desnuda en su habitación para esperarle. Era divertido, ocurrente. Demasiado bueno para ser real.

Cuando nos trajeron la cuenta, yo quise pagar mi parte y no me dejó.

—Oye, no es por galantería, es que te he invitado y, por suerte, el adelanto de la discográfica me permite creer que soy rico.

Pagó él.

No me sentí cómoda pero pagó él.

Fue entonces, mientras esperaba el cambio, antes de marcharnos, cuando me lo dijo.

—¿Por qué no te unes a mi grupo?

El golpe de la noche anterior, cuyo chichón había ido menguando un poco a lo largo del día, no me dejó tan conmocionada.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Creo que a ellos les gustaría. Lo comentamos cuando te fuiste. Nadie había pensado en una voz de coro. La canción ganó mucho.

—¿Hablas en serio?

-Por completo.
 -No me veo haciendo de florero sólo para dos o tres temas.
 -Podrías hacer algo más.
 -¿Qué, tocar la pandereta?
 -Piénsatelo.
 -Ya lo he pensado. Tengo a mi grupo, me gusta. Ahí soy una parte de cinco. Quizás no la más importante, pero está bien.
 -¿Y grabar el disco con nosotros?
 -Pero si hay cien chicas más expertas y con mejor voz.
 -Tú te lo mereces. Se me ocurrió lo del coro cuando te oí... Sin ti ni lo habría imaginado -hizo una pausa vehemente y se inclinó hacia delante, sobre la mesa-. Grabar un disco no te obliga a nada. Y es dinero.
 Podía verle la niña de los ojos, sentir su respiración, olerle.
 -¿Eres siempre así?
 -¿Así? ¿Cómo?
 -Tan rápido.
 -Bastante.
 -¿Las cazas al vuelo?
 -Soy lanzado porque sé lo que quiero, y más cuando lo veo. Tengo instinto.
 -Se nota.
 -No te rías.
 -Yo también tengo instinto.
 -¿Y qué te dice el tuyo?
 -Que esto es una estupenda película, pero no la mía. Todavía no.
 -¿Por qué? -insistió.
 -Nos hemos conocido hoy y ya estamos cenando juntos. Ahora me pides que me una a tu grupo o que grabe el disco contigo. ¿Te parece normal?
 -Bienvenida al mundo de la música.
 -Eso es una excusa.
 -No -sonrió con encanto-. Todos estamos locos, y nos gusta, por eso formamos parte de ello o queremos formar parte en el futuro. La música es vértigo, se llame como se llame. La velocidad es una energía vital que nos acompaña.
 -Yo no quiero que las cosas vayan rápidas. El vértigo me asusta.
 -¿De qué tienes miedo, Berta?
 -De muchas cosas, de meter la pata, de precipitarme, de equivocarme, de perderme lo importante por encantarme con lo superfluo...
 -Pareces mayor.
 -Vieja.
 -No, mayor. Equivocarse forma parte de la vida. La experiencia es la suma de

nuestros errores.

–Eso es de Oscar Wilde.

–Encima culta.

Me puse roja. Tener un coeficiente intelectual alto, muy superior a la media, me había producido siempre resaca, y a veces me había dejado con el culo al aire, sola. En el instituto yo era la que leía, la que sacaba buenas notas sin estudiar, la que lo tenía todo claro.

En el instituto.

La vida era algo distinto.

–¿Sabes que eres la primera chica con la que hablo en mucho tiempo?

–¿Qué es para ti mucho tiempo?

–Un par de meses, desde que la compañía empezó a hablar del tema, la grabación, la gira, el contrato...

–No te creo.

–He dicho «con la que hablo».

Le trajeron la vuelta y aproveché para levantarme. Era tarde. Demasiado tarde. Tenía que ir a por la moto y llegar a casa. Con suerte aún podría ver a papá y tranquilizar a la abuela. Me excusé y fui al servicio. Meé, me lavé las manos y me miré al espejo. Otra vez yo, pero distinta desde la mañana. En un día podían suceder muchas cosas.

Y todavía quedaba el epílogo.

Cuando me reuní con Néstor en la puerta de la pizzería, bromeaba en compañía de la dueña y el cocinero. Me despedí de ellos, dejé que me observaran, seguramente preguntándose qué era yo para él, y caminamos hasta el coche. Arrancó en silencio y yo bajé la ventanilla. La noche era hermosa. Una noche preveraniega con la temperatura ideal y el cielo repleto de estrellas.

Nos detuvimos en un semáforo y vi a unas chicas que pegaban carteles en el muro de una vieja fábrica. Ni prohibiciones ni nada. Allí no había ningún aviso. No importaba que la pared ya estuviese llena de otros carteles, algunos, quizás, recién puestos. Ellas a lo suyo. Les pagaban por hacerlo y punto. Nadie se preocupaba de buscar una pared libre o un pirulí urbano disponible para ello, ya que escaseaban. Cuanto antes acabasen, antes se irían a sus casas. Una mojaba un largo cepillo en un cubo lleno de algo que parecía argamasa y la otra fijaba los grandes rectángulos de papel. Iban a toda mecha. La pared ya casi estaba llena. Era imposible no ver lo que se anunciaba: la gira de un grupo.

No supe por qué, pero me estremecí.

Una campanita empezó a repicar en mi cabeza.

Una alarma poco concreta.

El coche arrancó y dejamos a las chicas atrás. Apenas intercambiamos media

docena de palabras más. Yo ya tenía la cabeza en otra parte. Casi sin darme cuenta, habíamos llegado al local de ensayo y estábamos junto a mi moto.

—¿Alguna vez te ha sucedido que acabas de conocer a alguien y es como si lo conocieras desde hace mucho tiempo, de toda la vida incluso? —dijo Néstor.

—A veces.

Se inclinó sobre mí. Lo hizo despacio, avanzando centímetro a centímetro. Su mano tocó mi brazo. Fue electrizante, pero no lo retiré. Sostuve su mirada creyendo que todo sería muy rápido.

—¿Puedo besarte?

Los chicos de mi edad lo habrían intentado sin más. En su caso, algo mayor, con más motivos.

Y él me lo pedía.

Me lo preguntaba.

—Si hubieras atacado te habría dado una bofetada —exhalé sin mucho convencimiento.

—¿Y así?

Qué diablos, me gustaba.

Sólo era un beso.

Una noche perfecta, un beso perfecto.

¿Por qué no?

Desconecté el chip de mi cerebro. Cerré los ojos y yo misma cubrí mi distancia, la que me separaba de él. Corta y larga al mismo tiempo. Nos encontramos en mitad de nosotros mismos y nuestros labios se unieron, primero de forma delicada, un roce, después con mayor intensidad, para sentirnos. Lentamente los entreabrimos. Los olores, las sensaciones, el sabor, todo comenzó a interactuar con intensidad. Se me nubló la mente. No sé si transcurrieron dos minutos o dos horas. Tal vez sólo fueron segundos. Suficientes para llegar al cielo y columpiarme en él.

Cuando nos separamos me di cuenta de que tenía su mano en mi mejilla.

—Bien —suspiró Néstor.

—Gracias —dije yo.

—¿Por el beso?

—Por la cena y la noche —sonreí esquiva.

—Espera...

—No, es tarde. Mañana tengo cosas que hacer.

Me dejó ir. No me retuvo. Ni siquiera forzamos la situación con un beso rápido de despedida que, a lo mejor, ni habría sido tan rápido ni mucho menos de despedida. Abrí la puerta de mi lado y puse los pies en la tierra.

Nunca mejor dicho.

Poner los pies en la tierra.

Me coloqué el casco y guardé el dichoso ordenador de Susana. En el momento de arrancar la moto, Néstor hizo lo mismo con el coche. Nos despedimos agitando la mano a la vez.

Y mientras recorría los primeros metros de mi regreso a casa, inesperadamente, la dichosa alarma se disparó de nuevo.

Dejé de pensar en el beso.

Los carteles.

La escena del crimen llena de carteles.

El sin techo.

«Vi el mal. Y el mal no es bueno. Salió de la pared. Pasó por mi lado, le vi la cara. La luz le bañó pero él era oscuro. Ahora ya no está, se ha ido.»

¿Quién diablos podía «salir» de una pared?

—Oh, Dios... —gemí de pronto.

Ya era muy tarde para volver a la escena del crimen, debajo del puente. Ni loca hubiera regresado allí de noche, sola. Necesitaba a «mi padre», mi amigo sin techo..., pero tener que buscarle en medio de aquella porquería, las ratas...

Lo sorprendente era que él viviese allí.

El otro mundo.

La otra Barcelona.

Quizás mi idea no tuviera ningún sentido y aquel pobre desgraciado sólo había hablado desde su locura.

«Vi el mal. Y el mal no es bueno. Salió de la pared. Pasó por mi lado, le vi la cara. La luz le bañó pero él era oscuro... Ahora ya no está, se ha ido.»

¿A qué se refería? La simple idea era tan absurda...

Paredes llenas de carteles anunciando cosas, discos, giras, obras de teatro...

Se impuso la lógica y enfilé rumbo a casa. Quería ver a papá y dejar que la abuela se acostara tranquila. De camino recuperaré el instante del beso, las sensaciones, el hormigueo en el estómago.

Un beso.

Hacía tanto que no...

Yo con un guaperas, una futura estrella de la música, y seis años mayor. Alucinante. Me hubiera echado a reír, con ganas, de no seguir saboreando el momento, con el olor de Néstor en mi rostro y el sabor de su boca en la mía.

Qué diablos.

Había estado bien.

—¡Sí!

Grité y aceleré justo a tiempo de pasar un semáforo a punto de ponerse en rojo.

Llegué a casa y cuando estaba a punto de entrar en el portal recordé el maldito ordenador de Susana. Regresé y lo saqué de debajo del asiento para subirlo conmigo. Cuando abrí la puerta sentí cierto alivio. Como un caracol, la concha me abrigaba. Dejé el casco y el ordenador en mi cuarto y busqué a la abuela. Ya se había acostado, pero tenía la luz encendida. Metí la cabeza por el hueco y la vi en la cama, con las manos cruzadas sobre el regazo, más tiesa que un palo.

Parecía muerta.

–Hola –me dijo.

Rechacé la imagen que me sugería.

–Hola, abuela. Ya he cenado –fui más rápida que ella–. Una pizza sensacional, de verdad.

–Estás en los huesos –me endilgó.

–No es verdad.

–Pues bueno.

–¿Qué tal el día?

–Bien.

–Voy a ver a papá.

–Berta –me detuvo.

–¿Sí?

–¿Es peligroso el caso en el que andas?

–No. Pesado sí, peligroso no. Busco a una chica que se ha ido de casa.

–¿Por qué se ha ido?

–Una secta o algo así.

–Hay gente para todo –rezongó.

–Hasta mañana.

Cerré la puerta y caminé hasta la habitación de papá. Nunca sabía si dormía o no. Era un misterio. Lo único que quería era sentarme a su lado. Nada más. Si intuía que estaba allí, o lo entendía de alguna forma más precisa, movería el dedo. Abrí la puerta. La lucecita siempre encendida diseminó mi sombra como un espectro mientras me movía. Ocupé la silla contigua a la cama y le miré la mano.

Contuve la respiración.

El dedo se movió.

Sentí alivio. Le tomé la mano y dejé que sus dedos reposaran en mi palma. Me incliné para besarle el dorso y dejé mi cabeza así unos segundos. Tuve que incorporarme cuando comenzó a dibujar las letras en mi piel.

«H O L A»

–Siento haber estado todo el día fuera. Te he echado de menos.

«Q T»

–Bien.

El dedo me acarició suavemente, arriba y abajo.

Tanta intensidad sólo con un delicado gesto.

–Creo que mañana encontraré a la chica de la secta.

«B U E N A»

–Debo de serlo, sí. Tus genes funcionan.

Tardó unos segundos en volver a «hablar».

«D I M A D Y P N T»

A veces tenía que ser lista y muy rápida para pillarle. Parecía tener quince años y enviar SMS comiéndose las palabras.

—¿Que se lo diga a su madre y punto? Ya, claro, sí.

«J A»

—¿Cómo que «¡Ja!»?

«T R E S E N C»

—Mi trabajo es encontrarla, ya lo sé, pero tendré que estar segura de que está ahí, ¿no?

«T O Z»

—No soy tozuda.

Me conocía demasiado bien.

Susana buscaba fuera de su casa el amor que creía haber perdido en la suya. Quedarse en la secta, probablemente, representaba perderse para siempre. Pero regresar a su casa, al lugar en el que había sucedido todo cuando vivía su padre, tal vez fuese un infierno peor para su mente. Y no podía escaparse con Marcelino. Eso sólo pasa en las películas. Es fácil de decir, pero difícil de llevar a la práctica.

Papá volvió a mandarme un mensaje.

«¿.C H J S T A ?»

—Eso ya está arreglado —mentí sin saber si podía detectar la aceleración de mi pulso al hacerlo.

«F A C I L»

—Más de lo que pensaba. Y pagaron mil euros.

Tardó otro poco en volver a escribir letras en mi mano.

«T Q»

—Yo también te quiero, papá.

Me acerqué y le di cuatro besos. Frente, mejillas y la punta de la nariz. Luego le abracé fuerte.

Salí de la habitación y fui al baño. El chichón menguaba, pero todavía dolía. Me lavé los dientes y me preparé para dormir, aunque no tenía ni pizca de sueño. Cuando me senté en la cama me pregunté si mi estado de excitación era por el tema inconcluso del chantajista pelirrojo, por lo que había descubierto de Susana Lorca... o por el inusitado beso de Néstor.

Un chico al que había conocido aquel mismo día.

Bueno..., ¿chico?

Me toqué los labios con la mano. El beso aún me ardía. Me había lavado los dientes pero el sabor seguía allí, pegado a mi piel. ¿Por qué le había dejado que me besara? ¿Porque me lo pidió y eso me desconcertó? ¿Por guapo? ¿Porque lo necesitaba de alguna forma para sentirme viva y... mujer? Sí, un contacto

humano y cálido. Había mil razones, y a lo mejor todas eran válidas. ¿Quizá porque era músico, cantante y compositor? Néstor tenía sensibilidad, y a mí la gente creativa siempre me había puesto las pilas. La admiraba tanto como la respetaba. Que alguien así se interesara en mí, y me pidiera un beso, podía ser un regalo, o un reconocimiento.

Dejé de psicoanalizarme.

O más bien lo intenté.

Seguía estando sola, tenía dieciocho años, jugaba a los detectives, me había caído encima una responsabilidad enorme. Cada vez que me sentía perdida, no sé de dónde sacaba las fuerzas. Un rato antes había estado a punto de acostarme con un desconocido...

Me habría arrepentido, pero por un momento...

Ahora quedaban las consecuencias.

Néstor querría más.

Y estaba su propuesta de unirme a su grupo.

No tenía sueño, y no quería seguir con la danza de mis pensamientos en la cabeza. Me senté en mi mesa de trabajo y puse en marcha el ordenador de Susana. Inserté el USB y volví a entrar en el archivo de los poemas. Leí algunos más, asombrosos, aterradores, sinceros, desnudos, reveladores... Si Goya había pintado los horrores de la guerra, Susana tenía allí descritos los de su infancia y adolescencia. Lo que leía era la declaración de una mujer rota, llena de odio y amor a la vez. El odio con el que había vivido y crecido, y el amor que buscaba.

Me pregunté cómo sería el tal Sebastián.

De qué iba su secta.

Seguí leyendo dos o tres minutos hasta que en la pantalla apareció el indicador de que la batería estaba baja.

No me dio tiempo ni a cortar.

El ordenador se apagó solo.

Comenzar un día con un montón de cosas que hacer es bueno. Escoger el orden es lo peor. Quería estar en tres sitios a la vez. Por lo menos no me quedé dormida. Me levanté a las nueve de la mañana y después de ducharme me vestí y bajé a comprar el periódico. La noticia del asesinato de mi pelirrojo sí salía esta vez en un recuadro de la página de sucesos. También se mencionaba que el piso del muerto, D.G.P., había sido incendiado con posterioridad y como consecuencia de ello una anciana había muerto. Con razón el recuadro era bastante grande. La policía seguía varias pistas sin descartar ninguna, se afirmaba al final del texto.

Conociendo al meticuloso Alfredo Sanllehí, sabía que las seguiría todas, hasta el fin.

¿Por qué no le llamaba y le contaba lo de Vanessa Fonoll? Aunque podía apostarme lo que fuera a que ése no era su verdadero nombre.

Por si acaso miré la guía telefónica.

Fonoll, algunos. Con una V delante ninguno.

No tenía ningún sentido empezar a llamarles por teléfono para buscar un fantasma. En el mismo periódico encontré la lista de muertos y entierros del día. El obituario del pelirrojo era a mediodía. Disponía de un par de horas.

Hablé cinco minutos con la abuela y, tras intentarlo con papá, esta vez sin éxito, me fui a toda prisa. La abuela no me dijo nada grave, ni que fuera a comer ni nada. Yo, por si acaso, le recordé que a veces los casos se resolvían en las primeras cuarenta y ocho horas, dependiendo de la habilidad del investigador.

El «investigador» era yo, así que ella me miró de arriba abajo con una mezcla de amor, suspicacia, duda...

¿Por qué los padres y abuelos siempre quieren o esperan hijos y nietos maravillosos y perfectos, pero en el fondo dudan de que, precisamente, los suyos lo sean?

Me habría gustado conocer a los padres y los abuelos de Einstein, Picasso, Norman Foster o los que crearon Apple.

Llegué al puente de Marina y me sorprendió ver más actividad que de costumbre. Un grupo de chicos charlaba animadamente, varios coches estaban aparcados cerca y algunos curiosos miraban el lugar como si tuviera interés

turístico. ¿La noticia del crimen? Los había morbosos, pero ¿tanto? Pasé de ellos y busqué al sin techo.

Los cartones estaban allí, él no.

Lo había ahuyentado. Después de irse corriendo no había vuelto a «su casa».

Me sentí frustrada.

Desde mi posición, miré los carteles. La idea que desde la noche anterior me sobrevolaba la mente era de lo más increíble, y sin embargo...

Me acerqué a los que estaban más próximos al lugar de los cartones apilados. La distancia no era muy grande, pero tampoco pequeña. Unos diez metros. El crimen se había cometido hacía dos noches. La pared, que podía verse desde arriba y desde las calles adyacentes, tenía un grosor importante de carteles pegados unos encima de otros. El que se podía leer ahora era el de un circo.

Lo arranqué con cuidado.

No le ponían mucha argamasa, o lo que fuera aquello con lo que lo pegaran. Se separó de la pared con facilidad. Debajo apareció el cartel de un cantante del que había oído hablar: Arcadio Buenaventura. El póster anunciaba su segundo disco, *Plenitud*. Si no recordaba mal, el primero había sido un éxito, toda una revelación. Su canción estrella, «Cosas que te diría al oído si no fueras sorda», tenía su gracia. A pesar del título, que sonaba a chiste, la balada era muy bonita.

Me quedé mirándolo antes de empezar a arrancarlo.

Arcadio Buenaventura era otro guaperas, aún más sexy que mi Néstor Aguilar. La portada del disco le presentaba apoyado en una pared, con el torso desnudo, luciendo pectorales, los pantalones muy bajos y la cabeza ladeada mirando a ninguna parte, quizás al cielo, quizás al horizonte, quizás a su futuro lleno de fans y éxito. Llevaba el cabello largo y era tan rubio, insultantemente rubio, que la sensación de efebo luminoso se acrecentaba todavía más. No era mi tipo, pero, si no se le veía, se le podía escuchar, con los ojos cerrados.

Tiré del cartel para ver qué había debajo.

Y entonces oí la inconfundible voz del sin techo a mi espalda.

–Ha vuelto –dijo.

Me asustó, así que di un respingo. Llevaba el carrito del supermercado con sus bolsas y tenía el mismo aspecto del día anterior, sucio y desesperado, con las pupilas ensombrecidas flotando por encima del blanco insertado en la oscuridad de su piel.

Miraba fijamente a Arcadio Buenaventura.

Tristeza, dolor...

–¿Cómo dice...? –recordé que él me confundía con su hija Sonia–. ¿Cómo dices, papá?

–Ha vuelto a la pared –afirmó despacio.

Era absurdo. Irreal. Pero la alarma que se activó en mi cabeza la noche

anterior se correspondía con todo ello.

–¿Él? –señalé la imagen del cantante.

–Ya no hará más daño, aunque si vuelve a salir...

–Papá, ¿éste es el hombre que viste la otra noche?

El sin techo miró el lugar exacto en el que había muerto Damián Gómez y en el que yo misma había permanecido desvanecida unos minutos.

Mi corazón latía muy rápido.

–¿Papá?

Posó sus ojos nuevamente en mí.

–Yo le vi la cara, Sonia. Se la vi. El mal pasó cerca. Salió de la pared y se portó peor, con el hombre del pelo rojo, contigo... Oh, sí, mi pequeña. Contigo. Tuve miedo..., pero cuando se fue... Mi niña –levantó una mano y la depositó en mi mejilla.

Me dio asco, pero aguanté.

–¿Estás seguro de lo que dices?

–¿Cómo olvidar el mal? –la mano me acarició unos segundos–. Estás tan bonita, como mamá...

¿Podía creer a un pobre desgraciado sin casa, sin nada, completamente ido, que me confundía con su propia hija? ¿Alguien iba a confiar en él cuando dijera que Arcadio Buenaventura había salido de un cartel pegado en una pared para matar a un hombre y tratar de cargarme a mí el asesinato?

–Yo te salvé, ¿verdad, cariño?

–Sí, papá.

–El hombre del pelo rojo estaba ahí, de pie, medio oculto en las sombras –su mente se hizo más lúcida por momentos–. Entonces apareció él –volvió a señalar al cantante–. Le disparó en el pecho y volvió a ocultarse después de ponerlo casi de pie, sentado. Unos minutos más tarde llegaste tú y te golpeó, te puso la pistola en la mano y volvió a dispararle. Estaba oscuro, pero lo vi. Había luz –abarcó el cielo, las farolas de la noche–. Pasó por mi lado. El mal pasó por mi lado. Tuve mucho miedo y... ¿Te hizo daño?

–No.

–Te salvé –volvió a repetirlo.

–Sí, me salvaste.

–Tápalo –me dijo.

–Ya no puedo.

–Entonces arráncalo.

Hice lo que me decía. Arranqué el cartel. Los del circo cubrían los suyos. Me limité a quitar el que estaba a la vista. Los chicos de al lado me miraban con cara de sorna.

–Te gusta el tío, ¿eh? –me gritó uno.

–Vámonos, papá –tomé la iniciativa.

Nos alejamos unos metros hasta situarnos cerca de sus cartones. Para entonces su mente había cambiado de plano. Se le notaba en la cara, inexpresiva. Me miró fijamente, lleno de ingravidez.

–¿Tienes un pitillo?

–No fumo, ya te lo dije, ¿recuerdas?

–Oh.

Me sentí fatal por ser «tan mala hija». Debía haberle comprado un paquete de tabaco. Lo único que se me ocurrió fue meter la mano en el bolsillo de los vaqueros y darle veinte euros. Los cogió como si tal cosa y se los guardó.

–Tengo que irme.

–¿Volverás?

¿Qué podía decirle? Seguía siendo mi único testigo.

–Sí.

–Estás muy guapa.

–Gracias.

–Cada día te pareces más a tu madre.

–¿Tú crees?

–Claro. ¿Es feliz?

Otra pregunta comprometida.

–Sí, es feliz.

–Me alegro –suspiró aliviado.

–Papá, ¿recuerdas tu nombre?

–¿Mi nombre? –alzó las cejas sorprendido–. Por supuesto que... –el debate mental se agudizó, se hizo ostensible, las arrugas profundizaron más en su carne–. No... Ahora no...

–¿Nada?

–¿Para qué sirve un nombre? Todos me llaman «¡Eh, tú!» –sonrió mostrándome los pocos dientes que le quedaban–. Debo de ser «¡Eh, tú!». Así está bien.

–¿No puedes hacer un esfuerzo?

–Tengo la foto.

–¿Puedo verla?

Rebuscó en las profundidades de su cuerpo, por entre la ropa sucia y acartonada. Su mano reapareció con una fotografía muy vieja y arrugada. Una fotografía arrancada de un tiempo pasado y olvidado. En ella vi a un hombre de unos cuarenta años, a una mujer de unos treinta y cinco o treinta y siete, atractiva, de rasgos árabes, y a una niña de unos nueve o diez años, muy bonita. Me fijé en dos detalles singulares: él llevaba una bata blanca, de médico, y en su bolsillo izquierdo una placa en la que a duras penas se intuía un nombre. Suerte

de mi buena vista. Acerqué la foto lo más que pude y lo leí: Dr. Miguel Ángel Suñol. Por detrás se alzaba la fachada del Hospital Clínico de Barcelona.

Se la devolví.

–Bonita foto.

–Sí –asintió.

–Miguel Ángel, papá. Te llamas Miguel Ángel.

Como si le hablara en chino, o pronunciara por primera vez ese nombre. Guardó la foto en su lugar y se aferró a su carrito.

Hora de irse.

–¿Estarás por aquí?

–Sí –me dijo.

–Entonces hasta pronto.

Casi estuve a punto de darle un beso en la mejilla. Me lo impidió un rescoldo de sensibilidad, idiotez, asco o... qué sé yo. Me aparté de su lado sintiendo sus ojos detrás y no eché a correr de milagro. Sólo al llegar a la moto volví a recuperar el hilo de mis pensamientos cortados un poco antes.

¿Arcadio Buenaventura?

¿De verdad?

Salí disparada y me dirigí a Madrazo con Vía Augusta, al despacho de la agencia. El ordenador de Susana se había quedado sin batería, y no me había llevado el cargador. Tenía que echarle un vistazo a algo para quedarme tranquila.

O no.

Si resultaba que el sin techo decía la verdad...

Me abalancé sobre el ordenador nada más aterrizar en el despacho. Por una vez, recé para que no llamara ningún cliente. Tenía bastante con mis dos casos. Sobre todo porque en uno estaba pringada hasta el cuello. Cuando la pantalla se iluminó, entré en Internet y tecleé el nombre de Arcadio Buenaventura.

Tropecientos millones de páginas.

Empecé por las primeras y fui bajando. Biografías, listados de éxitos, sus dos discos, datos de sus giras y actuaciones, los planes del futuro... Era interminable.

Llegué a la página veintinueve.

Y ahí se me cortó la respiración.

«Arcadio Buenaventura asiste al estreno de la última película de Pedro Almodóvar.»

No era por la noticia en sí, sino por la foto.

Arcadio no estaba solo.

Le acompañaba una chica muy guapa, alta, espectacular, con cuerpo de modelo, morena, muy morena, con el cabello corto. Por entre su ropa ceñida y sexy, asomaban dos tatuajes. Uno en el brazo izquierdo, que parecía un

símbolo hindú. Otro sobresaliendo del pantalón, muy bajo y ceñido, un dragón que extendía sus alas de lado a lado de sus caderas.

No llevaba gafas.

El texto decía:

«...confirmando muchos rumores que le unen a la joven modelo Laia Moncada...»

Vanessa Fonoll era Laia Moncada.

En las capillas de los servicios funerarios contiguas al Cementerio de Les Corts, los distintos entierros agrupaban a familias y amigos bajo el silencio que siempre inspira la muerte. Cada cubículo, una historia. Cada grupo, un dolor. Había ancianos nonagenarios resistentes hasta el final, hombres y mujeres de inesperada muerte y quebradiza vida, y hasta un adolescente motorista que no tomó la última curva. El de Damián Gómez Pedrell era el número siete, que en este caso no era el de su suerte. Cuando llegué a él, la comitiva iniciaba el desplazamiento hacia la capilla para el responso. Me coloqué detrás e hice lo que papá siempre me había dicho que hiciera en estos casos: observar.

—Los entierros hablan por sí solos, Berta. Mira quién llora, quién ríe, quién está serio, quién se contiene, quién mira a los demás. Todo son patrones.

Estudié aquellos rostros.

Los padres y la hermana del muerto iban en primera fila, y también dos ancianas y un anciano, los abuelos. Luego alguna tía, algún tío, algún primo o sobrino. Mi idea de abordar a Leonor Gómez se fue al traste de inmediato. No iba a conseguirlo. No ese día, y ya veríamos si tenía más suerte al siguiente. Pensé que era mi único acceso a la vida y a los actos del asesinado.

Estaba equivocada.

Que alguien llorase desconsolado en las primeras filas era lo normal. Incluso más atrás. Pero que alguien llorase en la última, casi a mi lado, en cierto modo apartado y perdido, y de una manera absolutamente compungida...

Me fijé en él.

Veinte años y, más que guapo..., hermoso. Sí, si puede llamarse así a un hombre, él era hermoso. Sus facciones bordeaban la perfección, piel tersa, armonía en el conjunto, preciosos ojos verdes, cabello sedoso, manos delicadas, ropa de exquisito gusto, gestos inequívocos, sutiles, tan delatores como un grito en la noche.

Y lloraba...

Era un desgarró interior, profundo, igual que el del padre o la madre que pierde a un hijo o el de un joven que pierde al cónyuge. Se abrazaba a sí mismo con desesperación, su soledad parecía infinita. Un peso enorme lo aplastaba.

Sentí lástima.

El amor siempre duele.

Quise asegurarme. No le perdí de vista. El cura soltó un largo discurso enalteciendo las virtudes de Damián Gómez Pedrell y atacando la violencia de un mundo implacable capaz de arrebatárselo a sus padres, hermana, abuelos... Damián era inocente. Damián era una víctima. Oscuras fuerzas actuaban sobre la condición humana porque el mal andaba suelto.

Pensé en el sin techo.

Cuando acabó el responso, todos salimos al exterior. Nos dieron una estampita con una oración. El ataúd fue cargado en un coche fúnebre y los presentes desfilaron ante los familiares directos para darles el pésame. Todos lo hicieron menos el joven que no dejaba de llorar, mirando la caja de madera que contenía los restos de Damián, y yo, ahora alejada del conjunto y expectante.

Una sola vez los ojos de Leonor y los del joven se encontraron.

Fue suficiente.

Lo tuve claro.

Bastó ese breve segundo para compartir dolor, complicidad, secretos...

Los familiares directos ocuparon los coches de la comitiva y yo me coloqué al lado de mi objetivo. Cuando se quedó solo, perdido, todavía inmóvil, viendo alejarse por última vez la razón de sus lágrimas, me bastó con sujetarle del brazo. Me miró sorprendido.

—¿Puedo hablar contigo? —le dije.

—¿Conmigo?

—Por favor.

—¿Quién eres? —balbuceó.

—Me llamo Berta. Conocía a Damián. Tú eras su novio, ¿verdad?

No fue como darle dos bofetadas, pero casi. Acusó el impacto. Luego frunció el ceño y se vino otra vez abajo, sin remisión. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Cómo... sabes eso? —gimió—. Nunca... te he visto ni... Damián me había hablado...

—Sé muchas cosas —intenté ser convincente—. ¿Hablamos?

—¡No quiero hablar con nadie!

Iba a perderle. No era fácil. Una mala oportunidad, pero la única.

—¿Sabes quién le mató y destruyó su piso? —me arriesgué.

El dolor dio paso al miedo.

—¡No!

—¿De verdad?

—¿Quién coño eres? —se soltó de mi mano.

—La que sí sabe quién le mató.

Ése sí fue un impacto.

Le dio de lleno en mitad del estómago, porque dejó de respirar, y en mitad de la cabeza, porque su mente comenzó a entrar en una espiral sin fin que le bloqueó.

–Habla conmigo, por favor –fui vehemente–. Si le querías, tienes que hacerlo. O yo o la policía.

Los ojos, siempre los ojos.

Los naufragios del alma.

–Yo... le quería... –sollozó.

–Ven.

Le tomé del brazo y lo arrastré sin esfuerzo, alejándolo de los servicios mortuorios. Ya habían cerrado las compuertas de la capilla y otro sacerdote glosaría una vez más al otro lado la vida de un fallecido. Dios da y Dios quita, aunque a veces parece que está quitando siempre. Cruzamos la calle y me resistí a buscar un bar. Demasiados espectadores. De todas formas por allí no había ninguno. El estadio del Barcelona a la derecha, la avenida Juan XXIII a la izquierda, y enfrente un paseo arbolado y con bancos.

Crucé la calle y nos sentamos en uno.

Mi compañero era un autómata.

No le dejé reaccionar.

–Oye bien lo que voy a decirte –le miré a la cara–, porque sólo lo diré una vez. O hablamos y eres sincero conmigo, o cuando me levante llamo a la policía y con lo que les cuente muchos van a pasarlo mal. Tú el primero. ¿Me sigues?

–No –intentó resistirse–. ¿De qué va esto?

–Esto va de lo que hacía Damián hace dos noches en el lugar en el que le mataron. Yo estaba allí.

–¿Tú? –contrajo sus hermosas facciones.

–Trataron de involucrarme, sí.

–¿Estás loca? Damián...

–Damián chantajeaba a la novia de ése –señalé un pirulí de propaganda con el cartel de Arcadio Buenaventura–. ¿Estabas metido tú también en ello?

Acababa de soltar la bomba. Y causó estragos. Primero su rostro, ya desfigurado; segundo su reacción, ponerse en pie de un salto brusco; y tercero su mirada, mitad asesina mitad alucinada. Pensé que iba a echar a correr.

Volvió a derrumbarse cuando todos los ingredientes provocaron un cortocircuito en su resistencia.

Se sentó, hundió el rostro entre las manos y se vació un poco más.

Sentí pena por él.

El amor siempre es igual, enloquecedor cuando abraza.

Me tomé mi tiempo. Le dejé recuperarse. Como mucho, al cabo de casi un minuto, le pasé una mano por la cabeza. Se estremeció pero no la apartó.

Cuando habló, lo hizo a saltos, de manera sincopada.

–Yo..., yo no sabía... nada... Él me... dijo que tenía algo... entre manos y que... que si salía bien... podríamos... empezar la película y...

–¿Qué película?

–¿Acabas de decir que... sabes muchas cosas?

–Ésa no, así que será mejor que empieces desde el principio. Pero antes dime una cosa: ¿ha hablado la policía contigo?

–¡No!

–Interrogaron a su hermana.

–¿Y qué? Ella no dijo nada de mí. Bastante mal están sus padres. Si se enteran de que Damián era...

–Gay.

–Sí, gay, ¿qué pasa?

–Nada. Lo entiendo. Parecían chapados a la antigua.

–¿Por qué te crees que se fue de casa, sin apenas nada? –ya no se le trababa la lengua pese a la agitación–. Su padre le habría matado. Es de los de cinturón y hebilla, ¿sabes? Bastante se disgustaron porque se fue a vivir solo. No lo comprendieron. La única era Leonor. Ella sí le adoraba y le entendía. Siempre le entendió, desde el primer momento. Iba a verle, le llevaba comida, dinero que sisaba de casa...

–¿Y lo de la película?

–Damián estaba empeñado en hacer una película, con lo que fuera. Lo tenía ya todo, incluso a mí. Yo iba a ser el protagonista. Estudio arte dramático, ¿sabes? Iba a ser su estrella. Necesitaba muy poco para empezar. Quería hacerla cámara en mano, barata, muy free, muy cool. Hace poco me dijo que tenía algo muy fuerte entre manos y que estaba a punto de conseguir los cien mil euros que necesitaba.

–¿Cien mil?

–Sí.

–¿No te dijo que ese «algo» era un chantaje?

–¡Damián no...!

–Damián sí, te lo aseguro. Llevaba una cámara el día más adecuado en el momento oportuno. Y filmó algo. Algo que valía esos cien mil, o más. Lo más inteligente que hizo fue no meterte en ello.

–Yo le pregunté si era... peligroso. Me... me dijo que no, que lo tenía todo controlado. Oh, Dios... Llevaba unos días muy excitado, pensaba ya más en la película que en ninguna otra cosa... –me cogió la mano y me la apretó. Su tono, como sus ojos, se revistió de súplicas–: ¡Lo que dices no puede ser, él no haría nada malo, no...!

Lo dejé llorar unos segundos.

–Esa chica y su novio famoso pensaron matarle desde el primer momento, seguros de que el chantaje no terminaría ahí. Buscaron un cabeza de turco para asegurarse de que la policía tiraría la toalla.

–¿Quién?

–Yo.

–¿Por qué?

–Trabajo en una agencia de detectives. Me contrataron para llevar el dinero, aunque ella sólo habló de quince mil euros, que de todas formas no estaban en el sobre. Bueno, eso ya da igual. Fue una trampa. Cuando llegué, Damián ya estaba muerto. A mí me dejaron fuera de combate con un golpe en la cabeza. Desperté con la pistola en la mano.

–Dios... –se estremeció sacudido por una descarga de mil voltios.

–Quedaron con él a una hora. A mí me entretuvo ella. El otro acudió a la cita con Damián, le mató, le quitó la cámara, la película, lo que llevase encima, y también las llaves de su piso. Comprobó en el DNI la dirección y listos. Estaba recién renovado, así que constaba ya el nuevo domicilio. Lo sé porque yo también le eché un vistazo. Damián no era un profesional, eso está claro. Antes de largarse, el asesino completó su plan cuando aparecí yo. Se fue, llamó a la policía, probablemente desde una cabina y en plan anónimo diciendo que había oído disparos, y tras reunirse con la chica fueron al piso. No se fiaban. Debieron de registrarlo, pero para mayor seguridad, por si había copias de lo que se filmó y estaban escondidas..., lo quemaron y fuera problemas. Vía rápida. Lo malo es que murió una anciana inocente.

–Entonces no hay ninguna prueba de lo que dices.

–No.

–¿Van a librarse...?

–La única forma de incriminarlos sería encontrar una posible copia de lo que filmó Damián.

Mi compañero enmudeció.

–¿Cómo te llamas? –quise saber.

–Alberto.

–¿Alberto qué más?

–Alberto Pons Solís.

–Entonces mira, Alberto –no sólo me puse seria, sino grave, apartando toda contemplación–. Si sabes algo y te lo callas, o si tienes algo y no me lo dices...

–¡No sé nada ni tengo nada! –chilló rozando una repentina histeria–. ¡Damián jamás me habría contado nada de una cosa así, ilegal y peligrosa, Santo Cielo! ¡Sabía que no le habría dejado hacerlo!

–¿No tienes una copia de...?

–¡No! –chilló aún más fuerte, haciendo que los escasos transeúntes que

pasaban cerca nos mirasen de golpe—. ¿Crees que guardaría algo así, o que... me pondría a negociar yo con los que le mataron? ¿Estás loca? ¿Por quién me tomas? –su horror no tuvo límites.

–No te conozco.

–¡Ni yo a ti! –se puso en pie de un salto—. ¡Apareces de la nada, me sueltas una historia... demencial, y luego...!

–¿Y Leonor?

–¡Ella tampoco sabe nada! ¡La adoraba, jamás la habría comprometido!
¡Mierda, mierda, vete a...!

Sabía que de un momento a otro echaría a correr.

–Dame tu teléfono.

–¿Para qué?

–Para llamarte si sé algo o descubro cualquier cosa. Puedes estar en peligro.

–¿Yo? –se puso lívido.

–Tu teléfono.

Me lo dio y lo anoté.

Cuando terminé de escribir el último número, ya estaba lejos.

Esta vez sí podía ir a casa a comer, pero primero quería paz, silencio y un poco de calma. Tomarme un respiro. Necesitaba estar sola y pensar. A cada paso, los acontecimientos cambiaban la perspectiva del caso. No sabía qué hacer con la información acerca de Laia Moncada y Arcadio Buenaventura. Chantajeados o no, eran dos asesinos. Habían matado a Damián Gómez y de rebote a una inocente anciana. Yo podía acusar a Laia, pero no tenía ninguna prueba. Y de pronto me daba cuenta de que era tarde para llamar a Alfredo Sanllehí. O resolvía el maldito asunto por mi cuenta, y no tenía ni idea de cómo, o se me caería el pelo.

Con un malestar creciente en el cuerpo, llegué al local de ensayo y me metí en nuestro cubículo. Me bastaba con media hora conmigo misma, tocando la guitarra, tarareando alguna canción. Me costó olvidarme de mis problemas pero al final lo conseguí. Apliqué la tormenta interior y la convertí en el fluido capaz de transformarse en música. A veces pensaba que, si fuera ministra de Educación o de Cultura, obligaría a estudiar tanta música como matemáticas o lengua. La música te comunica con tu yo interior y te eleva, te conecta con el universo.

Media hora después dejé la guitarra y salí del local.

Caminé hasta el de Néstor Aguilar.

Los oí ensayar, como siempre. Parecían vivir allí dentro. Era la diferencia entre ser profesionales o no. Con una firme idea en la cabeza, esperé a que terminaran el tema y luego llamé. Una voz me dijo que pasara y lo hice.

Los cinco músicos no se sorprendieron al verme. Él sí.

—¿Puedo hablar contigo un minuto? —le pedí.

—Un descanso, chicos —se dirigió a ellos.

Pasé de la sonrisa de un par de ellos. Retrocedí y le esperé afuera. Néstor me alcanzó con premura. Sentí su mano en mi brazo, reteniéndome, y entonces me volví hacia él. Tuve que olvidarme de muchas cosas, y la principal era que era guapo y seductor; la otra, que cantaba bien y componía de maravilla.

—Escucha —no me fui por las ramas—, no quiero que te hagas una idea equivocada de lo que sucedió anoche.

Parpadeó pillado a contrapié.

–No pasó nada –dijo cauteloso.

–Exacto: nada –fui categórica–. Ni soy una chica fácil ni me beso con el primero que me gusta.

–¿Te gusto? –acentuó su sonrisa y la convirtió en la más seductora.

–Eso no tiene nada que ver. También me gusta el chocolate y no me atraco con él.

–Pero el beso...

–Todos tenemos debilidades, ¿no? Habíamos cenado, charlado, yo estaba... estoy en un momento sensible y delicado... Fue precioso, pero ya está. Punto.

–Casi saliste corriendo.

–Porque eres un experto.

–No tanto.

–Mira, Néstor –puse las dos manos abiertas por delante, a modo de pantalla protectora–. Eres un encanto y pareces buen tío; de momento, porque a lo peor y pese a todo lo que me contaste, acabas convirtiéndote en un gilipollas integral por el éxito que vas a tener. Pero yo soy lo que soy y estoy bien así. Al menos de momento. No quiero rollos de una noche. Ni rollos de una semana, un mes o un año. No quiero... Bueno, en realidad no sé lo que quiero, pero tengo tiempo de averiguarlo. Y para eso necesito no cagarla.

–Date una oportunidad.

–Es justo lo que estoy haciendo.

Me observó unos segundos con ojo crítico, más y más serio.

–No vas a unirte a mi grupo, ¿verdad?

–No.

–¿Te lo has pensado bien?

–Tengo el mío. Bueno o malo, nos merecemos una oportunidad. Si sale mal, habremos aprendido algo. Si sale bien..., ya veremos. Si un matrimonio puede matarse a los pocos años de casarse, imagínate cinco personas compartiendo su tiempo, actuaciones, ensayos... También tengo mi música, y caminos por explorar. Esto es lo mejor de la vida ahora mismo, que todo lo tengo por hacer, y es excitante ver o imaginar cómo. No me veo como la chica del coro, y de momento tampoco como cantante solista. Casi me deslumbraste, pero no. Lo siento.

–No era para deslumbrarte. De verdad que esos coros le van muy bien a determinados temas.

–Entonces encontrarás cien candidatas para ocupar ese puesto.

–Eres tremenda.

–No, no lo soy –dije cansina.

–Fuerte como un roble.

–Más bien débil como una caña, pero dispuesta a ceder si el viento sopla

demasiado fuerte, para no acabar arrancada del suelo.

–¿Puedo darte otro beso?

–¡No! –me eché a reír por su desfachatez.

–Tenía que intentarlo –suspiró–. A mí me gustó mucho.

–Ya, y no has pegado ojo en toda la noche.

–Exacto.

–Haz una canción de esto. Seguro que pega.

–¿Has venido esta mañana a soltarme este palo?

–Sí, porque esta tarde no podré venir a ensayar y no quería esperar a mañana.

Hay cosas que es mejor resolverlas cuanto antes.

–¿Es el fin? –noté un atisbo de tristeza.

–No. Ensayamos uno al lado del otro todos los días.

–Pero yo dejaré esto en cuanto grabemos el disco.

–Entonces...

–¿Nos veremos?

–Es posible.

–Lástima que no quieras grabar esa canción. Al menos eso.

–Igual me arrepiento, pero es lo que hay. Ahora tengo que irme.

–¿Siempre vas corriendo de un lado a otro?

–Sí, sobre todo cuando hay trabajo y la vida de otros depende de lo que haga.

Parecía una estatua.

–Me gustas –dijo.

–No te enrolles, venga –le di un suave y cariñoso golpe en el brazo con mi puño cerrado antes de dar media vuelta para apartarme de su lado.

Regresé a mi local de ensayo, me parapeté tras la puerta y me eché a temblar. No lloré porque no era el caso. Pero temblar... Terremoto escala 9. Cuando me serené volví a salir, cerré la puerta y crucé aquel espacio vacío hasta llegar a la calle y subirme a mi moto. Un tema resuelto. Una decisión tomada. ¿Me aferraba al grupo como tabla de salvación o realmente era una esperanza de futuro?

El tiempo lo diría.

Llegué a casa justo a la hora de comer. La abuela ya estaba poniendo la mesa. Antes de ir a ver a papá me encontré con Alejandra.

–Ha estado toda la mañana silencioso. No se ha comunicado para nada. Ni un solo movimiento de su dedo.

La dejé y entré en el cuarto. Hice lo de siempre: darle un beso y tomar su mano en la mía. Mirar su rostro inexpresivo era lo más duro, sobre todo porque papá siempre había sido todo lo contrario. No quise forzarle. Su dedo permaneció inmóvil y tras unos minutos me levanté y lo dejé. Como siempre,

las preguntas se agolparon en mi cabeza. ¿Podía dormir en su estado? ¿Sufría? ¿Vivía euforias y depresiones como cualquier ser humano? ¿Flotaba en un etéreo limbo?

–Te he hecho lentejas –anunció la abuela.

–Bien, ya sabes que me encantan.

–¿Has resuelto ese caso?

–Estoy cerca. Quizás hoy, o mañana.

–Bien.

Nos sentamos a la mesa y tomé la cuchara. Alejandra se marchó cuando ya casi terminaba el primer plato. En mitad de aquel silencio habitual entre la abuela y yo, justo antes de comenzar a cortar la carne, me oí a mí misma decir:

–Voy a ir a ver a mamá.

Transcurrieron cinco segundos.

–De acuerdo –asintió ella.

Me sentí irritada.

–¿No preguntas por qué?

–Tiene cáncer, eres su hija. Ya no se trata de perdonar nada, sino de ser una persona.

–No es eso.

–Entonces...

El bistec era enorme, y de pronto me quedé sin ganas de seguir comiendo.

–Trabajo en un caso extraño –dije–. Bueno, en realidad son dos, pero hay uno... –dejé el tenedor y el cuchillo en el plato–. Tengo que buscar a una chica de mi edad, posiblemente violada por su padre, que se ha escapado de casa para unirse a una secta; a un sin techo que cree que soy su hija y no sé por qué, y a un chico gay asesinado que también tuvo que irse de su casa para que sus padres no se enteraran de que lo era.

–Hay gente para todo –fue su único comentario.

–Pero ¿no te das cuenta de la relación?

–Me doy cuenta de que hay mucha gente con problemas.

–La mayoría entre jóvenes y padres.

–Es lo que nos marca la vida, así que ya ves que no eres la única.

–Dicho así...

–La vida suele zarandearnos, Berta. Pero en la infancia y la adolescencia se concentran la mayoría de las cosas, buenas y malas. Nadie sale limpio. Hay que saber vivir con esas manchas. La diferencia entre ser feliz, o intentarlo, y ser un desgraciado es mínima. Depende de lo fuerte que sea cada cual.

–Muchos no lo resisten.

–Es que no es fácil.

–Dímelo a mí.

–¿Has decidido ir a ver a tu madre por lo que me acabas de decir, lo de esa chica, ese chico y el sin techo?

–Es posible, no sé. La llamé hace dos días para saber cómo estaba y volvió a pedírmelo. Ya sabes que la última vez que estuvimos juntas fue cuando vino al hospital por lo de papá y no le dejé que lo viera.

–Cruel por tu parte.

–Necesario –la corregí.

–Tienes carácter, y eso a veces no es del todo bueno.

–Mira quién habla.

–Yo tengo años, que es diferente –cambió de tono bruscamente y me ordenó–: Come.

No le hice caso. El bistec y yo ya no éramos amigos.

–Si ya es duro y me daba miedo enfrentarme a ella después de dejar a papá y casarse con ese baboso, imagínate cuando la vea calva.

–No la verás calva.

–Eso seguro. Llevará la mejor peluca y estará guapísima.

Nos miramos.

Apenas unos segundos.

Y de pronto, sin saber cómo ni por qué, nos echamos a reír.

Helena Soler llegó puntual. Yo también, pero para situarme a cierta distancia, oculta en una de las tiendas de la calle Pelayo, y poder observarla un poco antes de darme a conocer. Le calculé unos veintiún años, aunque más por la forma de vestir que por los rasgos. No era guapa, tenía cierto aire de sargento de caballería, ojos de mirada inquietante y mandíbula cuadrada. La mandíbula permaneció firme, pero los ojos se dulcificaron al verme caminar hacia ella con una tímida y bien ensayada sonrisa en los labios. Pasaron de ser intensos a ser tiernos, en una rápida metamorfosis facial.

Nos quedamos mirándonos un par de segundos antes de dar el paso definitivo.

Dos besos en las mejillas.

Ella me abrazó.

–¡Qué alegría conocerte! –me susurró al oído.

–Gracias –inicié mi papel de chica tímida e insegura, a la que el novio había dejado por su mejor amiga después de un largo tiempo de vivir a su sombra y haber quedado anulada.

–Eres como me imaginé –se separó sin dejar de sujetarme los brazos.

–¿Seguro?

–Sí, de verdad. Tienes una voz muy bonita por teléfono, así que me había hecho una imagen de ti que no difiere mucho de la realidad.

–Debes de pensar que estoy loca.

–¿Por qué?

–Llamar a una desconocida sólo porque...

–¿Porque hemos tenido el mismo problema? ¡No seas tonta! He conocido a mucha gente interesante por Internet, y luego nos hemos visto y hablado y... En fin, que cuando me telefoneaste me pareció muy valiente por tu parte. Eso demuestra tus ganas de pasar página y salir adelante. ¡Vas a cumplir dieciocho años! ¡Ya eres una persona adulta, puedes hacer lo que te dé la gana!

–Ya lo hago. No creas que mi tía me controla demasiado. Podría irme una semana y le parecería bien. Siempre dice que el día menos pensado me iré a vivir con un novio y adiós.

–Un poco borde, ¿no?

–Del todo.

–¿Nos sentamos a tomar algo?

–Sí, bien.

Caminamos hasta el Zurich y ocupamos una de las mesas exteriores, lejos de una pareja de fumadores impenitentes y de las hordas de turistas que se tostaban al sol con las piernas en alto. Yo dejé el casco de la moto en otra silla. Por si acaso, llevaba otro en el maletero. Precaución ante la posibilidad de que mi charla con Helena derivase en algo positivo. Antes de poder hacer o decir algo más se nos acercó un camarero de aspecto latinoamericano. Le pedimos dos refrescos, cola para ella, limonada para mí. Una vez solas volvimos a mirarnos y a reír, como tontas, buscando romper el escaso hielo que ya quedaba entre las dos.

–Nuria Montanyà me dijo que cuando te conoció estabas bastante mal.

–Tres años con mi novio. Tres años dándole todo y de pronto...

–Igual que yo, aunque menos tiempo.

–Ya lo he superado.

–¿Ah, sí?

–Luego te lo cuento –hizo un gesto vago–. Antes tenemos que conocernos un poco más. Me asustaste cuando dijiste que incluso habías pensado en suicidarte.

–Es que fue muy fuerte.

–Tu novio y tu mejor amiga, sí.

Bajé la cabeza como si fuera a echarme a llorar.

–Mira, si te hicieron eso, es que no te merecían. Ninguno de los dos. Con el tiempo puede que lo agradezcas –dijo Helena.

–¿Tú crees?

–Cuando estés mejor, ya me lo dirás.

–Dicen que el tiempo lo cura todo, pero a veces parece que apenas se mueva.

–Peor debió de ser lo de tus padres.

–El accidente, sí.

–¿Cuándo fue eso?

–Hace casi cuatro años.

–¿Lo ves? Cuatro años ya.

–Lo he pasado bastante mal, sin nada a que agarrarme –insistí en mi papel de víctima.

–¿A qué te dedicas? –preguntó mi compañera.

–A nada en especial. Acabé los estudios y no he querido continuar. Pero lo de trabajar... Sinceramente, para ser dependienta en una tienda, con minifalda, sólo por ser joven y más o menos resultona...

–Eres muy guapa.

–No, no lo soy, pero gracias.

–¡Eh, eh! –me puso una mano en el brazo–. Que yo no hablo por hablar, ¿vale? Eres muy guapa. Ojalá yo tuviera lo que tienes tú, esos ojos, esos labios...

–Siempre he tenido muchos complejos.

–Como todas.

–Sólo me sentí guapa con él.

–Vivías un sueño, también como todas las que nos hemos enamorado alguna vez. Por eso el despertar es amargo. Seguro que todas te veían fantástica, sexy...

–Sí, pero no sólo por mi aspecto.

–¿Por qué más entonces?

–Toco el bajo en un grupo.

–¿Ah, sí? –abrió los ojos.

–Bueno, estamos empezando, tampoco es que le vea mucho futuro. Es por hacer algo –mentí para que no creyera que eso era importante en mi «desolada» vida.

–¿Sexo, drogas y rock and roll?

–¡Anda ya! –estallé en una carcajada–. ¿Te crees que esto es yanquilandia? De drogas nada, y sexo... –recuperé la tristeza de la novia ultrajada.

–¿No te gustaría triunfar?

–Me gustaría ganar mucho dinero y que mi ex me viera.

–Eso está muy bien como venganza, pero no te lo recomiendo. Gastas energías que necesitarás para realizarte. Es más importante que pienses en ti, que dejes de pensar en él, que busques la forma de estar bien contigo misma. Eso te dará confianza y seguridad. En la vida hay cosas mucho más importantes.

–¿Como cuáles?

La tenía donde quería, y bastante rápido, pero en ese momento apareció el camarero con los dos refrescos. Nos miró largamente mientras dejaba los vasos sobre la mesa. Iba a buscar mi monedero cuando Helena se me adelantó. La discusión fue breve. Dijo que era la mayor y que yo no trabajaba.

Cuando volvimos a quedarnos solas, recuperé mi pregunta.

–Has dicho que en la vida había cosas mucho más importantes.

–La paz interior, el espíritu, la renuncia del «yo» para la aceptación del «nosotros», el valor de la colectividad, saber por qué estás aquí y entender que siempre es por algo, que no somos un azar... Y por supuesto servir a un bien superior.

–¿Eso lo has sacado de los libros?

–No, de la vida.

–Ya, decirlo es muy bonito, pero luego está la realidad...

–Te hablo de cosas que tienes muy cerca de ti.

–¿Dónde?

–Donde yo vivo.

No sé cómo pude contenerme.

La tenía.

Con mi mayor inocencia pregunté:

–¿Estás en una ONG?

–Mejor que eso. Vivo en El Paraíso.

–Ya.

–Se llama así: El Paraíso. Es una finca en Premià de Dalt. Formamos una especie de comuna, aunque llamándolo así suene muy hippy y no lo es, para nada. Cuidamos unos de otros, nos protegemos, trabajamos la tierra para alimentarnos, servimos a un bien común y tenemos nuestro propio guía espiritual, el hombre que lo hizo posible: Sebastián.

–¿Sebastián?

–Así, sin apellidos. Allí nadie tiene apellidos que nos aten al pasado, a lo que éramos o a lo que nos llevó casi hasta el precipicio. Somos libres. ¿Entiendes el valor de esa palabra, Berta? Libres.

–Suená bien.

–Suená muy bien, y todavía es mejor verlo o estar allí.

–Has tenido suerte. Pareces haberte recuperado tan pronto.

–¿Suerte yo? También puedes tenerla tú. ¿Quieres venir a conocerlo?

–No sé.

–Veo que tienes moto. Yo voy y vengo en tren. Apenas tardaríamos en llegar a Premià. Bueno..., si tuvieras otro casco, claro.

–Siempre llevo otro en la moto.

–¡Entonces perfecto! ¡Sería una escapada fantástica!

–¿Tan fácil?

–¡Las cosas de la vida son fáciles, Berta! Las complicamos nosotros.

Tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar.

Merecía un Goya, y un Óscar, y todos los premios habidos y por haber.

–¿Conoceré a Sebastián?

–Es posible, no lo sé. Hay honores que no se tienen de inmediato. Pero intentaré que así sea. De verdad que es la persona más extraordinaria que puedas imaginarte. Su forma de hablar, lo que dice... Mira –se pasó una mano por el brazo para demostrarme que tenía la piel de gallina.

–¿Y si no estoy a la altura? –bajé la cabeza.

–Berta, ¿qué dices? –Helena se puso seria–. Eres un ser humano y, como tal, eres único, especial. Encima eres preciosa. Mereces una oportunidad. El mundo te ha contaminado con lo más sucio que tiene, la deslealtad, la traición, la propia muerte de tus padres. ¿Qué te queda? ¡Tú! Necesitas encontrar el camino. Estás muy sola, ¿verdad?

–Sí.

–Y no dejas de pensar en tu novio, y en tu mejor amiga, y en lo que deben de estar haciendo.

Conseguí que mis ojos se humedecieran.

–¡Vamos, no llores! –insistió Helena–. Necesitas creer en algo. ¡Yo lo hice y mírame! ¿Parezco hundida o deprimida?

–No.

–¡Tienes que celebrar tus dieciocho años, tu mayoría de edad! ¡Tu vida va a cambiar!

–Sí.

–¡Dilo! ¡Grítalo!

–¡Mi vida va a cambiar!

–¡Bien!

Los fumadores nos miraron. Los turistas también. Dos locas. Unos y otros pasaron de nosotras. Tenía prisa pero seguí dejando que Helena llevara el peso de la conversación y la dirigiera a su antojo.

Era buena.

Tensaba la caña de pescar, daba sedal, permitía mi confianza y volvía a tensarla.

–Pareces mayor, y eso es bueno –me confió.

–Algunos piensan que mentalmente tengo veinte o más.

–¿Cómo era tu novio?

–Tenía veintitrés años. Me gustan mayores. Mi primera vez fue con uno de treinta.

–¿En serio?

–Yo tenía quince. Era muy guapo. Y estuve a punto de hacerlo con uno de cuarenta poco después, pero estaba casado y me dio miedo. Yo era menor y esas cosas... Creo que él llegó a perder la cabeza por mí.

–Me dejas...

–Soy valiente, pero no estoy loca. Me gusta tirarme a la piscina sin ver si hay agua. O me gustaba, porque desde que apareció mi novio y me aisló del mundo...

–Venga, está decidido, te vienes conmigo al Paraíso. Media hora, lo ves y, si quieres, te vuelves. ¡Igual después de tu cumpleaños te unes a nosotros! ¿Te imaginas? ¡Seríamos amigas de verdad!

–Eres increíble.

–La vida te da oportunidades siempre. Sólo tienes que reconocerlas.

–Ojalá fuera como tú.

–¡Puedes serlo! ¡Yo era igual que tú hasta hace poco, eso es lo extraordinario! Me rendí.

–De acuerdo –suspiré.

Los ojos de Helena brillaron por su éxito.

Debí de ser el triunfo más fácil que había tenido hasta el momento.

Telefoneé a Lucas para decirle que no iría al ensayo. Lo hice sin que Helena me escuchara, aprovechando que se había ido al lavabo. A mi amigo no le gustó la noticia. Habíamos quedado en tratar de no faltar ningún día. Le dije que era por trabajo y que lo lamentaba.

—¿Cómo te fue anoche con Néstor?

No esperaba la pregunta, y menos de forma tan directa.

—Normal, es un buen tío. Ya te contaré.

Se contentó con eso. Corté, guardé el móvil y esperé a Helena. Nos encaminamos a la moto, le di el casco de repuesto, agradeciendo a mi instinto haberlo cogido por si se producía justamente lo que estaba sucediendo, y enfilé por la salida norte de Barcelona, por la autopista de la costa.

Había encontrado el lugar, pero tenía que estar segura de que Susana estaba allí.

Pese a llevar de paquete a la responsable de la desaparición de Susana Lorca, y a que, en cierta forma, iba a meterme en la boca del lobo, conseguí no pensar demasiado en las consecuencias de lo que estaba haciendo para concentrarme en el trayecto. No solía circular por carretera, y el tráfico me imponía mucho respeto. Fui con cuidado, sin pasarme un pelo. Tampoco me hacía gracia pagar una multa, por el motivo que fuera. Dinero tirado.

No tuve ningún problema en orientarme por la carretera de la costa, pero al llegar al desvío para Premià de Dalt, antes de sumergirme en Premià de Mar, Helena me dio unos golpecitos en el casco y me lo hizo notar. Pronto me vi subiendo por las estribaciones de la cordillera Litoral, con las sierras de San Mateo, Corredor y Montnegre recortándose en el horizonte contra el cielo y el mar a mi espalda. Superamos el casco urbano de Premià de Dalt y nos internamos por una carreterita que serpenteaba por entre los árboles y algunas casas de porte regio, con aire de comienzos del siglo pasado. La gente de ahora las preferían más cerca de la playa. Finalmente me vi rodeada de naturaleza y, tras un giro a la derecha, supe que había llegado a mi destino.

Helena me gritó al oído.

—¡Es aquí!

La puerta exterior estaba abierta, así que de cárcel nada. Las sectas solían

apoderarse de la voluntad de uno. Faltaba ver si la de Sebastián era una de ellas. A pocos metros de la entrada, un florido y hermoso letrero lo anunciaba: Finca El Paraíso. En realidad era una vieja masía catalana asentada en un pequeño valle arbolado, con tierras abundantes rodeándola. Traté de embeberme de todo lo que estaba viendo, para asimilarlo cuanto antes. No había vallas ni muros, la sensación era la misma que provocaba un lugar perdido entre montañas y bosques. Paz. El silencio, roto tan sólo por el petardeo de mi moto, se me antojó celestial. Al acercarme a la masía, que tenía tres plantas y un torreón, vi a un grupo de chicos y chicas trabajando un campo, con aperos de labranza. Bueno, chicos había dos, chicas conté siete. Sus edades podían oscilar entre los dieciocho y los veintipocos. De menores, nada. Lo más increíble era que, a pesar de que se trataba de un trabajo sucio, vestían de blanco.

Detuve la moto en la puerta de la masía. Ningún coche a la vista. Nada. Cuando nos quitamos el casco, Helena me abrazó muy fuerte.

–¡Bienvenida! –intentó hacerme cómplice de su éxtasis.

Yo no dije nada. Se suponía que era una pardilla. Tenía que mantenerme en mi papel. Lo miraba todo como el turista novato ante las pirámides de Egipto o el Gran Cañón del Colorado, aunque por supuesto yo no había estado en ninguno de esos lugares. Helena me tomó de la mano y me hizo entrar en la casa. Vi algunas chicas más, todas de blanco, blusa y falda. Calzaban espardeñas como si fueran a bailar sardanas de un momento a otro.

Sólo una me sonrió, entre tímida y distante.

Comenzó la «visita turística».

–Ven –tiró de mi mano mi anfitriona.

Primero, la planta baja: el comedor, la cocina, la sala de lectura, la de meditación, el gimnasio. Todo estaba muy limpio y aseado, pulcro y en orden.

–Es para la estabilidad espiritual –me dijo Helena–. El caos es el diablo. Nosotros estamos en armonía con la naturaleza y el universo.

Eso lo había oído en alguna parte.

Seguí muda.

En el primer y segundo pisos estaban los dormitorios. Individuales todos y con el nombre de cada ocupante en la puerta. Nada era compartido salvo las actividades en las zonas habituales o el trabajo. Los servicios sí eran comunes.

–Bañarnos desnudos, juntos, sin vergüenzas ni tonterías, es parte de nuestra integración física además de anímica.

A través de una ventana vi un segundo edificio, más moderno, situado a unos cincuenta metros de la masía.

–Los nuevos están ahí –dijo Helena–. Venir a la casa principal es un privilegio.

–¿Dónde vive Sebastián?

–En el torreón.

Los siguientes quince minutos fueron los que una buena vendedora dedicaría a unos posibles clientes que quisieran comprar una casa, un paquete turístico o cualquier tipo de objeto maravilloso. La diferencia era que o ella era muy buena o creía firmemente en lo que decía. El Paraíso era un mundo endogámico y autosuficiente. Comían del huerto, nada de carne, todo vegetariano. Por las tardes, algunos se dedicaban a fabricar abalorios y, en temporada de vendimia, unas mil botellas de vino que vendían exclusivamente a unos pocos restaurantes. Rezumaban filosofía hippy, pero la diferencia entre una comuna hippy, sin líderes, y una secta, con un guía espiritual como Sebastián, era abismal.

–¿Y conseguís dinero suficiente con eso? –quise saber.

–Sí –respondió Helena en lo que era su respuesta más lacónica.

Siguió exponiéndome con tanto amor como entusiasmo las bondades de El Paraíso, donde todo era de todos, no había posesiones, ni diferencias sociales, ni envidias ni celos ni tonterías que perjudicasen el pleno desarrollo del alma humana. Dejó para el final la parte erótica y, cuando la abordó, lo hizo como de pasada pero con la misma naturalidad.

–Somos hombres y mujeres, claro, y tenemos necesidades. Pero esto aquí no es problema. Si a una chica le gusta un chico y él quiere, se acuestan y comparten la bendita energía que Dios les ha dado.

–Entonces, si se enamoran...

–No, eso es imposible –me sonrió con dulzura–. El amor lo reservamos para Dios y Sebastián. Con eso nos basta. Una cosa es el sexo, algo natural, fisiológico, y otra muy distinta crear unidades familiares, noviazgos, parejas... Si se da el caso, el chico y la chica son invitados a abandonar El Paraíso. No hay nada prohibido, pero hay sentimientos que nublan la razón y apartan del camino recto. Berta, la paz tiene un precio, pero vale la pena. Aquí no hay televisión, hablamos, leemos y debatimos temas, meditamos, nos acostamos temprano, madrugamos... Cada noche Sebastián nos habla.

Tuve deseos de preguntarle si luego él elegía a su compañía para esa noche. Una especie de premio o «bendición» para la «afortunada».

No lo hice.

No era necesario.

De pronto tuve ganas de echar a correr, salir zumbando en la moto y no parar hasta llegar a casa.

Siempre había una secta en alguna parte.

Dispuesta.

Y un tipo con labia, aura, con un poder casi hipnótico.

Algunos incluso telepredicaban y se hacían millonarios antes de que un

desliz, o Hacienda, les echara el guante.

Tenía que localizar a Susana.

Estaba allí por eso, por ella.

Helena ya no hablaba de las virtudes de El Paraíso, sino de las excelencias de llevar una vida armónica y de la suerte de que Sebastián fuese real, de carne y hueso. Dejé transcurrir unos minutos, siempre con cara de boba feliz, antes de preguntarle:

–¿Cuánta gente hay aquí?

–Ahora somos veintinueve.

Veintinueve vidas, veintinueve cabezas, veintinueve destinos.

Me pareció brutal.

Regresamos a la biblioteca y entonces llegó el momento.

–Espérame aquí –dijo mi anfitriona.

–¿Adónde vas?

–Quizás tengas suerte.

Se alejó igual que si flotara. Yo era la candidata perfecta. Y parecía madura. Si iba a comisión, cosa que no creía, se la ganaba a pulso. Helena era un buen gancho. Captaba almas cándidas.

Y había muchas.

Me asomé a la ventana. Un chico llevaba una carretilla con malas hierbas. Se parecía a Alberto Pons, el novio de Damián Gómez. Rostro puro y angelical, movimientos pausados, una exquisita simetría... Me vio en la ventana y me sonrió como lo haría un ángel.

–Perdone –oí una voz a mi espalda.

Me volví. Una chica de cabello castaño, ligeramente gordita y de semblante plácido, me ofrecía un vaso de agua sobre una bandeja de plata.

–Gracias –lo tomé.

–De nada.

–¿Cómo te llamas?

–Elisenda.

No tenían apellidos. Lo recordé.

–Se está bien aquí –dije.

–Deseamos que te quedes –expresó su emoción con un tono de voz parecido al de una letanía–. Lo deseamos todos.

–No sé.

–Lo harás –dijo vehemente.

No supe qué decirle. Ella sí.

–Eres muy guapa –me regaló el oído.

–Tú también.

–Es por la luz de Sebastián –suspiró–. Antes no lo era. Me sentía sucia,

manchada, pero ahora...

–¿Por qué te...?

No pude terminar la frase. Helena apareció por la puerta.

–Berta, ven –me llamó.

Bebí dos sorbos del vaso de agua, se lo devolví a la chica y seguí a Helena. No fue un trayecto largo. Salimos de la casa, caminamos apenas veinte metros y de pronto, sentado en cuclillas a los pies de un enorme y hermoso árbol, lo vi.

Sebastián.

Él también vestía de blanco, camisa, pantalones, alpargatas. Llevaba el cabello largo hasta por encima de los hombros, barba y bigotes recortados. Sus ojos eran casi transparentes, de un gris muy suave. Tendría unos cuarenta años, no supe calcularlo muy bien porque, desde luego, imagen no le faltaba. En un escenario, con capa y chistera, habría pasado por mago. Me fijé en sus manos, cuidadas, dedos largos. Manos suaves para un alquimista de almas.

Nos detuvimos ante él y me miró.

Su sonrisa era un regalo.

–Hola, Berta.

–Hola.

–Ven, siéntate –me ofreció el espacio abierto ante sí mismo.

Le obedecí. Mi papel de niña frágil estaba llegando al límite. Pero no veía a Susana por ninguna parte, y sin ella, sin la prueba de que estaba allí, no podía irme.

Helena se quedó de pie.

Sebastián me tomó las manos.

Las mías estaban frías, las suyas eran cálidas.

–Preciosa –dijo.

Ya no abrí la boca.

–Helena me ha dicho que eres una nueva amiga.

Me costaba hablar. Sentía un peso en el pecho.

–¿Es verdad? –insistió él.

–Bueno..., no sé.

–Tranquila –me presionó las manos sin soltarlas–. Imagino que esto es nuevo para ti.

–Sí.

–¿Te imaginabas un lugar así tan cerca de tu casa?

–No.

—A veces lo más importante está delante de nosotros y no sabemos reconocerlo, porque somos incapaces de verlo. Creemos que sí, pero no. El Paraíso es de todos, aunque pocos sean los afortunados que han sabido comprenderlo —hizo una pausa para taladrarme con sus ojos grises—. Me dice Helena que eres música.

—No tanto, sólo toco el bajo en un grupo.

—¿Qué tipo de música hacéis?

—Rock alternativo...

—No tienes por qué avergonzarte. La música es música siempre. Al Señor le gusta que sus fieles sean felices, y la música es parte de nuestra felicidad más primaria.

—No estoy avergonzada.

—Bien —volvió a presionar mis manos.

—Señor...

—¿Señor? —me interrumpió frunciendo el ceño—. Aquí todos somos iguales. No hay tratamientos. Tú eres Berta, ella es Helena y yo soy Sebastián.

Tiré de mi mano derecha hasta liberarla. La llevé bajo mi trasero y retiré una piedrecita. No supe si volver a dársela o no hasta que él dejó de retener la izquierda.

—Háblame de ti, Berta.

—No hay mucho que decir.

—Estás aquí, y eso significa algo.

—Helena me invitó.

—Percibo dolor en ti.

Por un momento me recordó al enano verde de *La guerra de las galaxias*. Yoda o algo así.

No dije nada.

—Nos estabas buscando, Berta.

—¿Yo?

—Sí. Nada es gratuito, nada es ocasional. Todo sucede por una causa, y a cada causa le sigue su propio efecto. El universo es un todo cuyas partes armonizan y se equilibran unas a otras —señaló la piedrecita—. ¿Crees que eso estaba ahí por casualidad?

—¿No lo estaba?

—No. Tenías miedo y te sentías débil porque te cogía de las manos. Pero ahora ya no tienes miedo, ¿verdad?

—No.

—Busca en tu interior, Berta.

Era increíble. Intentaba no oírle, pero no podía. Sus ojos fijos en mí, la cadencia de su voz, el imán de su figura rígida bajo el árbol, su inmovilidad...

Sebastián hipnotizaba. Igual que algunos tíos son capaces de embobar a mil mujeres y sacarles todo el dinero del mundo, él era capaz de seducir a mil jovencitas y hacerles comer en la palma de su mano. Y si sólo fuera comer...

Intenté dominarme, parecer entregada, rendida a su influjo y encanto. Intenté que mis ojos no me traicionaran ni mi pulso me delatara. La abuela solía leer en mí como en un libro abierto. Si Sebastián era tan bueno como para eso, saldría en globo.

Lo era.

–Tus ojos –susurró.

–¿Qué?

–Veo rabia en ellos.

Saqué fuerzas de flaqueza.

–Tú me hablas de amor y yo me siento furiosa, sí.

–Lo veo, lo siento, y no es algo que pueda dominar o ayudarte a vencer en unas horas o unos días –pasó al ataque–. Sin embargo..., el destino te ha ofrecido una hermosa oportunidad. El destino y tu búsqueda silenciosa. Porque gritabas hacia dentro, ¿verdad? No hacia fuera.

–La felicidad duele.

–Lo hermoso duele, porque está vivo. El mal duele porque desprecia esa vida.

De pronto me sentí cansada.

Somnolienta.

Pensé que a lo peor me habían puesto algo en el agua.

–¿Cuándo cumples los dieciocho, Berta?

–La próxima semana.

–Es una edad preciosa.

–No creo que de un día a otro deje de ser adolescente para convertirme en mujer.

–Ya eres una mujer, plena, fascinante, increíble. Una mujer preciosa. Pero tal vez tengas razón. De un día para otro nadie cambia. Sin embargo, al día siguiente de cumplir dieciocho años ya podrías venir aquí, reunirte con nosotros, formar parte de esto –abrió las manos abarcando El Paraíso y casi el mundo entero, más allá de sus límites.

–¿Me aceptarías?

–Ya te hemos aceptado –repuso–. Helena te ha traído porque ha visto que lo necesitabas, ¿verdad, Helena?

–Sí, Sebastián –la oí hablar a mi espalda.

Me había olvidado de ella.

–Esto es un refugio –dijo él–. No para escapar del mundo, sino para encontrarlo.

–No sé –vacilé.

–¿Por qué no te quedas esta noche?

No lo esperaba, así que me quedé helada.

–Pero...

–¿Puedes hacerlo?

–Sí.

–Vives con una tía.

–La llamo por teléfono y ya está. No va a importarle.

–Entonces no veo ningún problema.

–No quisiera molestar.

–¿Molestar? –se echó a reír, coreado por Helena–. Te ofrezco algo que sabrás apreciar y valorar, Berta. Compartes nuestra vida esta noche, y mañana por la mañana vuelves a tu casa. Después, nuestras puertas estarán abiertas para tu regreso. La luz es un resplandor que no debe cegar, sino acompañar.

–Dentro de un rato tenemos meditación, luego lectura, finalmente la cena –intervino Helena–. Mañana por la mañana madrugamos, a las siete de la mañana, y después del desayuno jugamos un partido de baloncesto. Seguro que eres buena.

No era la mejor psicóloga del mundo.

–Tendrás una bonita habitación –completó la invitación Sebastián–. Mientras, eres libre de vagar por El Paraíso tú sola, hablar con nuestros jóvenes, escuchar sus palabras.

–Bien –me rendí.

–No te arrepentirás, querida.

Volvió a cogerme de las manos, alargando las suyas. No me resistí, se suponía que estaba ya casi entregada a la causa. Esta vez lo hizo para atraerme y darme dos besos en las mejillas. Dos besos largos, cadenciosos.

Noté cómo me aspiraba.

La forma en que se llenaba de mí.

Superé el asco y mantuve mi sonrisa pánfila.

–Ve en paz, Berta –me dejó ir.

Helena me tomó del brazo. Una vez de pie me guio de regreso a la casa.

–Qué suerte has tenido –me susurró al oído–. Te ha dedicado más tiempo que a ninguna otra, y ni siquiera estás viviendo aquí, sólo de visita.

Mis ojos seguían buscando a Susana.

–Bien, ¿no? –insistió mi compañera.

Las siguientes horas fueron... las más extravagantes e insólitas de toda mi vida.

Por un lado, me sentí en una Disneylandia espiritual, un parque temático dedicado al amor y la bondad, pero que me ponía los pelos de punta. Mi escritor favorito dice que la perfección no existe, y aquello rezumaba perfección por todas partes. Falsa perfección, porque por debajo de la pátina maravillosa sabía que existía lo otro, lo momentáneamente invisible o intangible. Por lo que sabía de sectas y demás, los lavados de cerebro son básicos. La utopía terrenal. El miembro renuncia a su yo para formar parte de una colectividad. Es una hormiga al servicio de la reina. El aislamiento favorecía el resto.

Aunque toda burbuja pudiera pincharse.

Acompañé a Helena a su habitación porque me dijo que necesitaba vestirse como las demás. Me hizo pasar, y no se cortó un pelo cuando se desnudó por completo. Lo hizo con naturalidad, y yo intenté no mostrarme más mojigata y tonta de lo que ya fingía ser. Es más, le dije:

–Tienes un cuerpo muy bonito.

–La desnudez es el estado natural del ser humano, aunque aquí, como ves, usamos ropa. No queríamos mirones en las colinas observándonos con binoculares.

Salimos de nuevo al exterior. Helena vivía en la masía, por lo que deduje que Susana, al ser nueva, lo haría en la otra casa. Seguía sin localizarla, temerosa de que, al fin y al cabo, no estuviese en El Paraíso o le hubiese sucedido algo malo. Dimos vueltas por la finca, con la cháchara de Helena pegada a mi oído, hasta que un gong anunció la primera actividad común de la tarde en su declinar hacia el anochecer.

–¡Vamos! –echó a correr mi compañera.

La meditación fue fatigosa. Un silencio incómodo. Pero en ella, por fin, vi a mi perseguida.

Ya no se parecía mucho a la foto suministrada por su madre. Había cambiado. Por un lado, el cabello muy corto, cortísimo. Por el otro, la delgadez. Sus rasgos eran fantasmales, su palidez alarmante. Los ojos estaban hundidos y aureolados por unas oscuras sombras. Con la ropa blanca, más que una acólita, semejava un fantasma. Se sentó a unos cinco metros a mi izquierda

y la observé de tanto en tanto, con cuidado, porque de alguna forma sabía que yo, a mi vez, también era observada. Sebastián se sentó delante de nosotras, de nuevo en cuclillas, como bajo el árbol, y nos propuso el tema del día.

–Meditad sobre la condición humana en su tiempo, si realmente existe el ahora, si todo es un continuo pasado, si hay un futuro más allá del amor y la verdad.

Conté veintidós chicas y siete chicos.

Todos mayores de edad.

Ésa era la clave. Nadie podía acusar de nada a Sebastián. Todos estaban allí por voluntad propia. Quizás incluso se arriesgasen por tenerme a mí tras haberles dicho que me faltaban unos días para cumplir los dieciocho años.

Después de un tiempo interminable, Sebastián se levantó y, cual Mesías, habló a sus discípulos. Les preguntó por el resultado de su meditación, qué habían extraído de sí mismos en aquella larga hora. Todos le miraban embelesados, pendientes de sus palabras. Los «afortunados» a los que interpeló expusieron sus razonamientos, orgullosos, felices, y más si su guía los premiaba con una sonrisa, una aprobación o una felicitación. El resto ni se movía. Luego soltó una larga parrafada sobre los beneficios del amor, en todos los órdenes. Para ellos era un santo.

Terminada la meditación, llegó la lectura. De nuevo se escogió a un miembro de la secta, en este caso una mujer de unos veinticinco años. No sé por qué pensaba en la Biblia o algo parecido.

Pues no: leyó una novela.

Ni idea de cómo se titulaba, pero era fuerte, descarnada, e incluía sexo.

Cuando se dio por finalizada la lectura, otra hora larga, Sebastián anunció:

–Tenemos hoy una invitada, todos lo habréis notado. Se llama Berta.

–¡Bienvenida, Berta! –cantaron al unísono.

–Confiemos en que Berta vea y sienta lo que vemos y sentimos todos, y que en un futuro muy cercano decida unirse a nosotros.

Me sonrieron, como bobos, y hasta me aplaudieron.

–Cuanto más seamos, más fuertes y libres seremos –elevó las manos al cielo Sebastián.

–¡Que así sea! –gritó su rendido público.

Nos levantamos. Algunas chicas revolotearon a mi alrededor.

–¡Que seas muy feliz, Berta!

–¡Te queremos!

–¡Te esperamos!

Helena me sacó de aquel círculo vicioso. Susana Lorca había vuelto a desaparecer.

–¿Por qué hay más mujeres que hombres? –le pregunté a Helena.

–Nosotras somos más receptivas y abiertas. Además, Sebastián es un hombre. Todas le amamos. Él no hace distinciones entre sexos, sus brazos son los brazos del amor, y el amor es universal e infinito. Pero a los hombres les cuesta mucho más dar el paso, comprender el poder de la luz y la renuncia del «yo».

Pasamos al comedor, con una gran mesa formada por otras más pequeñas unidas en un rectángulo bajo la presidencia de Sebastián. Los turnos de cocina eran rotatorios y cada día, tanto a la hora de la comida como de la cena, tres residentes se ocupaban de ello. Cuando vi el plato casi vomito, porque odio las verduras.

No suelo comer verdura.

Y tuve suficiente.

–¿No comes más? –me preguntó Helena.

–No tengo hambre –busqué una excusa que la complaciese–. Estoy tan impresionada...

Ella asintió feliz.

Después del postre nadie se movió. Iba a preguntar qué sucedía cuando, de pronto, en medio de un inesperado silencio, Sebastián se levantó de su sitio y paseó entre nosotros.

Despacio.

Nadie lo miraba, todos mantenían los ojos cerrados y la cabeza baja.

Esperaban.

No tardé en saber qué.

Sebastián posó su mano en el hombro de una muchacha de unos veinte años, redondita, de figura generosa. A la chica se le iluminó el rostro, abrió los ojos, flotó en una suerte de éxtasis celestial. Nadie dijo nada. Él se apartó de su lado y ella se puso en pie y le siguió.

Cuando desaparecieron, hubo suspiros y algunos se levantaron.

–¿Adónde van?

Creo que era la pregunta más absurda del día.

–Irene ha sido elegida –dijo Helena.

–¿Para qué? –seguí en mi papel.

–Esta noche, ella le servirá.

–¿Cómo que le servirá? –necesitaba oírsele decir.

–Bañará sus pies y su cuerpo, acariciará su piel y la untará con esencias, recibirá sus dones y después yacerá a su lado.

–¿Quieres decir que...?

Helena me atravesó con unos ojos directos pero llenos de una falsa ternura.

Lo vi por primera vez.

–Sebastián es un ente puro –manifestó.

Quizás estuviese poseída por Sebastián, quizás sólo trabajase para él como

captadora, quizás le amase con locura y eso bastara para ser su cómplice.

No hubo tiempo de más. El comedor se vaciaba rápido. Helena dio por terminadas sus «explicaciones». Quedaba un tiempo libre antes de acostarse, pero ella me acompañó ya a la que iba a ser mi habitación, en la otra casa, tal y como había imaginado. Nos detuvimos delante de una puerta sin nombre situada en el primer piso, la abrió y me vi en una pieza como las restantes, como la suya propia, pequeña, sin apenas muebles. Nada de llave o cerradura. Los baños estaban al final del pasillo. La sola idea de pasar la noche allí me ponía los pelos de punta, no porque esperase nada malo y mucho menos la visita del Drácula Sebastián, pero sabía que no iba a pegar ojo, y que si lo hacía tendría pesadillas.

–Tienes un camisón en el armario, una toalla...

–Gracias.

–A ti por quedarte.

–Bueno, es algo nuevo, diferente...

–Es mucho más que eso, Berta. Es el primer día de tu nueva vida, ya lo verás. ¿Cómo puede alguien resistirse a esto? –abarcó el contorno abriendo los brazos y las manos–. Hay un mundo hostil ahí fuera. Un mundo que no nos merece. Ya nos han hecho bastante daño.

–Bien –me resigné con ganas de quedarme sola de una vez.

–Ahora dame el móvil.

–¿Por qué?

–Porque están prohibidos aquí.

No había llamado a la abuela. Y si no la avisaba, me caería una buena por la mañana. Pero ya era tarde para dar marcha atrás y no podía decirle a Helena que necesitaba hacer una llamada a solas. ¿A quién? ¿A mi supuesta y díscola tía?

Lo desconecté y se lo di.

–Hasta mañana, Berta.

–Buenas noches.

Se acercó, me dio dos besos de Judas en las mejillas y se retiró.

Todavía no eran ni las diez de la noche.

Pasé una hora en la cama, vestida, hasta que dejé de oír movimientos a mi alrededor. Por la ventana no se veía nada. Lo único que hice fue salir de mi habitación para ir al baño. De paso leí los nombres escritos en las puertas. Jocelyn, Ana, Carlos, Matilde... No me arriesgué a mirar más, por si me sorprendían. Tenía toda la noche para hacerlo. Volví a mi habitación y seguí tumbada en la cama, con los ojos fijos en el techo, intentando asimilar todo lo visto.

Sebastián era un hijo de puta.

Disponía de un harén, y vivía a cuerpo de rey bajo la falsa premisa de «su santidad».

Desde luego, rollo no le faltaba.

«Bañará sus pies y su cuerpo, acariciará su piel y la untará con esencias, recibirá sus dones y después yacerá a su lado.»

Sentí mucha rabia.

«Sebastián es un ente puro.»

Apreté los puños.

Estaba allí por Susana, tenía un trabajo.

«No pretendas salvar al mundo», escuché la voz de papá. «De momento basta con que salves a una sola persona.»

¿Y si Susana no quería ser salvada?

Mi clienta era su madre.

Ya la había encontrado. Bastaba con ir a ver a Fortu Sants y decírselo.

Pero entonces, ¿por qué me había quedado a pasar la noche allí?

Lo sabía muy bien.

Quería hablar con ella, con la víctima, con Susana.

Me asomé dos veces al pasillo y las dos tuve que regresar al notar movimientos o voces cercanas. La segunda, incluso, me encontré a una de las mujeres que, en apariencia, debía de tener más edad. En el fondo de sus ojos advertí un abismo de dolor apenas tamizado por el aura de paz y bondad de su semblante.

—Hola, Berta —me saludó.

—Hola.

–Me llamo Encarna. Seremos amigas.

–Sí.

–Bien –se alejó flotando feliz por mi respuesta.

Necesitaba gritar, pero no lo hice.

A partir de las once y media, más o menos, ya no oí nada. De no haber sido por el móvil, me bastaba con encontrar a Susana, convencerla o no, y luego bajar, montarme en la moto y salir de allí. Pero el móvil valía una pasta y no estaba para perderlo.

En la mesita de noche había una vela y cerillas. Previsión de apagones, o tal vez sesión de meditación a lo bestia. Encendí la vela y comencé mi investigación. En la planta baja no encontré la puerta de la habitación de Susana. Mi miedo era que existieran dos con el mismo nombre, aunque supuse que entonces se las ingeniarían de alguna forma para diferenciarlas. Subí al segundo piso y tuve suerte con la tercera puerta.

Entré despacio, en silencio, me acerqué a la cama y le puse una mano en la boca.

–¡Chis! –la previne–. Susana, soy una amiga, no hagas ruido.

Con la única luz de la vela, su rostro alucinado era espectral. La dejé en la mesita, sin apagarla, y encendí la de la lamparita de noche. No sabía si retirar ya la mano.

Lo hizo Susana, de un manotazo.

–Pero ¿qué...?

–Déjame que te cuente, ¿vale?

No entendía nada. Parecía a punto de saltar de la cama y salir corriendo. Hundió sus ojos en mí hasta que se enfrentó a la realidad tras reconocirme.

–Eres la nueva.

–No soy la nueva. Estoy aquí por ti.

–¿Qué?

–Me llamo Berta Mir, trabajo en una agencia de detectives. Tu madre nos contrató para que te encontráramos.

Puede que fuese demasiado brusca.

Directa.

No le gustó.

–¡Vete!

–Primero tienes que oírme...

–¡No! –hizo ademán de golpearme con los puños cerrados–. ¡Vete, vete, vete! –su miedo salía a borbotones, aunque yo no entendía la razón: si era por mi presencia, por lo que pudiera sucederle si Sebastián se enteraba o si se trataba de su madre.

–Susana –la dominé venciéndola de nuevo sobre la cama–, conozco tu

secreto, todo lo que te hizo tu padre, y así no vas a solucionarlo. No puedes huir sin enfrentarte a ello, a tu madre o a quien sea.

Una niña atrapada con las manos en un pastel no habría reaccionado con más pánico.

–No... no...

Pensé que se dirigía a un colapso terminal, sus ojos casi se llenaron de blanco.

–¡Susana! –la zarandeeé.

Esta vez sí me golpeó, aunque no me hizo daño.

–¡No volveré! ¡Nunca! ¿No lo entiendes? ¡No puedo ni quiero! ¡Se acabó! ¡Aquí soy feliz!

–¿En una secta?

–¡No es una secta! ¡Sebastián es paz y amor! ¡Lo necesito! ¡En unos días seré elegida! ¡Yo! ¡Nadie me forzará ya nunca más! ¡Me entregaré en cuerpo y alma porque he visto la luz! ¡Elegida para un destino superior!

–¿Superior? ¿Lavarle y acostarte con él es tener un destino superior? ¡Eso es esclavitud!

–¡No, tú no lo entiendes! –ahora se aferró a mí como una loca–. Es un tránsito, es...

–¡Puedo ayudarte!

–¡Ya tengo ayuda!

–¡Lo que te hizo tu padre no tiene por qué seguir condenándote! ¡Él ya no está, eres libre, tú misma lo dijiste después de su entierro!

–¡No quiero volver a mi casa con ella! ¡Lo sabía y no hizo nada! ¿Por qué quiere que vuelva?

Pensé en mi propia madre al decir aquello:

–Eres su hija, para bien o para mal...

Creo que no lo dije con mucho convencimiento.

–¡También lo era entonces!

–Susana, necesitas una oportunidad, y aquí no la encontrarás. Esto es tan malo...

–¡Voy a gritar! –me amenazó.

–¿No te has preguntado por qué en este Paraíso –lo pronuncié con retintín– no hay mujeres u hombres de más de veintisiete o veintiocho años?

–No sabes de qué estás hablando.

–Sé que te estás castigando por lo que él te hizo, pero tú no tuviste ninguna culpa...

–¡Yo quería morir! –me escupió cada palabra a la cara y por un instante me recordó a la niña de *El exorcista*–. ¡Aquel día golpeé el volante, lo hice a propósito, quería que muriéramos los dos, que nos destrozásemos al salirnos de

la carretera, pero sólo murió él! ¡Él! Pasé una hora junto a su cadáver, y encima lloré. ¡Lloré porque le odiaba y, sin embargo, no podía dejar de quererle!

Sus palabras se me clavaron en la mente.

El horror dentro del horror.

Como las muñecas rusas.

Ya no tenía argumentos.

–Marcelino te espera –fue lo único que se me ocurrió decir.

Susana se puso a llorar, ya desarbolada, convertida en un guiñapo. Quizás fuese la primera vez que decía lo que acababa de contarme en voz alta.

Había matado a su padre.

Había querido morir.

Y El Paraíso era su última frontera.

–Susana... –la abracé.

El silencio fue extraño, pero de alguna forma supe que acababa de convertirse en un grito mucho antes de volver la cabeza y verle a él.

Sebastián.

Fue un shock.

La puerta abierta, su figura envuelta en un halo celestial, su rostro ingrátido, sin expresar emoción alguna aunque la seriedad se inclinaba más hacia el lado del enfado.

Un pequeño enfado.

Yo no era más que un piojo en su inmaculada cabeza.

–¿Satisfecha? –me dijo. Y al escuchar su voz, Susana se estremeció violentamente.

–¿Cómo...?

No terminé la pregunta.

Cámaras. Cámaras en las habitaciones. Cámaras ocultas, invisibles. Sebastián no sólo «bendecía», uno a uno, a sus acólitos cada noche, también los observaba en su intimidad. Yo encima era «nueva». Si había tardado en materializarse ante mí después de que entrara en la habitación de Susana, era por la distancia entre las dos casas.

Control total.

–Ella...

No me dejó terminar.

–Ella es mayor de edad, y quiere quedarse, ¿verdad, Susana?

La hija de Fortu Sants asintió con la cabeza.

–Yo no sabía... –balbuceó.

–Lo sé, cariño, lo sé –la tranquilizó él.

Me puse en pie. Sabía que mi tiempo en El Paraíso había terminado.

–Esto es un mundo privado –dijo Sebastián.

- Para tu servicio.
 - No entiendes nada.
 - Encima serás de los que se creen sus propias fantasías.
- Se apartó de la puerta.
- Ya sabes el camino.
 - Quiero mi móvil.
 - Está en la entrada.

Temblaba, pero no quise darle el gustazo de que lo viera. Me tragué la impotencia, la rabia, el miedo, y pasé por su lado hecho una furia. Temí que me siguiera, pero no lo hizo. Tenía que consolar a Susana, su última «adquisición». Quizás adelantara su noche mágica y la convirtiera en «elegida» ya mismo. Un gesto de bondad.

Salí al exterior.

Una noche hermosa.

Incluso allí, en la sucursal del infierno.

Encontré mi móvil en la entrada, cierto. En una bandeja. Los dos cascos seguían en la moto, donde los habíamos dejado al llegar. Guardé uno en el maletero y me coloqué el mío. Antes de arrancar miré hacia la masía.

Vi una luz encendida en una ventana.

Y a Helena recortada en ella.

Sólo eso. No pude verle la cara de forma definida.

A pesar de que podía pegármela si no iba con cuidado, salí disparada a todo gas.

Amanecí atontada y con una desagradable sensación.

Y recordar de pronto, como si una pesadilla volviera a mí, lo que había sucedido en El Paraíso, aumentó esa sensación y el mal sabor de boca.

Me quedé un rato tumbada en la cama, pensando.

Había encontrado a Susana, sí. Había tratado de llevármela, ¿por qué? No era mi trabajo, y sin embargo...

Seguía queriendo ser juez y parte.

Tenía que ir a ver a Fortu Sants, devolverle el ordenador de Susana, decirle dónde estaba su hija y punto. El resto era cosa suya. Suya y de ella.

Lo malo era que yo había estado allí, y había visto las caras de los seguidores de Sebastián.

–Has resuelto el caso, ahora te queda lo gordo –susurré para mí misma.

Lo gordo.

Arcadio Buenaventura y Laia Moncada.

Dos asesinos sueltos y yo en medio.

No sabía dónde vivía el cantante ni de qué forma llegar a él.

¿Y para qué quería llegar a él?

–Llama a Alfredo –me hablé de nuevo.

Si la abuela hubiera estado en mi cabeza, me habría dado una somanta de palos.

Me levanté, me lavé, me vestí y lo primero que hice fue la factura de Fortu Sants. El importe total por las horas empleadas en encontrar a Susana superaba los quinientos euros que me había dado. Estuve a punto de redondearlo para decirle que no tenía que darme más.

–¡Mierda!

No, eso no era lógico. ¿También iba a regalar tiempo y dinero a los clientes? Además, ya no me gustaba. Podía ser una madre preocupada, pero ¿lo estuvo en los años en que su marido abusó de su hija?

Se me quitaron las ganas de desayunar.

Guardé la factura impresa en mi bolso, busqué el teléfono y telefoneé a mi clienta. Lo cogió enseguida, casi sin dar tiempo a que sonara, como si estuviera justo al lado.

–¿Sí?

–Señora Sants, soy la ayudante del señor Mir.

–¡Ah, dime, querida!

–Hemos encontrado a Susana.

–¡Oh, Dios! –escuché un gemido agudo.

–Está bien –dije, intentando tranquilizarla de entrada–, pero no quiso irse cuando se lo pedimos. Decidió quedarse allí. Tendrá que ir usted a por ella y tratar de convencerla.

–Claro, ¡claro! ¿Dónde...?

–En una finca llamada El Paraíso, pasado Premià de Dalt. Iré dentro de quince o veinte minutos para devolverle el ordenador de Susana, darle la factura y hacerle un mapa.

–¡Gracias!

–¿Le digo el importe para que cuando venga tenga el dinero preparado?

–Sí, sí... Estoy tan nerviosa... Pero ¿ella está bien?

–Está perfecta –no quise decirle que también estaba feliz.

A su modo, pero feliz.

El resto fue rápido. Intentó hacerme más preguntas y acabé diciéndole que tenía prisa y que esperase mi visita. Dejé el móvil sobre la cama y me fui a ver a papá.

Era la hora de la verdad.

Repetí el eterno ritual. El beso, coger su mano y esperar una reacción de su dedo índice. Esta vez fue de inmediato. Me dibujó dos letras en la palma.

Ya teníamos códigos. «B.D.» significaba «Buenos días».

–Hola, fiero –le dije al oído.

«M R T N»

Pensé que se refería a Marte. Luego comprendí que no se trataba de eso.

–¿Maratón? ¿Has corrido la maratón?

Un golpe con el dedo.

–Estás hecho un atleta.

No respondió; de nuevo era mi turno.

–Papá, tengo que contarte algo –hablé bajo para que la abuela, si estaba por allí, no pudiera escucharme–. Te mentí cuando te dije que lo del chantaje había ido bien. En realidad no fue nada bien. Pasó algo...

Se lo conté todo, con pelos y señales, incluido mi descubrimiento de que la superrubia Vanessa Fonoll era en realidad la morena Laia Moncada. Lo único que no le dije fue que tenía miedo de que ellos no quisieran dejar las cosas como estaban, ya que su plan de buscarse un cabeza de turco había fracasado.

Como delincuentes eran bastante malos. La pobre vecina de Damián Gómez era la prueba.

Papá tardó en responder.

–Ellos no saben que yo he averiguado quiénes son, así que se sienten a salvo –insistí.

«A L F»

–Llamaré a Alfredo, sí –me rendí a la evidencia.

«T E S I E T S E G»

–No, no me siento seguida.

«V G D A»

–Vigilada tampoco. Papá, que no son profesionales. ¡Sólo dos idiotas llenos de miedo por lo del chantaje! ¡Saben que han metido la pata hasta el fondo y que todavía pueden complicarlo más! Lo único malo es que la policía no ha detenido a nadie y por lo tanto el caso sigue abierto, basta con leer los periódicos. Deben de estar preguntándose qué pasó, por qué yo no estaba allí cuando llegaron los agentes, sumidos en un mar de dudas. Seguro que han pasado todo este tiempo tratando de saber si yo...

Me quedé blanca.

Si Arcadio y Laia habían querido salir de dudas bastaba con...

–Voy a llamar a Alfredo –mentí.

«B»

–Tranquilo.

«T C»

–Lo tendré –le besé, solté su mano y me levanté.

No, no iba a llamar a Alfredo. Todavía no. Con suerte, quizás pudiera ofrecerle la cabeza de aquellos dos locos en bandeja de plata. Por lo menos.

Fui a mi habitación de nuevo, corriendo.

Tomé el móvil de encima de la cama.

Si Arcadio y Laia habían querido salir de dudas, saber si estaba detenida o no, si su plan había funcionado o no, bastaba con haberme llamado al día siguiente.

Y lo habían hecho.

El número del hombre que me había telefonado por la mañana, cuando volví al lugar del asesinato bajo los puentes, antes de echarme a llorar y descubrir al sin techo, seguía en el registro de llamadas.

Yo misma había alucinado por tener tanto trabajo de pronto.

«El señor Mir está ocupado en varios casos a la vez, señor. Lo siento pero ahora mismo le será imposible atenderle. Si quiere intentarlo la próxima semana...»

Y la voz, sin insistir o preguntar si conocía otra agencia, había dicho:

–De acuerdo, gracias.

–Por favor, por favor, que sean tan idiotas que hayan llamado desde su propio teléfono –supliqué.

Iba a pulsar la tecla para devolverle la llamada pero me detuve justo a tiempo. Yo también iba a cometer el mismo error. El número de mi móvil quedaría igualmente en la memoria del otro teléfono y, si tenía razón, sería como gritarles que los había descubierto.

Nerviosa, agitada, bajé a la calle.

La cabina de la esquina, cosa rara, funcionaba.

Marqué, esperé, escuché cinco tonos seguidos y luego la voz del buzón.

—Hola, soy Arcadio. Deja tu mensaje y te pondré en lista de espera. ¡Es-bro-ma!

Arcadio Buenaventura sí me había telefoneado.

Puro control.

Eso había sido hacía dos días.

Cuando uno mata de forma consciente y deliberada a una persona, aunque sea para protegerse, y a otra por accidente, tal vez ya no se detenga a pensar.

Entonces sí, yo estaba en peligro.

Por muy famoso que fuera el tipo, tarde o temprano...

Subí a casa, recogí el casco, me despedí de Alejandra y volví a bajar. Tenía la cabeza en todas partes menos en lo que estaba haciendo. Monté en la moto y sólo cuando subía la escalera de la casa de Fortu Sants recordé que me había dejado el ordenador de Susana.

Al volver de Premià no quise dejarlo en el maletero de la moto y lo guardé en mi habitación.

Demasiado tarde para volver atrás.

La madre de la chica desaparecida me recibió con las manos entrelazadas, el rostro constreñido y el nerviosismo dominando sus gestos. De entrada me abrazó.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Me sentí muy rara.

No le tenía ninguna simpatía.

Pero era tan madre como la mía, culpable o no de lo que probablemente ya marcaba su vida para siempre.

Y mi cliente.

Hablamos poco. Evité las preguntas mientras le hacía un mapa de lo que recordaba para llegar al Paraíso. Le repetí que Susana estaba bien y no le dije que difícilmente lograría llevarse a su hija. Tampoco le hablé de Sebastián. Ni de la verdad del «accidente» de su marido. Cuando le entregué la factura ya tenía preparado el dinero que faltaba.

—Me he dejado el ordenador, señora. Se lo traeré en cuanto pueda, descuide.

—Bien, bien, no..., no importa —suspiró—, aunque te agradecería que lo trajeras pronto, para que Susana lo tenga aquí cuando regrese. Quiero que todo esté

como siempre. Yo... espero que esto no sea más que una pesadilla y que empecemos de nuevo.

Empezar de nuevo.

Nadie empieza de nuevo. Hay un punto de partida y luego toca seguir, con la mochila cada vez más llena de pasado, recuerdos...

Todavía no había ido al banco a ingresar los mil euros de mi mentirosa modelo, ni los quinientos avanzados por la señora Sants, y además llevaba encima el último pago de ella.

Ante mí se alzaba imponente la fachada principal del Hospital Clínico.

Tuve una sacudida.

Tan inesperada como lo fue mi reacción.

Crucé la calle Casanova y subí las escalinatas. Una vez dentro, sin saber adónde ir, busqué a una enfermera mayor o a un doctor con la edad suficiente como para acordarse. Tardé un poco, porque todos los que llevaban bata blanca parecían recién salidos de la facultad.

–Por favor, ¿recuerda a un médico llamado Suñol, Miguel Ángel Suñol?

El hombre, cincuentón, orondo, con dedos amarillos por el tabaco, me lanzó una mirada molesta. En el bolsillo de la bata no le cabían más bolígrafos.

–Pregunta en personal.

Me interné por el laberinto de pasillos y, tras preguntar a dos personas más, esta vez enfermeras, aterricé ante un mostrador atendido por una mujer que llevaba gafas bajo su mata de pelo teñido de primoroso negro azabache. Era mayor, más de cincuenta, menos de sesenta. Tuve que esperar a que ordenara unos papeles de colores. Finalmente me miró con ojos que invitaban.

–Perdone la molestia, señora –me puse piel de cordero–. ¿Es posible que alguien recuerde a un médico que trabajó aquí? ¿Un tal Miguel Ángel Suñol?

Le cambió la cara.

Lo suficiente.

–Yo recuerdo al doctor Suñol –dijo–. Llevo veinticinco años en este sitio.

–¿Por qué dejó la medicina?

–¿Quién eres tú?

–Trabajo en una agencia de detectives –le entregué una tarjeta–. Se trata de una herencia y no damos con él.

–Ni daréis.

–¿Por qué?

–Desapareció sin dejar rastro.

–¿Y la policía no lo buscó?

–No era el caso.

–Si pudiera...

–El doctor Suñol era uno de los mejores cirujanos del Clínico –habló

revestida de seriedad—. Un hombre entregado a su trabajo, febril, apasionado. Se casó con una mujer árabe, tuvo una hija, y años después ella le abandonó, regresó a su país con la niña y una vez allí... fue imposible encontrarla. El doctor Suñol la buscó durante años pero había desaparecido... Todos imaginamos que seguía buscándola, pero...

—¿Su hija se llamaba Sonia?

—Sí.

Tenía ya dos personas detrás de mí esperando para hablar con ella.

—Gracias —me despedí.

—Suerte —me deseó.

Regresé a la calle muy impresionada.

Miguel Ángel Suñol estaba tan cerca, y al mismo tiempo tan lejos...

Vi otra cabina telefónica y reorganicé mis pensamientos atendiendo al orden de prioridades. Acababa de resolver un caso no programado. Extraordinario. Pero el doctor Suñol, ya loco, seguiría siendo un sin techo. Y si yo me descuidaba, podía acabar siendo una sin vida.

Puse una moneda de cincuenta céntimos y, tras buscar el número en mi móvil de nuevo, lo marqué.

Esta vez tuve suerte.

Al tercer tono escuché la voz de Arcadio Buenaventura.

—¡Hola!

Ya no había vuelta atrás. Mi plan podía ser descabellado, temerario, pero, si quería salvar el pellejo y que Alfredo Sanllehí no me emplumara, era lo único que podía hacer.

Mis métodos no eran normales, vale.

—Soy la detective a la que dejaste inconsciente junto al cuerpo de Damián.

El silencio fue un órdago.

—Escucha, porque no quiero repetir lo que voy a decirte —seguí con un falso aplomo que superaba mis nervios y mi miedo—. Quiero veros, a ti y a Laia, hoy mismo. Y sin trucos o esa película verá la luz.

—¿Cómo coño...?

—¡Eh, eh! —le corté—. Tú me metiste en el lío, ¿recuerdas, listo? Ahora apechuga con ello. Tengo la película, y eso es todo lo que debe preocuparte.

—Mientes.

—¿Ah, sí? ¿Pensasteis que matándole y quemando su piso bastaba? No sois más que dos pardillos aficionados. Damián tenía una hermana y un novio. Él también era un aficionado, pero desde luego no tonto. Debería ir a la poli. Pero si le ibais a pagar cien mil a Damián, bien podéis pagarme cincuenta mil a mí. Ah, y si se os ocurre seguir matando, con lo bien que se os da eso, ten por

seguro que alguien recibirá una copia y una carta explicándolo todo. ¿Me sigues?

Otro silencio.

–¿Estás componiendo una canción?

–De acuerdo, chica lista –jadeó su voz–. Te doy cincuenta mil euros, ¿y luego qué? ¿Cuántos más?

–¿Por qué los chantajeados pensáis que los chantajistas siempre queremos más?

–Se llama ambición.

–¡Se llama cordura, idiota! ¿Para qué quiero yo más problemas? Sabes quién soy, mi nombre... Esto es un negocio entre vosotros y yo. Además, tienes mayores dolores de cabeza que preocuparte de si voy de legal o no. Sabes perfectamente lo que está en juego, y más ahora, con tu nuevo disco, la gira... –dejé de hablar porque otra idea cruzó mi cabeza como una estrella fugaz.

Su disco. La gira.

Todo aquello había empezado por proteger a su novia...

Su novia filmada haciendo el amor con otro.

¿Con otro?

¿Y Arcadio Buenaventura...?

–¿Cómo has dado conmigo? –interrumpió el alud de mis pensamientos.

–Tú me llamaste al día siguiente desde tu móvil, listillo. Te dije que no podíamos atenderte y colgaste. ¿Crees que me chupo el dedo?

El tercer silencio.

–Cuento hasta tres –le advertí–. Uno...

–¿Dónde y cuándo?

–Dame tu dirección.

–¿En mi casa?

–Desde luego. Nada de lugares oscuros y peliculeros. Ahí es donde la fastidió Damián.

–Joder...

–Ya, Arcadio.

Me dio sus señas. Sarrià. Le iban bien las cosas. Y con un solo disco. El segundo era el decisivo.

–A las cuatro de la tarde, pero ten el móvil abierto por si cambio de idea. Y os quiero allí a los dos.

–No sé si Laia...

–A los dos.

Colgué sin más.

Menos mal que seguía delante del Hospital Clínico, porque el corazón me iba a mil y pensé que me daba un infarto.

Alfredo Sanllehí se quedó mirándome desde la puerta.

Se apoyó en el quicio y cruzó los brazos.

–¿Qué es eso tan urgente que me tienes que contar? –me soltó de buenas a primeras.

Llevaba media hora esperándole, así que mi humor, lo que se dice bien, no estaba.

–Yo también me alegro de verte –le saqué los dientes en una más que fingida sonrisa.

Estaba igual que un mes antes: el mismo traje, la misma corbata, los mismos zapatos. Para mí que los compraba todos iguales, como un uniforme. Elegante, serio, atractivo. Era lo menos parecido a un inspector de policía que jamás hubiera imaginado. Los de las películas siempre daban asco, y los de las novelas, llenos de problemas...

–Anda, pasa –se apartó para que entrara en su despacho.

Me levanté de la silla y le obedecí sumisa. Los dos besos en las mejillas fueron fugaces pero cálidos. Por chula que me mostrase, me caería la bronca igual, así que tenía que jugar mis cartas con astucia. Dar, pero también guardar el equilibrio. Recibir los golpes, pero dejar bien claras mis intenciones. Valorar lo que iba a hacer por el bien de la justicia. Era mi tercer «encuentro» con él. La nuestra ya era una amistad consolidada aunque rarísima. La Bella y la Bestia, si bien no estaba claro quién era la Bella y quién la Bestia.

–¿Estás estudiando para sacarte la licencia? –me preguntó antes de que me sentara.

–Todavía no.

–Berta...

–Alfredo...

Ocupé mi silla. Él la suya al otro lado de la mesa. Allí era mucho más severo, guardaba las formas. En la calle cambiaba un poco. Nuestro viaje de Andorra a Barcelona, cuando resolví el caso del loro que hablaba demasiado, fue revelador. Durante aquellas horas dejamos de ser un policía y una semiadolescente recién salida de los años malos. Allí supe que me tenía cariño y comprendí que yo le apreciaba, por más que siempre tuviéramos diferencias, de

edad, de criterio, de todo. Un poli y una detective por obligación y necesidad. Una mentirosa que fingía ser lo que no era.

–¿Y tu padre?

–Igual.

–¿Y tu abuela?

–Peor.

–Lo siento.

Me encogí de hombros.

Luego sostuvimos nuestras respectivas miradas y acabó sonriendo.

Era guapo.

Y seguía sin llevar anillo.

¿Era posible que nadie...?

–¿En qué lío te has metido? –preguntó al fin.

–¿No puedo venir a verte en plan «pasaba por aquí»?

–No.

–Vale.

–Cuenta. Tengo trabajo.

–Oye, si me vas a echar la bronca...

–O sea, que tengo razón: te has metido en un lío.

–¿Quieres que no confíe en ti nunca más?

–Ya estoy temblando.

Tuve ganas de levantarme y largarme.

Pero no podía.

–Venga, Alfredo... –rocé la súplica.

–Habla.

–Prométeme que no me echarás la bronca.

–No puedo.

–Al menos dime que te portarás bien.

–Eso siempre.

–Y que tratarás de entenderme.

Se llevó una mano a los ojos. Cuando la retiró le habían caído diez años más encima.

–Berta, ya.

–Voy a resolverte un crimen –le solté.

–¿Qué crimen?

–Uno del que seguro que todavía no sabéis nada –y por si acaso, agregué–: Y eso que eres bueno.

Metí la mano en mi bolso y saqué la pistola que acababa de recoger de casa antes de ir a la comisaría. La deposité sobre su mesa. Luego cogí el sobre de los recortes de periódico e hice lo mismo.

A Alfredo casi se le salieron los ojos de las órbitas.

–Qué diablos... –empezó a decir.

–Ésta es la pistola con la que mataron a Damián Gómez Pedrell la otra noche –dije–. Y éste el falso sobre del pago del chantaje que estaba haciendo –tomé aire, me agarré a la silla y solté el resto–: Ahora, si quieres coger a los asesinos y tener pruebas contra ellos, déjame que te lo cuente todo y te exponga mi plan, ¿de acuerdo?

Sin su peluca rubia, Laia Moncada todavía era más sexy. Bueno, sin su peluca y sin las gafas que en nuestro despacho le ocultaban media cara. Decían que las guapas, sobre todo las modelos, eran de plástico. Pues no. Laia era lo que se suele decir «un pedazo de tía». Apropiaada para un tío de éxito como Arcadio Buenaventura. Ella no era una top, famosa y reconocible, pero sí la pareja ideal para una estrella pop.

–Pasa –me invitó tras mirarme de arriba abajo como la mantis mira a la lagartija que va a devorar.

La casa era nueva. La decoración era nueva. Era evidente el mal gusto a pesar del dinero gastado. La falta de uso hacía el resto. Llenar espacios no significa aprovecharlos ni vivir en un lugar. El conjunto también era un monumento al ego de sus dueños. Fotos de Arcadio actuando y fotos de Laia posando llenaban paredes y estantes. En la enorme sala, donde acabamos tras caminar unos metros, lo más visible eran los discos de oro conseguidos por el cantante en su incipiente y rápida carrera. Los ventanales daban a una terraza, y la terraza a una piscina comunitaria. Sólo había un piso en cada rellano, así que pocos vecinos podían disfrutarla. Aunque si Laia tomaba el sol en bikini, o en topless, sí habría mirones.

Arcadio Buenaventura estaba sentado en una butaca que más parecía un trono, con su inmaculada cabellera rubia. No se levantó al verme aparecer.

Ya nos conocíamos.

Él a mí sobre todo.

Los restos del chichón de mi cabeza me recordaron que todavía seguía allí.

Laia se sentó en un sofá. Más bien se tumbó cuan larga era. Aún con ropa «de estar por casa» mostraba sus dotes de modelo y lo bien que le quedaba cualquier trapito. Pasé de ella y me concentré en él.

No me invitaron a sentarme, así que tomé la iniciativa, agarré una silla y me senté. Ellos no lo sabían, pero en el fondo estaba nerviosa y me temblaban las piernas.

Tenía que ser convincente.

–¿Por qué nuestra agencia? –rompí el hielo con una pregunta directa.

Arcadio Buenaventura dejó de estudiarme y observarme con cara de fastidio.

Una cara en la que no faltaban el odio y el desconcierto por mi papel en su jugada y por lo mal que les había salido todo.

–Será mejor que nos entendamos –insistí–. Responde: ¿por qué nosotros?

–Nos dijeron que era una agencia pequeña, que el detective era un tipo sin importancia y que trabajaba solo.

Correspondía con la imagen de papá, por más que me pesara.

Eso no evitó mi rabia.

–¿Por qué tuviste que ir tú? –preguntó el cantante.

–Mala suerte. De cualquier forma, daba lo mismo, ¿no? Se trataba de colgarle el muerto a alguien –medía cada una de mis palabras para conducir la situación–. Menuda chapuza, colegas.

–Acabemos con esto, venga –Arcadio se movió inquieto en su butaca.

Saqué una memoria USB del bolsillo de mi cazadora.

–Interesante película, ¿eh? –la sostuve en la palma de mi mano.

–Estaba colgado, joder –el cantante escupió sus palabras–. Esa coca era pura dinamita, y desde luego no tenía ni idea de que ella fuese menor de edad. ¡Ni idea! Parecía...

Tan sencillo.

Todas mis dudas respondidas en apenas docena y media de palabras.

¿Cómo iba a colaborar él en el rescate de una película de Laia? Encima, ¿una película en la que ella se lo montaba con otro? ¿Acaso no seguía existiendo el viejo machismo? Y además matar por su novia. ¿Tanto amor y lealtad merecía? Que la modelo tragara, bien. Que lo hiciera Arcadio Buenaventura...

Intenté no traicionarme por la revelación final.

Coca. Una menor.

Arcadio sí se jugaba la carrera, justo en su momento de esplendor.

Algo por lo que sí merecía la pena matar.

Algo que sí valía cien mil euros.

–¿Tú le apoyas? –miré a Laia.

–No tienes ni idea, niña.

–Mientras mames de la teta, ningún problema, ¿verdad?

–Eres una hija de puta...

–Vuelve a insultarme y la otra copia de este USB os jode vivos.

–¡Cállate, Laia!

–¿Que me calle yo? –la chica sacó sus garras–. Si te la hubieras guardado en la bragueta no estaríamos en este lío de mil demonios. ¡No tenías que haberle matado!

–Y qué querías, ¿que me pasara la vida pagando, como tendré que hacer con ella? –me señaló despectivamente mientras se revolvió en su asiento.

–No vas a pasarte la vida pagándome, ya te lo he dicho –quise dejarlo claro–.

Por eso estoy aquí, a la luz del día. Lo arreglamos y, cuando salga por esa puerta con el dinero, te mando la copia de seguridad. Eso es todo. No quiero saber más de ti, tío. No sólo matas a un desgraciado sino que le quemas la casa y te cargas a una vieja.

–¡Eso fue un accidente!

–Da igual –se lo dejé claro–. ¿Qué pasó, se te fue la mano?

–Registramos la casa, nos llevamos discos, USB, cintas..., pero no podía arriesgarme. Mejor el fuego.

–Damián no era un profesional, sólo un incauto y un ingenuo.

–Un ingenuo que me filmó y quiso aprovecharse de ello.

–Quería cien mil euros para hacer una película. Sólo eso. Jugaba limpio.

–¡Y yo qué sabía!

–Miraste su dirección en el DNI después de matarle, tuviste suerte de que fuera la real, no la de sus padres, y más suerte aún de que él llevase la cartera encima, como un pardillo. Luego le cogiste las llaves. Aparecí yo, tarde, por culpa de Laia, montaste la escena final después de dejarme inconsciente y te largaste para completar la búsqueda de tu grabación.

–Dime una cosa. ¿Cómo escapaste? La policía tuvo que llegar en menos de diez minutos.

–Tengo la cabeza dura.

Se callaron los dos. Laia, la consentida, le miró con rabia y un punto de desprecio. Arcadio a ella con ira.

No iban a ser la pareja más feliz del mundo.

–Acabemos con esto –se levantó él.

–¿Tienes los cincuenta mil?

–Ahí –señaló una simple bolsa de plástico del supermercado que abultaba muy poco.

Los imaginé de quinientos euros. Cien billetes.

Iba a dar la señal.

En cuanto comprobase que era dinero de verdad, la daría.

Ya estaba harta y, desde luego, como actriz, había cumplido.

El resto...

No llegué a incorporarme. Sonó un móvil. Era el de Laia. O al menos el teléfono estaba a su lado, en una mesita. Alargó la mano, lo atrapó y se lo llevó al oído.

Hasta yo pude oír los gritos.

A la modelo le cambió la cara.

Se quedó pálida, muy blanca.

Arcadio Buenaventura y yo, quietos.

–¿Estás... seguro? –la chica apenas pudo articular palabra.

–¿Qué pasa? –se alarmó su novio.

Creo que estaba preparada para todo menos para aquello.

Lo impensable.

–Es... Max... –balbuceó Laia con ojos vidriosos–. Dice que el vídeo... la película... está colgada en internet... –tragó saliva ante la evidencia de lo que estaba diciendo–. Está intentando que la retiren porque... Pero ya... Dice que ya la ha visto mucha gente y que... los foros...

Arcadio Buenaventura drogándose y montandoselo con una menor.

El fin.

Tardé en reaccionar.

–¡Hija de puta! –gritó el mito caído.

La señal era una simple palabra.

No pude decirla.

Mientras Laia seguía al teléfono, ya hundida, Arcadio me cayó encima y sus manos me cortaron el aliento al agarrarme del cuello. Me dejó sin respiración al instante. Me defendí como pude, pero fue inútil. Veía sobre mí su rostro demudado, enloquecido. Había dejado de ser una estrella pop y un tío guapo para convertirse en una máscara de sí mismo. Yo no respiraba, pero él estaba rojo.

Una baba empezó a caer de su boca.

Los segundos se hicieron eternos.

Luego, el estruendo de la puerta que los agentes echaron abajo, el clamor por el piso, la irrupción en la sala, el caos. Cuando dos de ellos se abalanzaron sobre Arcadio y lo arrancaron de encima de mí, mis pulmones recuperaron su función natural.

Seguí tumbada.

Nadie se preocupaba de mí, sólo de ellos dos. Y eso que eran una docena o más.

Hasta que vi a Alfredo.

–Arriba –me tendió la mano.

No pude evitarlo. Me abracé a él temblando.

–Buena chica –me palmeó la espalda.

No hacía falta preguntarle si lo tenían. Cuando nos separamos, yo misma me quité el micrófono pegado a mi pecho, bajo la camiseta.

Seguro que era una buena grabación.

Padres e hijos.

Todo había girado en torno a lo mismo.

Padres e hijos.

Un médico enloquecido que lo perdía todo porque su esposa se había llevado a su hija sin dejar rastro. Una chica que se metía en una secta porque su padre era un degenerado al que odiaba y amaba a la vez. Un aspirante a director de cine que se iba de su casa para que ellos no supieran que era gay.

Y yo, con mi madre revoloteando alrededor de mi conciencia.

Padres e hijos.

Como si la vida se redujera a eso.

Tal vez sí.

Las marcas del pasado que siempre vuelven.

Ya había prestado declaración, Alfredo tenía a sus culpables. Caso cerrado para él.

No para mí.

Así que cuando salí de la comisaría, tres horas después, me sentí libre, pero también decidida a acabar de una vez con las secuelas de mis dos investigaciones.

Busqué un lugar tranquilo, miré el número de teléfono en mis anotaciones y lo marqué en mi móvil.

–Hola –oí la voz de Alberto Pons.

–Hola –dije yo–. ¿Te acuerdas de mí?

–Claro –su suspiro disipó mis últimos recelos.

–Me engañaste.

–No, no te engañé.

–¿Ah, no?

–Cuando me hablaste al salir del responso yo no sabía nada.

–Pero empezaste a pensar.

–Sí.

–Cuéntamelo.

–Así que ya sabes que está en Internet.

–Sí, lo sé.

–Entonces...

–Cuéntamelo –repetí.

Pensé que no iba a hacerlo, que me colgaría. Pero era su triunfo. Y a los vencedores les gusta escuchar los aplausos.

–Damián abrió una caja de seguridad, por si acaso. Me dio una llave pero no me dijo qué había metido en ella. Cuando tú me hablaste de lo del chantaje...

–La abriste.

–Sí.

–Así que, después de todo, se guardó una copia de la película.

–Supongo que por precaución, no porque pensara seguir extorsionándole.

–La viste y decidiste que, pasara lo que pasara, ellos purgarían su crimen.

–Así es.

–Buena jugada –reconocí–. No sólo has destruido su reputación, sino que has aportado la prueba para que sean juzgados por asesinato.

–Lo he visto en la tele, sí.

–Has vengado a Damián.

Escuché su suspiro. También el sordo eco de sus nuevas lágrimas.

–¿De qué me sirve eso? –gimió.

–Lo siento, Alberto.

–Damián era especial, ¿sabes? Y también un soñador.

–Tentó al diablo.

Ya no pudo hablar.

Me transmitió todo su dolor a través del teléfono.

–Suerte –le deseé.

Aterricé en casa tarde y sin comer. Evité parte del chaparrón al abrazar a la abuela y decirle:

–He pillado a los malos.

Ella me miró a los ojos, como si aún fuese una niña y acabase de contarle un cuento. No sé si lo valoraba o no. Yo, por si acaso, volví a abrazarla.

–Venga, una sonrisita –la alenté.

–Zalamera.

–Pues sí.

Estuvimos así casi un minuto, hasta que nos separamos y, sin decirme nada, me puso un plato en la mesa. No quise contrariarla con lo de que tenía prisa. Siempre tenía prisa, lo reconozco. No me preguntó ni el más mínimo detalle de lo que había estado haciendo.

Cuando acabé de comer, cogí un tupper y abrí la nevera para ver lo que podía pillar.

La abuela me pilló antes de que lo cerrara.

–¿Te llevas merienda? –me preguntó socarrona.

–Es para una persona que me ha ayudado y que no tiene mucho para sobrevivir –dije–. También tengo que comprar tabaco, un par de cartones.

–Tú y tus amigos...

Pensé en Miguel Ángel Suñol.

Mi «otro» padre.

–Abuela.

–¿Qué?

–Esta noche iré a ver a mamá.

Se quedó impertérrita, pero sólo en apariencia. Sus ojos la delataron.

–Bien –dijo.

No hablamos más. Era suficiente. Metí el tupper en mi bolsa y, por una vez sin entrar a ver a papá, porque me quedaban algunas cosas que hacer y poco tiempo, recogí el ordenador de Susana Lorca y me fui.

Primero, llevárselo a su madre. Después, ver a mi sin techo salvador. En tercer lugar, ir al ensayo con el grupo. Por último, lo peor, o al menos lo más duro: visitar a mamá.

Enfrentarme a su realidad.

Y no sólo por el cáncer. También por el baboso nuevo marido y las gemelitas de las narices heredadas del primer matrimonio de él.

Había nubes negras. Quizás lloviese.

La típica tormenta primaveral.

Llegué a casa de Fortu Sants, saqué el ordenador del maletero de la moto y entré en el vestíbulo. Tras llamar tres veces al timbre comprendí que no había nadie en el piso. No estaba dispuesta a seguir cargando con el maldito aparato, así que opté por lo más elemental: dejárselo a una vecina.

Llamé a la puerta contigua.

La mujer que me abrió vestía de negro, pero más negras eran las sombras y las cenizas que cubrían su cara. Parecía haber estado llorando hacía muy poco. Traté de ser lo más rápida posible para dejarla con lo suyo.

–Perdone, señora. Le traía a su vecina, la señora Sants, el ordenador de su hija...

–¡Ay, Dios! –se llevó una mano al pecho.

No comprendí lo que sucedía.

–No está en casa y pensaba que podría dejárselo a usted para...

–Es que después de lo que ha sucedido... –miraba el ordenador como si fuese un cuerno del mismísimo diablo–. Pobrecita niña...

Sentí mi propia alarma.

–¿Susana?

–Se ha suicidado esta mañana, en un lugar de no sé dónde –me soltó a bocajarro–. Ahora mismo acaban de decir por televisión que han detenido a un

hombre llamado Sebastián por estar implicado en... ¡Ay, no sé, algo espantoso!... ¡Pobre Fortu! ¡Una mujer tan buena!... La han telefoneado y... ¡Esto la matará, ya no lo resistirá!

Rompió a llorar de nuevo.

El ordenador de Susana, de pronto, me pesó una tonelada.

Me quedé viendo aquellas lágrimas como un pasmarote, sin saber qué hacer o decir, hasta que la mujer alargó la mano. Le entregué el ordenador como sonámbula y luego sobrevivieron unos segundos de pesadilla.

La vecina de Fortu Sants llorando.

Yo inmóvil.

En algún momento dije un «Lo siento». En algún momento ella asintió con la cabeza. En algún momento cerró la puerta. En algún momento bajé la escalera. En algún momento llegué a la calle.

Me apoyé en un árbol y vomité.

Hasta la primera papilla.

Padres e hijos.

–Papá, ¿cómo sobrevivías a esto? –gemí.

¿Por no tomar partido? ¿Por no involucrarse? ¿Por hacer su trabajo y punto?

Quizás papá nunca habría hablado con Susana.

Aunque eso ya no podía saberlo.

Me senté en la acera y dejé la bolsa con el tupper de Miguel Ángel Suñol en el suelo. Necesitaba un respiro. Era incapaz de dar un paso. Mi cabeza daba vueltas y más vueltas.

Apenas veinticuatro horas antes, Susana Lorca vivía.

Inmersa en un engaño, todavía castigándose a sí misma, pero vivía.

Hundí mi cabeza entre las manos y fui testigo de cómo las nubes acababan abriéndose para darle de nuevo al cielo azul su protagonismo. Las contemplé durante cinco o diez minutos, imposible saberlo. Quería llorar y por una extraña razón no podía. Lo único que sentía era lástima.

El choque de la realidad dolía.

¿Quién dijo que lo peor de la vida no era la muerte, sino lo que les queda a los vivos después de enterrar a esos muertos?

Seguía teniendo dos citas, Suñol y mi madre, con el ensayo de por medio.

Un médico perdido que me había salvado por azar y la mujer que iba a recuperar como madre mucho tiempo después de que ella nos abandonara.

La maldita vida no se detenía.

Me levanté, aún vacilante, con las piernas de gelatina, y llegué hasta la moto. La cabeza me daba vueltas. El estómago todavía revuelto. Cuando iba a ponerme el casco sonó mi móvil.

Quise pasar de él.

No lo hice.

–¿Diga? –dominé mis emociones.

–¿Agencia de detectives Mir? –preguntó la voz de mi próximo cliente.

Medellín, Apartadó, Turbo y Capurganá (Colombia),
septiembre/octubre de 2010-Vallirana, junio de 2011

Edición en formato digital: enero de 2012

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Jordi Sierra i Fabra, 2012

© Ediciones Siruela, S. A., 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-862-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

El caso del chantajista pelirrojo	5
Créditos	182